

DON
QUIXOTE

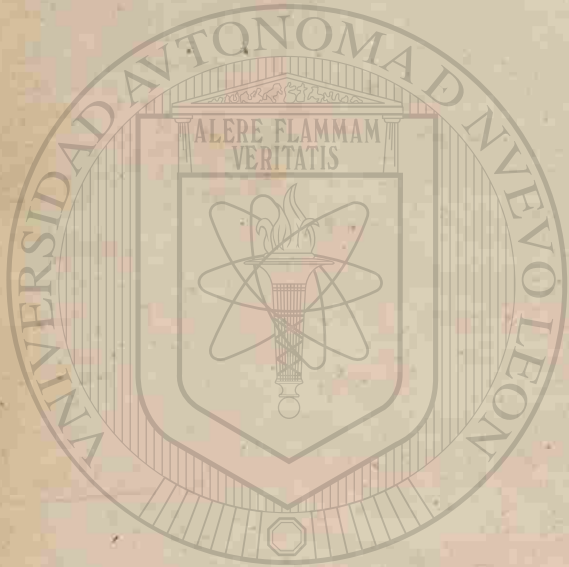
2

P06323
A1
v. 2
1814

1814



1080018946

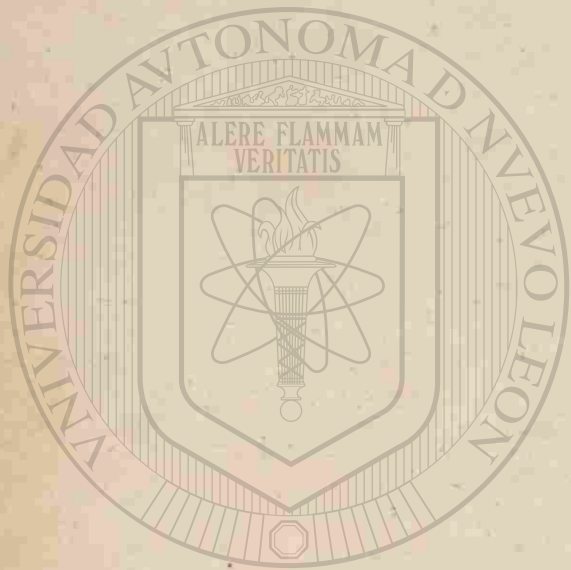


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL INGENIOSO HIDALGO

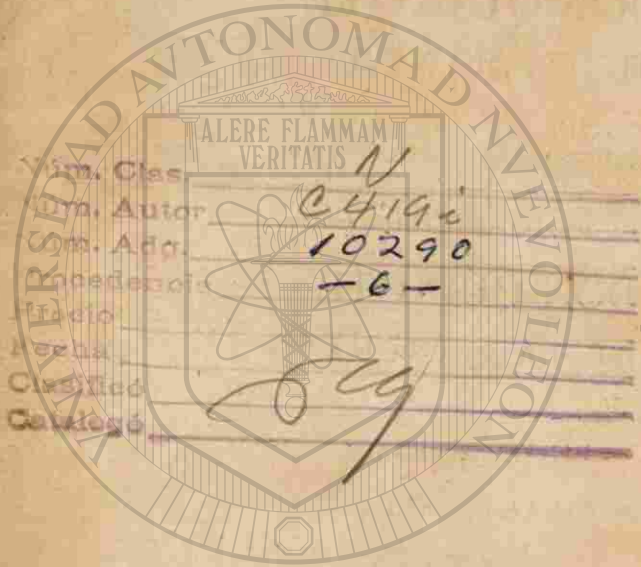
DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

—
PARTE PRIMERA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
 DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION, CONFORME EN TODO A LA DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, HECHA EN MADRID EN 1782.

Además del Juicio critico ó Análisis del Quixote, el Plan cronológico de sus viages, la Vida de Cervantes, y los documentos que la comprueban, comprendidos en la dicha edición de la Academia; se han añadido á esta, las notas críticas y curiosas al Don Quixote, escritas por el señor Pellicer, Bibliotecario de S. M. etc. con hermosas láminas.

Edición hecha baxo la dirección de Jose Rene Masson.

PARTE PRIMERA.

TOMO II.

EN PARIS,

POR BOSSANGE Y MASSON, calle de Tournou, n.º

1814.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria
 Biblioteca Valverde y Telles

10290

46584

PQ 6323

AL

v. 2

1814



PRINCIPIOS

DE LA PRIMERA EDICION.

TASA.

Yo Juan Gallo de Andrada Escribano de Cámara del Rey nuestro Señor, de los que residen en su Consejo, certifico y doy fe, que habiéndose visto por los Señores de él un libro intitulado : *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, compuesto por Miguel de Cervántes Saavedra, tasaron cada pliego del dicho libro á tres maravedis y medio, el qual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro doscientos y noventa maravedis y medio, en que se ha de vender en papel, y diéron licencia para que á este precio se pueda vender. Y mandaron que esta tasa se ponga al principio del libro, y no se pueda vender sin ella. Y para que de ello conste, dí la presente en Valladolid á veinte dias del mes de Diciembre de mil y

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALONSO GÓMEZ"

010290

(ij)

seiscientos y quatro años. — Juan Gallo
de Andrada.

EL REY. Por quanto por parte de vos Miguel de Cervantes nos fué fecha relacion, que habiades compuesto un libro intitulado : *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, el qual os habia costado mucho trabajo, y era muy útil y provechoso, nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir, y privilegio por el tiempo que fuésemos servidos, ó como la nuestra merced fuese. Lo qual visto por los del nuestro Consejo, por quanto en el dicho libro se hicieron las diligencias, que la premática últimamente por Nos fecha sobre la impresion de los libros dispone, fué acordado, que debíamos mandar dar esta nuestra Cédula para vos en la dicha razon, y Nos tuvimoslo por bien. Por la qual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos, ó la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podais

(iij)

imprimir el dicho libro intitulado : *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, que de suso se hace mencion, en todos estos nuestros Reynos de Castilla por tiempo y espacio de diez años, que corran y se cuenten desde el dicho dia de la data desta nuestra Cédula, so pena que la persona, ó personas que sin tener vuestro poder lo imprimiere ó vendiere, ó hiciere imprimir ó vender, por el mesmo caso pierda la impresion que hiciere, con los moldes y aparejos della, y mas incurra en pena de cincuenta mil maravedis cada vez que lo contrario hiciere. La qual dicha pena sea la tercia parte para la persona que lo acusare, y la otra tercia parte para nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el Juez que lo sentenciare. Con tanto, que todas las veces que hubiéredes de hacer imprimir el dicho libro durante el tiempo de los dichos diez años, le traigais al nuestro Consejo, juntamente con el original que en él fué visto, que va rubricado cada plana y firmado al fin del de Juan Gallo de Andrada nuestro Escribano

(iv)

de Cámara de los que en él residen, para saber, si la dicha impresion está conforme al original, ó traigais fe en pública forma, de como por Corrector nombrado por nuestro mandado se vió y corrigió la dicha impresion por el original, y se imprimió conforme á él, y quedan impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que así fueren impresos, para que se tase el precio que por cada volúmen hubiéredes de haber. Y mandamos al impresor que así imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni el primer pliego dél, ni entregue mas de un solo libro con el original al autor, ó persona á cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno para efecto de la dicha correccion y tasa, hasta que ántes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo: y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y sucesivamente ponga esta nuestra Cédula y la aprobacion, tasa y erratas, so pena de caer, é incurrir en

(v)

las penas contenidas en las leyes y premáticas de estos nuestros Reynos. Y mandamos á los del nuestro Consejo y á otras qualesquier justicias de ellos, guarden y cumplan esta nuestra Cédula y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid á veinte y seis dias del mes de Setiembre de mil y seiscientos y quatro años. — YO EL REY. — Por mandado del Rey nuestro Señor — *Juan de Amezqueta.*

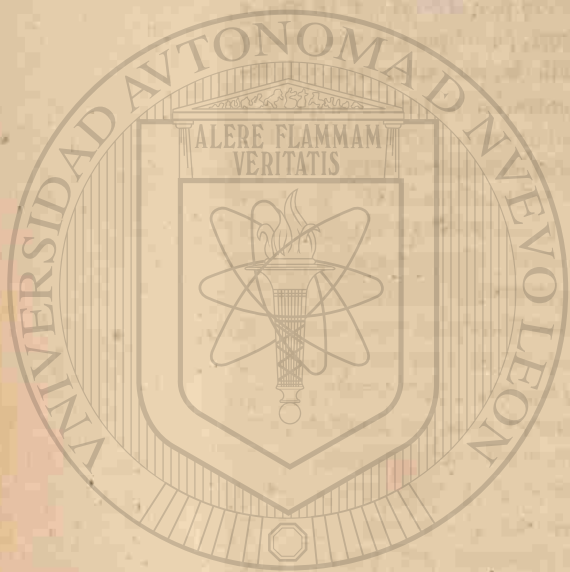
EU EL REY. Fazo saber a os que este alvara vierem, que eu hei por bem de fazer merced á Miguel de Cervántes de Saavedra, de le dar licença para que possa imprimir nos meus Renhos de Portugal ó livro intitulado: *Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha.* É isto por tempo de dez anhos, que començaraom da feytura deste em diante. Dentro do qual tempo hei por bem, é mando, que nenhum impressor, nem livreiro, nem otra alguma possa de qualquier calidad, é condiçãõ que seia non possaõ imprimir nem vender,

(vi)

ó dito livro, nos ditos meus Renhos, é senhorios, nem tracellos de fora delles, salvo aquellos livreiros, ou pessoas que pera isso tiurem poder, é licença do dito Miguel de Cervantes. É qualquier outra pessoa que sem sua licença imprimir, vender, ou traxer de fora, ó dito livro, durante os ditos dez annos, perderá pera elle todos os volumes que lle forem achados: é alé disso encorrerá en pena de cinquenta crusados, á metade pera minha Câmara, é outra metade pera quem ó acusar. É mando á todas minhas justicias, officiaes, é pessoas dos destos meus Renhos, é Senhorios á que este alvara for mostrado, e o conhecimento delle pertencer, que ó cumprãõ, é guardem, é façãõ inteiramente cumprir, é guardar, como nelle se cõthem. Ó qual quero que vala, tenha força, é vigor, como se fosse carta per mi asinada, é passada pela Chancellería, sem embargo da ordenaçãõ do segundo livro titul. 4o. que diz, que as cosas cuyo effeito ouver de durar maes de hum anno passe per car-

(vij)

tas; é passando por alvaras não va kaõ, é vallerá outrosi, posto que não seia passado pela Chancellería, sin embargo da ordenaçãõ en contrario. Antonio Campello ó fez en Valladolid nove de Febreyro de mil seiscientos e sinco annos. — REY.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AL DUQUE DE BÉJAR,

Marques de Gibraleon, Conde de Benalcázar y Bañáres, Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos.

En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros, como Príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y grangerías del vulgo, he determinado de sacar á luz al ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su proteccion, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras, que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO DEYES"

1925 MONTERRAY, N.M.

(x)

en los límites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor y ménos justicia los trabajos ajenos : que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio (1).

Miguel de Cervantes
Saavedra

(1) El duque de Bejar, cuya proteccion buscó Cervantes para la primera parte del Quixote, despues de admitir tílitosamente este obsequio alzó la mano en los favores que le dispensaba, instigado de un religioso cuya autoridad era grande en su casa. Dicen que Cervantes retrató al vivo el caracter de este impertinente en el eclesiástico con quien altercó Don Quixote : el religioso pues y Cervantes eran incompatibles. Venció el primero, y el duque, olvidando al escritor, se llenó de ignominia á los ojos de la posteridad irritada de su preferencia. *Este pasage se ha tomado de la NOTICIA DE LA VIDA DE CERVANTES, puesta al principio de la edición de Don Quixote, hecha en Madrid en la imprenta real, año de 1797.*

(xi)

PRÓLOGO.

DESOCUPADO lector : sin juramento me podrás creer, que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así ; que podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno : bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte, para que las Musas mas estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor

(xij)

que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, ántes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donayres. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de Don Quixote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres: y pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre albedrío, como el mas pintado, y estás en tu casa, donde eres Señor della, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debaxo de mi manto al Rey mato. Todo lo qual te exenta y hace libre de todo respecto y obligación, y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien que dixeres della.

Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir, que aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuvo por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para

(xijj)

escribilla, y muchas la dexé, por no saber lo que escribiría: y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mexilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio, gracioso y bien entendido, el qual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dixé, que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de Don Quixote, y que me tenia de suerte, que ni quería hacerle, ni ménos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. Porque ¿ como quereis vos que no me tenga confuso, el que dirá el antiguo legislador, que llaman vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha que duermó en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años á cuestras, con una leyenda seca como un esparto, agena de invencion, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y eloqüentes? Pues que quando citan la divina Escritura! No dirán sino que son unos Santos To-

(xiv)

mases y otros Doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingemoso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico christiano, que es un contento y un regalo oírle ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el márgen, ni que anotar en el fin, ni ménos sé que autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del ABC, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoylo, ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo ménos de sonetos cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, Damas, ó Poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor Don Quixote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores, que digan

(xv)

lo que yo me sé decir sin ellos. De aqui nace la suspension y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oido. Oyendo lo qual mi amigo, dándose una palmada en la frente, y disparando en una larga risa, me dixo: por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el qual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo, que estais tan léjos de serlo, como lo está el cielo de la tierra.

¿Como que es posible que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? Á la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veréis como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan, para dexar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quixote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, lo repliqué yo, oyendo

(xvi)

lo que me decia, ¿de que modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confusion? Á lo qual él dixo, lo primero en que reparais de los sonetos, epigramas, ó elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personages graves y de título, se puede remediar con que vos (1) mesmo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, alijándolos al Preste Juan de las Indias, ó al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia, que fueron famosos poetas: y quando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres, que por detras os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedis, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores, de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay mas sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo ménos que os cuesten poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y

(xvij)

Y luego en el márgen citar á Horacio, ó á quien lo dixo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con:

*Pallida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres.*

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo ménos del mismo Dios: *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros.* Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Caton que os dará su dístico:

*Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.*

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por Gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombrais algun gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Goliath, y con solo esto, que os

ii.

b

UNIVERSIDAD DE VIZCAYA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO DEYES"

1944 MAR 15

(xviii)

costará casi nada, teneis una grande anotacion, pues podeis poner : *El gigante Gollas ó Goliat, fué un Filisteo, á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos halláredes que se escribe.*

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y Cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y veréis luego con otra famosa anotacion, poniendo : *El rio Tajo fué así dicho por un Rey de las Españas; tiene su nacimiento en tallugar, y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas de oro, etc.* Si tratáredes de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro. Si de mugeres rameras, ahí está el Obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Layda y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito. Si de crueles, Ovidio os entregará á Medea. Si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso y Virgilio á Circe. Si de Capitanes valerosos, el mesmo Julio César os prestará á sí mismo en sus Comentarios, y Plutarco os dará mil Alexandros. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua Toscana, topareis con Leon Hebreo, que os

(xix)

hincha las medidas. Y si no quereis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el mas ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion, no hay mas sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dexadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal de llenaros los márgenes, y de gastar quatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores, que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa, que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decis. Pues ese mesmo abecedario pondréis vos en vuestro libro; que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprovecharos dellos, no importa nada: y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y quando no sirva de otra cosa, por lo ménos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes, ó no los seguistes, no yéndole

(xx)

nada en ello. Quanto mas que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dixo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron: ni caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la Astrologia: ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la Retórica: ni tiene para que predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun christiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á mas, que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para que andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de Santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas salga vuestra oracion y período

(xxi)

sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intricarlos y escurecerlos. Procurad tambien que leyendo vuestra historia, el melancólico (2) se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente dexee de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destes caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos mas: que si esto alcanzádes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo: en el qual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quixote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fué el mas casto enamorado, y el mas valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero

(xxii)

encareceré el servicio que te hago , en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero ; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza su escudero , en quien á mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías estan esparcidas. Y con esto , Dios te dé salud , y á mí no olvide.

VALE.

(xxiiij)

AL LIBRO

DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA

URGANDA LA DESCONOCIDA.

Si de llegarte á los bue-
Libro , fueres con letu-
No te dirá el boquirru-
Que no pones bien los de-

Mas si el pan no se te cue-
Por ir á manos de idio-
Verás de manos á bo-
Aun no dar una en el cla-
Si bien se comen las ma-
Por mostrar que son curio-

Y pues la experiencia ense-
Que el que á buen árbol se arri-
Buena sombra le cobi-
En Béjar tu buena estre-

Un árbol real te ofre-
Que da Principes por fru-
En el qual florece un Du-
Que es nuevo Alexandro Ma-
Llega á su sombra , que á osa-
Favorece la fortu-

De un noble hidalgo Manche-
Contarás (3) las aventu-
A quien ociosas letu-
Trastornaron la cabe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

1925 UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

(XXIV)

Damas, armas, caballe-
Le provocaron de mo-
Que qual Orlando furio-
Templado á lo enamora-
Alcanzó á fuerza de bra-
A Dulcinea del Tobo-

No indiscretos hierogli-
Estampes en el escu-
Que, quando es todo figu-
Con ruines puntos se embi-

Si en la direccion te humi-
No dirá mosante algu-
Que Don Alvaro de Lu-
Que Amibal el de Carta-
Que el Rey Francisco en Espa-
Se queja de la fortu-

Pues al Cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-
Como el negro Juan Lali-
Hablar latines rehu-

No me despuntes de agu-
Ni me alegues con filo-
Porque torciéndolo la ho-
Dirá el que entiende la le-
No un palmo de las are-
¿ Para que conmigo flo-

No te metaa en dibu-
Ni en saber vidas age-
Que en lo que no va ni vie-
Pasar de largo es cordu-
Que suelen en caperu-
Darles á los que grace-
Mas tú quémate las ce-
Solo en cobrar buena fa-

(XXV)

Que el que imprime neceda-
Dadas á censo perpe-

Advierte que es desati-
Siendo de vidrio el teja-
Tomar piedras en la ma-
Para tirar al veci-

Dexa que el hombre de jui-
En las obras que compo-
Se vaya con pies de plo-
Que el que saca á luz pape-
Para entretener donce-
Escribe á tontas y á lo-

Amadis de Gaula á Don Quixote de la Mancha

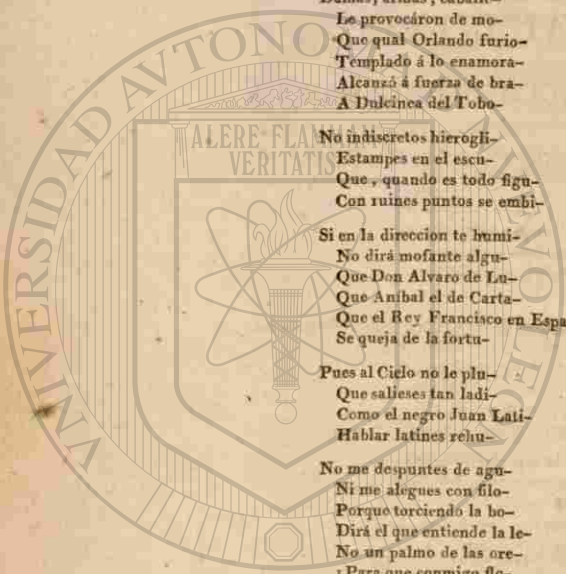
SONETO.

Tú, que imitaste la llorosa vida,
Que tuve ausente y desdeñado sobre
El gran ribazo de la peña pobre,
De alegre á penitencia reducida.

Tú á quien los ojos diéron la bebida
De abundante licor, aunque salobre,
Y alzándote la plata, estaño y cobre,
Te dió la tierra en tierra la comida :

Vivo seguro de que eternamento,
En tanto al ménos que en la quarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo,

Tendrás claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



(XXVI)

Don Belianis de Grecia á Don Quixote de la Mancha

SONETO.

Rompí, corté, abollé, y dixé, y hice,
Mas que en el orbe caballero andante :
Fui diestro, fui valiente, fui arrogante,
Mil agravios vengué, cien mil deshice.

Hazías di á la fama que eternice,
Fui comedido y regalado amante,
Fui sueno para mi todo gigante,
Y al duelo en qualquier punto satisface.

Tuve á mis pies postrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura
A la calva ocasion al estriacote.

Mas, aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ó gran Quixote.

La Señora Oriana á Dulcinea del Toboso

SONETO.

¡ O quien tuviera, hermosa Dulcinea,
Por mas comodidad y mas reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara su Londres con tu aldea!

¡ O quien de tus deseos y librea,
Alma y cuerpo adornara, y del famoso
Caballero, que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!

(XXVII)

¡ O quien tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tú hiciste
Del comedido hidalgo Don Quixote!

Que así envidiada fuera, y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
Y gozara los gustos sin escote.

Gandalin escudero de Amadis de Gaula, á Sancho Panza, escudero de Don Quixote

SONETO.

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
Quando en el trato escuderial te puso,
Tan blanda y cuerda mente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.

Ya la azada, ó la hoz poco repuna
Al andante exercicio, ya está en uso
La llaneza escudera, con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.

Envidio á tu jumento y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.

Salve otra vez, ó Sancho, tan buen hombre,
Que á solo tú nuestro Español Ovidio,
Con bux corona y hace reverencia.

Del Donoso poeta entreverado á Sancho Panza y Rocinante

Soy Sancho Panza escude-
Del Manchego Don Quixo-
Puse pies en polvo-
Por vivir á lo discre-

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(xxvii)

Que el tático Villadie-
Toda su razon de Esta-
Cifró en una retira-
Segun siente Celesti-
Libro en mi opinion divi-
Si encubriera mas lo huma-

A ROCINANTE

Soy Rocinante el famo-
Bisnieto del gran Babie-
Por pecados de flaque-
Fui á poder de un Don Quiote !

Parejas corri á la flo-
Mas por uña de caba-
No se me escapó ceba-
Que esto saqué á Lazari-
Quando para hurtar el vi-
Al ciego lo di la pa-

Orlando Furioso á Don Quixote de la Mancha

SONETO.

Si no eres Par, tampoco le has tenido,
Que Par pudieras ser entre mil Pares,
Ni puede haberle donde tú te hallares,
Invicto vencedor, jamas vencido.

Orlando soy, Quixote, que perdido
Por Angélica vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.

No puedo ser tu igual, que este decoro
Se debe á tus proezas y á tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.

(xxix)

Mas serlo has mio, si al soberbio Moro,
Y Scita fiero domas, que hoy nos llama
Iguales en amor con mal suceso.

El caballero del Febo á Don Quixote de la Mancha

SONETO.

A vuestra espada no igualó la mia.
Febo Español, curioso cortesano,
Ni á la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fué do nace y muere el dia.

Imperios despreció y la Monarquía,
Que me ofreció el Oriente roxo en vano,
Dexé, por ver el rostro soberano
De Claridiana, Aurora hermosa mia.

Améla por milagro único y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.
Mas vos, godo Quixote, ilustro y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta y sabia.

De Solisdan á Don Quixote de la Mancha

SONETO.

Magüer, señor Quixote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca seréis de alguno reprochado
Por hombre de obras viles y soeces.

Serán vuestas fazañas los jocoses,
Pues tuertos desfaciendo habeis andado,
Siendo vegadas mil apaleado,
Por follones cautivos y saheces,

(XXX)

Y si la vuesa linda Dulcinea,
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuestas cuitas muestra buen talante,

En tal desman vueso conorte sea,
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

Diálogo entre Babieca y Rocinante.

SONETO.

B. ¿ Como estais, Rocinante, tan delgado ?

R. Porque nunca se come, y se trabaja.

B. ¿ Pues que es de la cebada y de la paja ?

R. No me dexa mi amo ni un bocado.

B. Andá, señor, que estais muy mal criado,

Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.

R. Asno se es de la cama á la mortaja.

¿ Quereislo ver ? mirálo enamorado.

B. ¿ Es necesidad amar ? R. No es gran prudencia.

B. Metafisico estais. R. Es que no como.

B. Quejaos del escudero. R. No es bastante.

¿ Como me he de quejar en mi dolencia,

Si el amo y escudero, ó mayordomo,

Son tan rocines como Rocinante ?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



(XXX)

Y si la vuesa linda Dulcinea,
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuestas cuitas muestra buen talante,

En tal desman vueso conorte sea,
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

Diálogo entre Babieca y Rocinante.

SONETO.

B. ¿ Como estais, Rocinante, tan delgado ?

R. Porque nunca se come, y se trabaja.

B. ¿ Pues que es de la cebada y de la paja ?

R. No me dexa mi amo ni un bocado.

B. Andá, señor, que estais muy mal criado,

Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.

R. Asno se es de la cama á la mortaja.

¿ Quereislo ver ? mirálo enamorado.

B. ¿ Es necesidad amar ? R. No es gran prudencia.

B. Metafisico estais. R. Es que no como.

B. Quejaos del escudero. R. No es bastante.

¿ Como me he de quejar en mi dolencia,

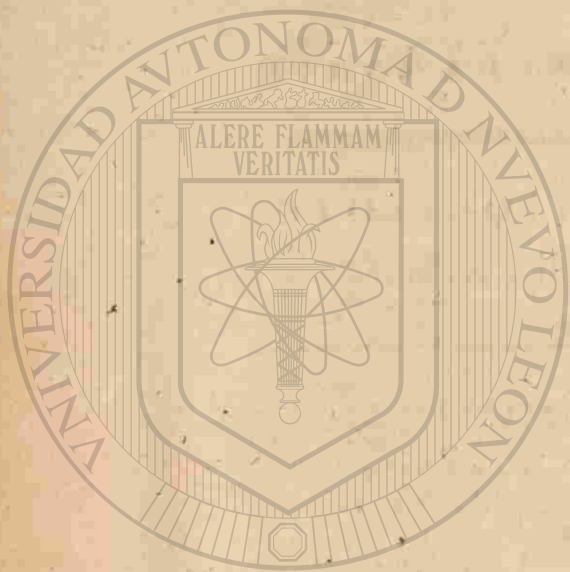
Si el amo y escudero, ó mayordomo,

Son tan rocines como Rocinante ?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

CAPÍTULO I.

*Que trata de la condicion, y exercicio
del famoso hidalgo Don Quixote de
la Mancha.*

En un Lugar de la Mancha, de cuyo
nombre no quiero acordarme (1), no ha

(1) Presúmese que este lugar, patria de Don Quixote,
es Argamasilla de Alba. A lo menos el licenciado Alonso
Fernandez de Avellaneda (á quien se debe suponer infor-
mado de la opinion que andaria en su tiempo) lo afirma
absolutamente en la *Segunda Parte* de su *Don Quixote*.
Pretendese así mismo que el autor lo significase por medio

mucho tiempo, que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero (1), adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los sábados (2), lantejas los viérnes, algun

de los versos, que se leen al fin de la *Parte Primera* en nombre de los académicos de la Argamasilla, donde caracteriza como por despique el genio de algunos vecinos de ella con los epítetos del *monicongo*, del *paniguado*, del *caprichoso*, del *burlador*, del *cachidiablo*, del *tiquitoe*; y parece que el mismo Cervantes lo indica tambien, quando supone que Don Quixote así como salió de su lugar, caminaba por el Campo de Montiel hacia el puerto Lapiche, y que luego le sucedió la aventura de los molinos de viento, cuyo sitio señala el itinerario de la Real Academia Española cerca de Villarta. Con efecto, aunque la Argamasilla es del Priorato de San Juan, está en los confines del Campo de Montiel, por donde se puede caminar luego que se sale de ella. Añade la historia que: *por ser la hora de la mañana herian (á Don Quixote) á soslayo los rayos del sol.* (P. I. cap. II. y VII.) Así es; pues por estar Villarta entre poniente y norte de la Argamasilla, y la Argamasilla entre oriente y mediodía, al que salga de ella por la mañana, especialmente en los meses de julio y agosto, hacia el puerto Lapiche, *le herirán á soslayo los rayos del sol.* Si esta fue la verdadera patria de Don Quixote, quiso Cervantes dealumbrar al lector, diciendo unas veces que estaba cerca del Toboso, y otras lejos, en cumplimiento de su propósito de no declararla.

(1) O lancera, que era un estante, en donde los hidalgos ponían las lanzas en el patio ó soportal de sus casas. (Covarrubias: *Tesoro*).

(2) Era costumbre en algunos lugares de la Mancha traer

palomino de añadidura los domingos consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mesmo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo mas fino. Tenía en su casa una Ama que pasaba de los quarenta, y una Sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexion recia, seco de carnes, enxuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir, que tenía el sobrenombre de Quixada, ó Quesada; (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben) aunque

los pastores á casa de sus amos las reses, que entre semana se morían, ó que de qualquier otro modo se desgraciaban, de cuya carne deshuesada y acecinada se hacían y hacen salones. De estos huesos quebrantados y de los extremos de las mismas reses se componía la *olla*, en tiempo en que no se permitía en los reynos de Castilla comer los sábados de las demás partes de ellas, ni grosura, cuya costumbre derogó Benedicto XIV. Esta comida se llamaba *duelos* y *quebrantos* con alusión al sentimiento y duelo que causaba, como es regular, á los dueños el menoscabo de su ganado y el quebrantamiento de los huesos. Tambien para significar una pobre y escasa comida, se decía y dice toda-

por conjeturas verosímiles se dexa entender, que se llamaba Quixana. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narracion del no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso, (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el exercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda: y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura, para comprar libros de caballerías en que leer: y así llevó á su casa todos quantos pudo haber dellos, y de todos, ningunos le parecian tan bien, como los que compuso el famoso Feliciano de Silva: porque la claridad de su prosa, y aquellas enricadas razones suyas, le parecian de perlas: y mas quando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *la razon de la sinrazon que á mi razon*

via, á hacer penitencia, ó azotes y galeras: y para significar los huevos y torreznos fritos con miel, se usaba en la Mancha de la expresion igualmente metafórica, *la merced de Dios.*

se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura. Y tambien quando leia: *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza* (1). Con estas y semejantes

(1) Los libros, que tan bien parecian á Don Quixote, se intitulan: *La Corónica de los muy valientes caballeros Don Florisel de Niqueda, y el fuerte Anaxartes.... Emendada del estilo antiguo segun que la escribió Zirfea, Reyna de Argines, por el noble caballero Feliciano de Silva.* Zaragoza, 1584, fol. Dividese en varias partes. Antes había desaprobado tambien el estilo hinchado destes libros Don Diego Hurtado de Mendoza, que disfrazado con el nombre del bachiller de Arcadia escribió siendo Embaxador en Roma una apologia, defendiendo irónicamente la historia de la *Guerra de Alemania* del capitan Pedro de Salazar, en que prendió Carlos V al duque de Saxonia, y en que el autor pondera lo mucho que él sudó y trabajó en ella. Dice pues el bachiller que el estilo de los libros de Feliciano es *estilo de alforjas, que parece al juego de: este es el gato que mató al rato, etc.* y del autor añade: *Veis á Feliciano de Silva, que en toda su vida salió mas lejos, que de Ciudad-Rodrigo á Valladolid, criado siempre entre daraydas y nereydas, metido en aquella su torre del universo... y con todo eso tuvo de comer, y aun de cenar; y vos, que habeis andado, visto, hecho, pelgado, servido, escrito, y hablado mas que todo junto el exercito, que envió el Emperador á esa guerra, no tenéis ni aun de almorzar, y es menester que os andeis á inmortalizar.*

razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que Don Belianis daba, y recibía, porque se imaginaba, que por grandes maestros que le hubiesen curado, no dexaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas

Los hombres con cuentros escritos, para que supligen á S. M. que os mate la hambre. De esta carta hay en la Real Biblioteca varias copias, y todas defectuosas, y la menos es la que se halla en el est. M. cod. 225, pero la mas estropeada de todas es la impresa en el *Semanario Erudito* (tom. 24.). Feliciano fue hijo de Tristan de Silva, cronista de Carlos V, y natural de Ciudad-Rodrigo. Fue tambien autor de la *Segunda Comedia de la famosa Celestina, en la qual se trata de la Resurreccion de la dicha Celestina; y de los amores de Felides y Polandria.* Reimprimio este libro en Venecia el maestro Estephano de Sabbio, impresor de libros griegos, latinos y españoles, y le corrigió y enmendó Domingo de Gastela, secretario de Don Lope de Soria, embajador de Carlos V en Venecia: año de 1536. 8. Aunque en la portada del libro no se lee el nombre de Feliciano, se declara en unas coplas de arte mayor, que puso al principio Pedro Mercado, corrector de la obra.

veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra como alli se promete (1): y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el Cura de su Lugar, (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) (2) sobre qual habia sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra, ó Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, barbero del mesmo pueblo, decia que ninguno llegaba

(1) Por estas palabras: *Suplir yo con fingimientos historia tan estimada seria agravio; y así la dexaré en esta Parte, dando licencia á qualquiera, á cuyo poder viniere la otra Parte, la ponga junto con esta.* (Belianis: lib. 4, c. 75.)

(2) Este grado supone poca doctrina en el cura, que solo se manifiesta docto en la lectura y escrutinio de los libros de caballerias, así como el canónigo de Toledo, introducido en el cap. XLVII, decia de sí que *sabia mas de libros de Caballerias que de las Sumas de Villalpando.* Este irónico concepto, que insinúa Cervantes, de los grados de las Universidades menores, era comun en su tiempo, como lo confirma Cristobal Suarez de Figueroa. (*El Pasajero*: p. 114.) *Luego para lo que es el grado, (dice el Maestro) no te podra saltar alguna Universidad sin pesete, donde llevando los cursos probados, y los puntos como hodoques en turquesa, digan unánimes y conformes: accipiamus pecuniam, et mittamus asinum in patriam suam.* Pero si en esto habia que enmendar en aquel siglo, ya se ha reformado en este.

al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo: que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentia no le iba en zaga. En resolucion él se enfraseó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y así del poco dormir, y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leia en los libros, así de encantamientos, como de pependencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia, mas cierta en el mundo. Decia él, que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés habia partido por medio dos fieros y desconcomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesválles

habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, quando ahogó á Anteon el hijo de la Tierra entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reynáldos de Montalvan, y mas quando le veia salir de su castillo, y robar quantos topaba, y quando en Allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia (1). Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon (2), al Ama que tenia, y aun á su Sobrina de añadidura. En efeto rematado ya su juicio, vino á dar en el mas extraño pensamiento, que jamas dió loco en el mundo, y fué que le pareció convenible y necesario, así

(1) *O bastardo* (replicó Reynáldos á Roldan, que le zaheria estos robos) *ó hijo de mala hembra! mientes en todo lo que has dicho: que robar á los paganos de España no es robo, pues yo solo, á pesar de quatro mil moros y mas, les quité un Mahomet de oro, que oee menester para pagar mis soldados.* (Espejo de Caballerías. P. I, c. 46.)

(2) Uno de los doce Pares, llamado el traidor por haber entregado el ejército frances á los moros.



para el aumento de su honra, como para el servicio de su República hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo, á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leído, que los caballeros andantes se exercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo ménos del Imperio de Trapisonda: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió prisa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo, fué limpiar unas armas, que habian sido de sus bisabuelos (1), que tomadas de orin y llenas de moho, muchos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas, y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaxe, sino morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encaxada con el morrion, hacia una apariencia de celada entera. Es verdad, que para probar si era fuer-

te, y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada, y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dexó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaxe. Fué luego á ver á su rocín, y aunque tenia mas quartos que un real (2), y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis, et ossa fuit* (2), le pareció que ni el Bucéfalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Quatro dias se le pasaron en imaginar que nombre le

(1) Quarto no es aquí nombre de moneda, sino de albeiteria, y significa cierta enfermedad que da á los caballos en los cascos; y con este equivoco se da á entender que Rocinante tenia mas alifufes que un real quartos.

(2) Pedro Gonela fue un bufón del duque Borso de Ferrara, que florecia en el siglo XV. Hacen mención de él Pontano, Poggio, y Luis Domenichi, que recopiló y publicó sus bufonadas, y entre ellas el salto que desde un halcon hizo dar á su caballo, que era viejo, flaco, y de malísima estampa, con que ganó la apuesta que hizo con

pondría: porque (según se decía él á sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y así procuraba acomodarse de manera que declarase quien había sido ántes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces: pues estaba muy puesto en razón que mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginación, al fin le vino á llamar ROCINANTE, nombre á su parecer, alto, sonoro, y significativo de lo que había sido quando fué rocin, ántes de lo que ahora era, que era ántes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre, y tan á su gusto, á su caballo, quiso ponerse á sí mismo,

el duque sobre qual caballo saltaría mas, si el del duque, ó el suyo. Describió en verso este salto Carlos Gabriel d'Ogoblio en su *Insulatu Mescolanza*. Las palabras latinas citadas aquí están tomadas de Plauto, que hablando de un cordero flaco, dice que todo era piel y huesos: *qui esta atque pellis totus est*. (*Aulularia: act 5, scen. 6.*)

y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar DON QUIXOTE: de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debía llamar Quixada, y no Quesada como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no solo se había contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reyno y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse DON QUIXOTE DE LA MANCHA, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linage y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores, era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: si yo por malos de mis pecados ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les aconteció á los caba-

heros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo; ¿no será bien tener á quien embiarle presentado, y que entre, y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: yo (b), señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la Insula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero Don Quixote de la Mancha, el qual me mandó, que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¿Ó como se holgó nuestro buen caballero, quando hubo hecho este discurso, y mas quando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un Lugar cerca del suyo habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado (aunque segun se entiende, ella jamas lo supo, ni se dió cata dello). Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos: y buscándole nombre que no desdixese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de Princesa y gran señora, vino

á llamarla DULCINEA (1) DEL TOBOSO, porque era natural del Toboso, nombre á su parecer músico y peregrino y significativo como todos los demas, que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPÍTULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quixote.

HECHAS pues estas prevenciones, no quiso aguardar mas tiempo á poner en efeto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfa-

(1) Derivase este nombre de dulce ó dulce: y de dulce añadiendo el artículo al, se formó Aldonza. Esta conjetura es de Covarrubias en su *Tesoro*, el qual añade: *hante tenido señoras muy principales destos reynos*. El P. Mariana (lib. 8, cap. 3.) dice que Aldonza es lo mismo que Alfonsa; pero el sentir de Covarrubias se conforma mejor con la intencion de Cervantes.

cer. Y así sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana antes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver, con quanta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo, quando le asaltó un pensamiento terrible, y tal que por poco le hiciera dexar la comenzada empresa: y fué, que le vino á la memoria, que no era armado caballero, y que conforme á la ley de la caballería, ni podia, ni debia tomar armas con ningun caballero: y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él habia leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas

blancas pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen mas que un armiño: y con esto se quietó, y prosiguió su camino, sin llevar otro que el que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mesmo, y diciendo: ¿quien duda, sino que en los venideros tiempos, quando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, quando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas (1) habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados paxarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada Aurora, que dexando la blanda cama del zeloso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, quando el famoso caballero Don Quixote de la Man-

(1) Ridiculizanse las afectadas y pomposas descripciones, que se leen frecuentemente en los libros de Caballerías.

cha, dexando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido Campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba) y añadió diciendo: dichosa edad, y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡O tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar, el ser coronista desta peregrina historia! ruégote, que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡ó Princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme, no parecer ante la vuestra fermosura (1). Plégaos, señora, de membráros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con

(1) Alusion al paso en que Amadis se vio desdeñado de Oriana, que le mandó no se pusiese jamas delante de ella. (Lib. 2, cap. 44.)

estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en quanto podia su lenguaje: y con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo qual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego, con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino fué la del puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento: pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer, su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre: y que mirando á todas partes, por ver, si descubriría algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no léjos del camino por donde iba, una venta que fué como si viera una estrella que á los portales, si no á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse

priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecía. Estaban acaso á la puerta dos mugeres mozas, destas que llaman *del partido*, las quales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada: y como á nuestro aventurero, todo quanto pensaba, veía ó imaginaba, le parecía ser hecho, y pasar al modo de lo que había leído, luego que vió la venta, se le representó que era un castillo con sus quatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecía castillo) y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas, á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos destraidas (c) mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas, ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando.

En esto sucedió acaso, que un porquero que andaba recogiendo de unos rastros una manada de puercos, (que sin perdon así se llaman) tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á Don Quixote lo que deseaba, que era, que algun enano hacia señal de su venida: y así con extraño contento llegó á la venta y á las damas: las quales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero Don Quixote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dixo: non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguizado alguno, ca á la orden de caballería que profeso, non toca ni atañe facerle á ninguno, quanto mas á tan altas doncellas, como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubría: mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fué de manera que Don Quixote vino á correrse, y á decirles: bien

parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez ademas la risa que de leve causa procede: pero non vos lo digo, porque os acuitedes, ni mostrédes mal talante, que el mio non es de al (1) que de ser viros. El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante, si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el qual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dixo: si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo Don Quixote la humildad del Alcayde de la fortaleza, (que tal le pareció á él el ventero y la

(1) Adjetivo derivado de *aliud* latino, que significa otra cosa.

venta) respondió: para mí, señor Castellano (1), qualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, etc. Pensó el huésped, que el haberle llamado Castellano, habia sido, por haberle parecido de los sanos de Castilla (2), aunque él era Andalúz, y de los de la playa de San Lúcar, no ménos ladrón que Caco, ni ménos maleante (3) que estudiante ó page. Y así le respondió: segun eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar (4): y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones, para no dormir en todo un año, quanto mas en una noche. Y diciendo esto, fué á

(1) El alcayde ó defensor del castillo.

(2) *Sano de Castilla* en la Germania significa el ladrón disimulado.

(3) Lo mismo que burlador: es tambien voz de la Germania.

(4) Habíase valido Don Quixote de aquellos versos: *Mis arreos son las armas*, etc. y el ventero, contextándole por el mismo estilo, continua el romance así:

*Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar:
Las manidas son escaras,
Los caminos por usar.*

(Cancionero de Romances. *Amers*, 1555, 16.)

tener del estribo á Don Quixote, el qual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dixo luego al huésped, que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza, que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quixote decia, ni aun la mitad: y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al qual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él) las quales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamas supieron ni pudieron desencaxarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera: y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa y extraña figura, que se pudiera pensar: y al desarmarle, (como él se imaginaba, que aquellas traídas y llevadas (1) que le desarmaban,

(1) Los arrieros, entonces como ahora, solian emplearse en conducir esta pestilente mercancía de unos pueblos po-

eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dixo con mucho donayre:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quixote,
Quando de su aldea vino.
Doncellas curaban del,
Princesas de su Rocino,

ó Rocinante: que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y Don Quixote de la Mancha el mio. Que puesto que no quisiera descubrirme, fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa, que sepais mi nombre ántes de toda sazón. Pero tiempo vendrá en que las Vuestras Señorías me manden, y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de servirlos. Las mozas, que no estaban hechas á oír semejantes retóricas, no respondian palabra; solo le preguntaron, si queria comer alguna cosa. Qualquiera yantaría yo, respondió Don Quixote, porque, á lo

pulosos á otros. Estas se porteban á Sevilla, porque era el emporio ó silla del comercio, como ahora Cadiz.

que entiendo, me haria mucho al caso. Á dicha acertó á ser viérnes aquel día, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle, si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quixote, podrán servir de una trucha: porque eso se me da, que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho. Quanto mas, que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trúxole el huésped una porcion del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas. Pero era materia de grande risa verle comer: porque como tenia puesta la celada, y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y ponía, y

así una de aquellas señoras servia deste menester. Mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recibia en paciencia, á truco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas quatro ó cinco veces, con lo qual acabó de confirmar Don Quixote, que estaba en algun famoso castillo, y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan (d) candeal, y las rameras damas, y el ventero Castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigaba, era el no verse armado caballero, por parecerle, que no se podria poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la órden de caballería.

CAPÍTULO III.

*Donde se cuenta la graciosa manera,
que tuvo Don Quixote en armarse
caballero.*

Y así fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la qual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole: no me levantaré jamas de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el qual redundará en alabanza vuestra, y en pro del Género humano. El ventero que vió á su huésped á sus pies, y oyó semejantes razones, estaba confuso, mirándole sin saber que hacerse ni decirle, y porfiaba con él, que se levantase, y jamas quiso, hasta que le hubo de decir, que él le otorgaba el don que le pedia. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió Don Quixote: y así os

digo, que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel día me habeis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las quatro partes del mundo, buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería, y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero que, como está dicho, era un poco socarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo, quando acabó de oír semejantes razones, y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor, y así le dixo, que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedia, y que tal presupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia, y como su gallarda presencia mostraba, y que él ansimesmo en los años de su mocedad se habia dado á aquel honroso exercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubie-

se dexado los percheles de Málaga (1), islas de Riaran (2), compas de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lúcar, potro de Córdoba, y las ventillas

(1) Arrabal ó barrio hacia la marina, llamado así por las perchas ó palos en que se colgaban, ó secaban, los ceciales, cuyo sitio se eligió por el licenciado Astudillo, juez de los Reyes Católicos, desde Guadalmedina entre el camino y la playa del mar, para libertar la ciudad del hedor de los pescados (*Conversaciones Malagueñas* por García de la Leña: *P. 3, t. III, p. 172.*) Hablando Don Luis Zapata (*Miscelánea* MS. I. 507.) de la espantosa peste que padeció Málaga el año de 1582, dice: *En dando á un la landre, por principal que fuese le arrebataban y llevaban en una silla dos diputados ganapanes (de quien la muerte no hacia caso, ni ellos la temian, por no tener con ella que perder nada) á un barrio de casas fuera, que se llama los percheles, junto á la mar, donde entraban infinitisimos azúcares, y morían á 200, y algunos días á 500.* Este barrio pues de tanto tráfico era la escuela donde el ventero aprendió las artes de hurtar.

(2) Estas islas eran parece como unas 17 casas, ó manzana de ellas, que habia en Málaga hacia la puerta del mar, donde habia gran tráfico y contratación de mercaderías, y muchos hodegones, donde se frecuentaban los hurtos y los engaños por los vagamundos. El año de 1492, dieron y repartieron los Reyes Católicos este sitio á Garci Lopez de Arriaran, caballero vizcaino, capitán de la armada, por los servicios que les hizo en la conquista de aquella ciudad, como dice el citado la Leña (*tom. II, p. 209.*) Por estar separadas estas casas de las demas se llamarian *la isla*, y de *Riaran* por contraerse de Arriaran. Lo cierto es que en el siglo XVII, poseía toda esta isla y mayorazgo Don Juan Enriquez de Salinas y Navarra, según

de Toledo (1), y otras diversas partes donde habia exercitado la ligereza de sus pies, y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, requestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á muchos pupilos, y finalmente dándose á conocer por quantas audiencias y tribunales hay casi en toda España: y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda, y con las agenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de qualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la

dice Fabio Vigilio Cordato en su novela jocosa y moral, impresa en Origuéla año de 1659, intitulada: *El Hijo de Málaga. Murmurador Jurado, dedicada á Don Juan Enriquez de Salinas y Navarra, caballero del hábito de Calatrava, señor de la isla de Riaran, etc.* Llámase el *Hijo de Málaga* (dice este autor) el mascarón ó la figura de un niño de piedra, tan conocido en el mundo, y tan jurado y votado en él, que se conserva todavia en una esquina de la famosa y nombrada isla de Riaran tan vocada por el mundo, el qual con los hombros, manos y cabeza está sosteniendo un escudo de armas de los antiguos poseedores de la isla. La aduana del Rey parece se edificó sobre este sitio de la isla de Riaran el año de 1709. (*Conversaciones*: p. 201.)

(1) Están fuera de la puerta de la ciudad, en donde se vende vino, y otras cosas excitativas de la sed. Tanto en estos parages, como en todos los sobredichos, concurría la gente ociosa y apicarada; y estas son las escuelas, donde adquirió nuestro ventero las virtudes de que se alaba.

mucha afición que les tenía, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo (1). Díxole también, que en aquel su castillo no había capilla alguna, donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero en caso de necesidad, él sabía que se podían velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser mas en el mundo. Preguntóle si traía dineros. Respondió Don Quixote, que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes, que ninguno los hubiese traído. Á esto dixo el

(1) Aunque los exemplares de estos venteros suelen ser verdaderos, como lo es el de aquel Juan Fernandez, de quien habla Suarez de Figueroa (*El pasajero*: p. 319.) que retirado en una venta de Andalucía vivía también con lo suyo, y con lo ajeno, con todo eso pudo reputar Don Quixote á su ventero por algun caballero andante, pues en *Olivante de Laura* (lib. 2, cap. 21) se introduce un tal Artistar, el qual, aunque muy buen caballero, como no tubiese otra cosa que su castillo de que mantenerse, empleaba su bondad en aprovecharse de los caballeros andantes y otras personas, que por sus terminos pasaban, haciendo que partiesen con él de lo que tenían.

ventero, que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido á los autores dellas, que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los truxéron: y así tuviese por cierto y averiguado, que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles, y que asimesmo llevaban camisas, y una arqueta pequeña llena de unguentos, para curar las heridas que recibían: porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos, había quien los curase, si ya no era que tenían algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el ayre en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno no hubiesen tenido (1); mas que

(1) En las dos primeras ediciones se decía: como si mal alguno hubiesen tenido. Para suplir la negacion, que re-

en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada, que sus escuderos fuesen proveidos de dineros, y de otras cosas necesarias, como eran hilas y unguentos para curarse. Y quando sucedia, que los tales caballeros no tenian escuderos, (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas, no fué muy admitido entre los caballeros andantes: y por esto le daba por consejo, (pues aun se lo podia mandar como á su ahijado que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros, y sin las prevenciones referidas, y que veria quan bien se hallaba con ellas, quando ménos se pensase. Prometióle Don Quixote de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad: y así se dió luego orden, como ve-

queria el sentido, en la edicion de Londres y en otras se observa enmendado este lugar conservando el *alguno*, y repitiendo su última sílaba, de donde resultó el adverbio *no*, que sin duda se leeria en el original de Cervantes, y el impresor omitiria.

lase las armas en un corral grande, que á un lado de la venta estaba, y recogiendo las Don Quixote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y quando comenzó el paseo, comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero á todos quantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazon de caballería que esperaba. Admiráronse (e) de tan extraño género de locura, y fuéronselo á mirar desde léjos, y vieron, que con sosegado ademan unas veces se paseaba, otras, arrimado á su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero (f) con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba, de manera, que quanto el novel caballero hacia, era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta, ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quixote, que estaban sobre la pila, el qual viéndole llegar, en voz alta le dixo: ó tú quien quiera que seas, atrevido caballero,

que llegas á tocar las armas del mas valeroso andante, que jamas se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dexar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero destas razones; (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud) ántes travando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo qual visto por Don Quixote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento, á lo que pareció, en su señora Dulcinea, dixo: acorredme, señora mia, en esta primera afrenta, que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo. Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado, (porque aun estaba aturdido el arriero) llegó otro con la mesma intencion de dar agua á sus mulos, y llegando á

quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quixote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo mas de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por quatro. Al ruido acudió toda la genie de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quixote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dixo: ó señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo (1). Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atras. Los compañeros de los heridos, que tales los viéron, comenzaron desde léjos á llover piedras sobre Don Quixote, el qual lo mejor que podía se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dexasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los mata-

(1) Esperando.

se á todos. Tambien Don Quixote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia, que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baxa canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en quanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que llevais de vuestra sandez y demasia. Decia esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y así por esto, como por las persuasiones del ventero le dexaron de tirar, y él dexó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, ántes que otra desgracia sucediese: y así llegándose á él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baxa con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Dixole como ya le ha-

bia dicho, que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer, tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada, y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer: y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, quanto mas, que él habia estado mas de quatro. Todo se lo creyó Don Quixote, y dixo, que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese: porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dexar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dexaria. Advertido y medroso desto el Castellano, truxo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde Don Quixote estaba, al qual mandó hincar de rodillas, y leyéndole en su manual, como que decia alguna devota oracion, en mitad de la leyenda alzó la

mano, y dióle sobre el cuello un buen (g) golpe (1), y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas, que le ciñesen la espada, la qual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion: porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habian visto del novel caballero, les tenia la risa á raya. Al ceñirle la espada, dixo la buena señora: Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero, y le dé ventura en lides. Don Quixote le preguntó como se llamaba: porque él supiese de allí adelante á quien quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolo-

(1) llamábase *la pescorada*, y la daban los mismos reyes quando armaban caballeros, como se la dio el rey Católico á Juan de Aveña, segun dice el P. Guardiola, con la qual se advertia á los caballeros noveles que se despertasen, y no se durmiesen en las cosas de la caballeria. (*Tratado de Nobleza*: p. 95, y sig.) Otra ceremonia precisa era el hacer el juramento, que Don Quixote omitió, sin duda por la prisa con que fue armado.



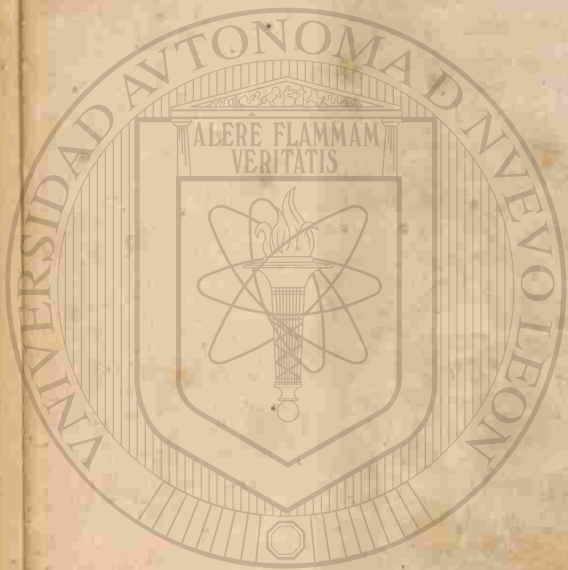
UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"ALFREDO VIVES"
FUNDADA EN 1857



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivía á las tendillas de Sanchobienaya (1), y que donde quiera que ella estuviese, le serviría y le tendria por señor. Don Quixote le replicó, que por su amor le hiciese merced, que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la qual le pasó casi el mismo coloquio, que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dixo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera, á la qual tambien rogó Don Quixote, que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera (2), ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias,

(1) Otra plaza de tiendas hay muy antigua, y nombrada (dice el Dr. Pisa: lib. 1, cap. 41.) de Sancho Minaya con otras carnicerías junto al hospital de la Misericordia. El Dr. Pedro Salazar dice que se han de llamar estas tiendas de Sancho Benhaya. El Dr. Salazar parece tener razón, y acaso dio nombre á esta plazuela Sancho de Benhaya (Ben Yabia) que con otros toledanos sirvió de testigo en el privilegio despachado en Madrid año de 1193, en que Alonso VIII, hace merced á diferentes sugetos de la aldea y término de Jumella.

(2) Vuelve Cervantes á reprehender en estas dos mugeres comunes el abuso del Don. El P. Guardiola, contempora-

®

10290

no vió la hora Don Quixote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras. Y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped, le dixo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta, con no ménos retóricas, aunque con mas breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dexó ir á la buena hora.

neo de nuestro autor (*Tratado de Nobleza*, p. 110.) dice que este abuso empezó en tiempo de Enrique IV, y que continuó en el de los reyes Católicos. Añade que *los judíos eran los que mas afectaban el Don, y que en su tiempo le usaba la gente baxa, y hasta las rameraz públicas: especialmente en Andalucía, y no se ha corregido en el siglo XVIII. Al fin de la referida novela de Vigilio Cordato se dice: estas dos tenderas, que estan pesando en esta puerta del mar fruta y mondongo, los dias pasados se tiraban las infamias, como las pesas, y se arañaban las honras, como las caras, y dixo una: pues tú conmigo, Doña Teodosia? sabiendo que yo soy conocida en Málaga, y que soy hija de Doña Brigida de tal, y del mesonero de tal parte, que fue ventero veinte y un años y medio?*

CAPÍTULO IV.

De lo que le sucedió á nuestro caballero, quando salió de la venta.

LA del Alba (1) seria, quando Don Quixote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias, que habia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa, y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un Labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos; pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el qual casi conociendo

(1) Esto es, la *hora* de la alba, cuyo sustantivo, con que finaliza el cap. III, es la palabra inmediata al artículo, con que empieza el IV, leyendo el texto seguido, y sin interrupción de capítulos ni epígrafes, que se inventaron para descanso y comodidad del lector. Los antiguos á lo menos sin ellos escribían.

no vió la hora Don Quixote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras. Y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped, le dixo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta, con no ménos retóricas, aunque con mas breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dexó ir á la buena hora.

neo de nuestro autor (*Tratado de Nobleza*, p. 110.) dice que este abuso empezó en tiempo de Enrique IV, y que continuó en el de los reyes Católicos. Añade que *los judíos eran los que mas afectaban el Don, y que en su tiempo le usaba la gente baxa, y hasta las rameraz públicas: especialmente en Andalucía, y no se ha corregido en el siglo XVIII. Al fin de la referida novela de Vigilio Cordato se dice: estas dos tenderas, que estan pesando en esta puerta del mar fruta y mondongo, los dias pasados se tiraban las infamias, como las pesas, y se arañaban las honras, como las caras, y dixo una: pues tú conmigo, Doña Teodosia? sabiendo que yo soy conocida en Málaga, y que soy hija de Doña Brigida de tal, y del mesonero de tal parte, que fue ventero veinte y un años y medio?*

CAPÍTULO IV.

De lo que le sucedió á nuestro caballero, quando salió de la venta.

LA del Alba (1) seria, quando Don Quixote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias, que habia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa, y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un Labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos; pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el qual casi conociendo

(1) Esto es, la hora de la alba, cuyo sustantivo, con que finaliza el cap. III, es la palabra inmediata al artículo, con que empieza el IV, leyendo el texto seguido, y sin interrupción de capítulos ni epígrafes, que se inventaron para descanso y comodidad del lector. Los antiguos á lo menos sin ellos escribían.

la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponía los pies en el suelo. No habia andado mucho, quando le pareció, que á su diestra mano, de la espesura de un bosque, que allí estaba, salían unas voces delicadas como de persona que se quejaba. Y apenas las hubo oído, quando dixo: gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda. Y volviendo las riendas, encaminó a Rocinante hácia donde le pareció, que las voces salían. Y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle (1), y ca-

(1) Tiene con esta aventura alguna semejanza la que se cuenta en el cap. 72, de *Amadis de Gaula*, sobre que pasando cerca de otro bosque Daraydo y Galtaziro oyeron

da azote le acompañaba con una reprehension y consejo, porque decia: la lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: no lo haré otra vez, señor mio: por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante mas cuidado con el hato. Y viendo Don Quixote lo que pasaba, con voz airada dixo: descortes caballero, mal parece tomáros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza, (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina, adonde estaba arrendada la yegua) que yo os haré conocer, ser de cobardes, lo que estais haciendo. El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: señor caballero, este muchacho, que estoy castigando, es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el qual es tan descuidado,

voces lastimeras de persona que se quejaba, é internándose en él, vieron que dos damas estaban azotando con varas verdes á un caballero, desnudo y atado á un tronco de encina, por amante desleal, que habia dado palabra de casamiento á entrambas á un mismo tiempo.

que cada día me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. Miente, delante de mí, ruin villano? dixo Don Quixote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasáros de parte á parte con esta lanza: pagalde luego sin mas réplica, si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desatado luego. El labrador baxó la cabeza, y sin responder palabra, desató á su criado: al qual preguntó Don Quixote, que quanto le debía su amo. Él dixo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quixote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y dixole al labrador, que al momento los desembolsase, si no queria morir por ello. Respondió el medroso villano, que por el paso en que estaba, y juramento que habia hecho, (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos: porque se le habian de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrías, que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó Don Quixote; pero qué-

dense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habeis dado: que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagásteis, vos le habeis rotpido el de su cuerpo, y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: así que por esta parte no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andres conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. ¿Irme yo con él, dixo el muchacho? Mas mal año! No señor, ni por pienso: porque en viéndose solo me desollará como á un San Bartolomé. No hará tal, replicó Don Quixote: basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recebido, le dexaré ir libre, y aseguraré la paga. Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dixo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recebido orden de caballería alguna: que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió Don Quixote, que Haldudos puede haber caballeros: quanto mas, que cada uno es hijo de sus obras. Así es verdad, dixo Andres. Pero este mi amo

de que obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? No niego, hermano Andres, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pagáros como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumados. Del sahumerio os hago gracia, dixo Don Quixote, dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado; si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscáros, y á castigáros, y que os tengo de hallar, aunque os escondais mas que una lagartija. Y si quereis saber quien os manda esto, para quedar con mas veras obligado á cumplirlo, sabed, que yo soy el valeroso Don Quixote de la Mancha, el deshacedor de agravios y sinrazones, y á Dios quedad, y no se os parta de las niéntes lo prometido y jurado, sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y quando vió, que habia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, volvióse á su criado Andres, y díxole: venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os

debo,

debo, como aquel deshacedor de agravios me dexó mandado. Eso juro yo, dixo Andres, y como que andaré vuestra merced acertado, en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque, que si no me paga, que vuelva y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo, dixo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes, que le dexó por muerto. Llamad, señor Andres, ahora, decía el labrador, al deshacedor de agravios, veréis como no desfaze aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desolláros vivo, como vos temíades. Pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que executase la pronunciada sentencia. Andres se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso Don Quixote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar (1) con

(1) Las setenas era la pena en que alguno era condenado en el siete tanto, ó en siete partes mas del daño hecho.

las setenas. Pero con todo esto él se par-
 tió llorando, y su amo se quedó riendo :
 y desta manera deshizo el agravio el va-
 leroso Don Quixote, el qual contentísimo
 de lo sucedido, pareciéndole, que habia da-
 do felicísimo y alto principio á sus caba-
 llerías, con gran satisfacion de sí mismo
 iba caminando hácia su aldea, diciendo á
 media voz : bien te puedes llamar dichosa
 sobre quantas hoy viven en la tierra, ó
 sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso,
 pues te cupo en suerte tener sujeto y ren-
 dido á toda tu voluntad é talante, á un
 tan valiente y tan nombrado caballero,
 como lo es y será Don Quixote de la Man-
 cha, el qual, como todo el mundo sabe,
 ayer recibió la orden de caballería, y hoy
 ha desfecho el mayor tuerto y agravio,
 que formó la sinrazon y cometió la cruel-
 dad. Hoy quitó el látigo de la mano á
 aquel desapiadado enemigo, que tan sin
 ocasion vapulaba á aquel delicado infante.
 En esto llegó á un camino, que en qua-
 tro se dividia, y luego se le vino á la ima-
 ginación las encrucijadas, donde los ca-
 balleros andantes se ponian á pensar, qual
 camino de aquellos tomarian : y por imi-
 tarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de

haberlo muy bien pensado, soltó la rien-
 da á Rocinante, dexando á la voluntad
 del rocin la suya, el qual siguió su pri-
 mer intento, que fué el irse camino de su
 caballeriza. Y habiendo andado como dos
 millas, descubrió Don Quixote un grande
 tropel de gente, que como despues se su-
 po, eran unos mercaderes Toledanos, que
 iban á comprar seda á Murcia. Eran seis,
 y venian con sus quitasoles, con otros qua-
 tro criados á caballo, y tres mozos de mu-
 las á pie. Apénas los divisó Don Quixote,
 quando se imaginó ser cosa de nueva aven-
 tura, y por imitar en todo quanto á él le
 parecia posible los pasos que habia leído
 en sus libros, le pareció venir allí de mol-
 de uno que pensaba hacer. Y así, con gen-
 til continente y denuedo, se afirmó bien
 en los estribos, apretó la lanza, llegó la
 adarga al pecho, y puesto en la mitad del
 camino, estuvo esperando que aquellos ca-
 balleros andantes llegasen, (que ya él por
 tales los tenia y juzgaba) y quando lle-
 garon á trecho, que se pudieron ver y
 oír, levantó Don Quixote la voz, y con
 ademan arrogante dixo : todo el mundo
 se tenga, si todo el mundo no confie-

sa (1), que no hay en el mundo toda doncella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea (2) del Toboso. Paráronse los mercaderes al son de estas razones, y á ver la estraña figura del que las decia: y por la figura y por ellas luego echáron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio, en que paraba aquella confesion que se les pedia, y uno dellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto le dixo: señor caballero, nosotros no conocemos quien es esa buena señora que decís, mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais (h), de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó Don Quixote, ¿que hicierades vosotros, en confesar una verdad

(1) Así Amadis se combatió con Angriote de Estravaus y su hermano, que guardaban un paso, en que defendian que la señora de Angriote era la mas hermosa de todas. (cap. 18.) Así Brimartes desafió al duque, y derribándolo del caballo, le dixo: *muerto soys, sino conocéis que vuestra señora no iguala á la hermosura de mi Onoria.*

(2) Adoptó sin duda Don Quixote este dictado de Amadis de Gaula, que se le dio á su dama la señora Oriana. (cap. 4.) Y aunque otros caballeros amantes honraron con él á sus señoras, Amadis es mas antiguo, y á quien mas procuró imitar Don Quixote.

tan notoria? La importancia está, en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia: que ahora vengais uno á uno, como pide la orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced en nombre de todos estos Príncipes que aquí estamos, que, porqué no encarguemos vuestras conciencias, confesando una cosa por nosotros jamas vista ni oida, y mas siendo tan en perjuicio de las Emperatrices y Reynas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo: que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado: y aun creo, que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerca de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced, dirémos en

su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió Don Quixote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que dices; sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcobada, sino mas derecha que un huso de Guadarrama. Pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad, como es la de mi señora. Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baxa contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera, que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamas pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo: non fuyais, gente cobarde, gente cautiva, atended que no por culpa mia, sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debía de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo su-

frir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro Don Quixote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera. Dábanle voces sus amos, que no le diese tanto, y que le dexase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dexar el juego hasta embidar todo el resto de su cólera: y acudiendo por los demas trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él (i) via, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguiéron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el qual despues que se vió solo, tornó á probar si podia levantarse: pero si no lo pudo hacer quando sano y bueno; como lo haria molido y casi deshecho? Y aun se tenia por dichoso, pareciéndole, que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo, y no era posible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPÍTULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

VIENDO pues, que en efeto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y truxole su cólera á la memoria aquel de Valdovinos y del Marques de Mantua, quando Carloto le dexó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos, y con todo esto, no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareció á él, que le venia de molde para el paso en que se hallaba, y así con muestras de grande sentimiento, se comenzó á volcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mesmo, que dicen decia el herido caballero del bosque:

¿Donde estas, señora mia,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

O noble Marques de Mantua,
mi tío y señor carnal.

Y quiso la suerte, que quando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mesmo Lugar, y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él, y le preguntó que quien era, y que mal sentia, que tan tristemente se quejaba. Don Quixote creyó sin duda, que aquel era el Marques de Mantua su tío, y así no le respondió otra cosa, sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la mesma manera que el romance lo canta (1). El labrador estaba

(1) Este romance, compuesto por Geronimo Treviño, consta de tres partes, y se imprimió en Alcalá año de 1598. Refiere que Carloto, hijo de Carlo Magno, sacó engañado á la Floresta sin ventura á Baldovinos con ánimo de quitarle la vida, y de casarse con su viuda. Dióle con efecto veinte y dos heridas mortales, y le dexó. Andaba cazando por allí su tío el marques, y oyendo los lamentos del herido, reconocióle. Envio una embajada al Emperador, que residia en Paris, con el conde Dirlas, visorrey de allende el mar, pidiendo justicia, y Carlo Magno mando executar la sentencia de muerte en su hijo Carloto. Pondránse, aunque

admirado, oyendo aquellos disparates: y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el

interrumpidamente, los versos que repetía Don Quixote, que por unos quantos palos que le dio el mozo de mulas, se queja como si estuviera herido de muerte como Baldovinos, que prosigue hablando con su muger así:

*O mi primo Montesinos!
O infante Don Merian!*

*O esforzado Don Raynaldos!
O buen paladin Roldane!*

*O noble marques de Mantua,
Mi señor tio carnale!
Dónde estais, que no ois
Mi doloroso quejare?*

*Que á mi llaman Baldovinos,
Que el Franco solian llamare.
Hijo soy del Rey de Dacia,
Hijo soy suyo carnale,
Uno de los Doce Pares
Que á su mesa comen pane.*

*La linda infanta Sevilla
Es mi esposa sin dudare.
Hame herido Carloto,
Su hijo del Emperante.
Porque requirio de amores
A mi esposa con maldade,
De mí se fuera á vengare,
Pensando que con mi muerte
Con ella habia de casare, etc.*

rostro, que lo tenia lleno de polvo. Y apenas le hubo limpiado, quando le conoció y le dixo: señor Quixada (que así se debía de llamar quando él tenia juicio, y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante); quien ha puesto á vuestra merced desta suerte? Pero él seguia con su romance á quanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo; y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería mas sosegada. Recogió las armas, hasta las hastillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al qual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo, bien pensativo de oir los disparates que Don Quixote decia, y no ménos iba Don Quixote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener en el berrico, y de quando en quando daba unos (k) suspiros, que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dixese que mal sentia: y no parece, sino que el diablo le traía á la memoria los cuentos acomodados á sus

sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdóvinos, se acordó del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera Rodrigo de Narváez le prendió, y llevó cautivo á su Alcaydía. De suerte que quando el labrador le volvió á preguntar como estaba, y que sentia, le respondió las mismas palabras y razones, que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él habia leído la historia en la Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe (1): aprovechándose della tan de propósito, que el labrador se iba dando al diablo, de oír tanta máquina de necesidades. Por donde conoció, que su vecino estaba loco, y dábale prisa á llegar al pueblo, por excusar el enlado, que Don Quixote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo qual dixo: sepa vuestra merced, señor Don

(1) Era Abindarraez del linage tan aplaudido de los Abencerrajes de Granada, y desterrado de ella se crió en Cartama en casa de su alcayde, que tenia una hija de singular belleza, llamada Xarifa, de quien se prendió. Mudaron á Coin á su padre, y yendo una vez Abindarraez á verla, le cautivó Rodrigo de Narváez, á quien el infante Don Fernando el Honesto dexó por Alcayde de Antequera quando la conquistó. Suspiraba tiernamente el moro, y las razones y causas que daba á Narváez de la pena que le causaba la ausencia de Xarifa, son las que imita aquí Don Quixote.

Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballerías que se han visto, vean, ni verán en el mundo. Á esto respondió el labrador: mire vuestra merced, señor; pecador de mí! que yo no soy Don Rodrigo de Narváez, ni el Marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino, ni vuestra merced es Valdóvinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quixada. Yo sé quien soy, respondió Don Quixote, y sé que puedo ser no solo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la fama, pues á todas las hazañas, que ellos todos juntos y cada uno de por sí hicieron, se aventajarán las mias. En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al Lugar á la hora que anochece; pero el labrador aguardó á que fuese algo mas noche, porque no viesen al mo- lido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en casa de Don Quixote, la qual halló toda alborotada, y estaba en ella el Cura y el Barbero del Lugar, que eran

grandes amigos de Don Quixote, que estaba diciéndoles su Ama á voces: ¿que le parece á vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que así se llamaba el Cura) de la desgracia de mi señor? Seis dias ha que no parece él, ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender, y así es ello la verdad, como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene, y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio: que ahora me acuerdo, haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que queria ser caballero andante, é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanas y á Barrabas tales libros, que así han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La Sobrina decia lo mesmo, y aun decia mas: sepa, señor Maese Nicolas (que este era el nombre del barbero) que muchas veces le aconteció á mi señor tío, estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los quales arrojaba el libro de las manos, y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las pare-

des, y quando estaba muy cansado, decia, que habia muerto á quatro gigantes como quatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio, decia, que era sangre de las heridas, que habia recibido en la batalla, y habíase luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sosegado, diciendo, que aquella agua era una preciosísima bebida, que le habia traído el sabio Esquife (1), un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos á estos descomulgados libros, (que tiene muchos) que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de hereges. Esto digo yo tambien, dixo el Cura, y á fe que no se pase el dia de mañana, sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y Don Quixote, con

(1) Su verdadero nombre es Alquife, que fue el sabio que escribió la crónica de Amadis de Grecia. Acaso la sobrina de Don Quixote estropeó el nombre de este encantador.

que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así comenzó á decir á voces: abran vuestras mercedes al señor Valdovinos, y al señor Marques de Mantua, que viene mal ferido, y al señor Moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, Alcayde de Antequera. Á estas voces salieron todos, y como conociéron, los unos á su amigo, las otras á su amo y tío, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. El dixo: ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere posible, á la sabia Urganda, que cure y cate de mis feridas. Mira, en hora mala, dixo á este punto el Ama, si me decia á mí bien mi corazón, del pie que coxeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa (1) urgada, le sabremos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado á vuestra merced. Lleváronle luego á la cama, y catándole las feridas, no le halláron ninguna, y él dixo, que todo era molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo, combatiéndose

tiéndose con diez jayanes (1), los mas desafarodos y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dixo el Cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiguada, que yo los queme mañana ántes que llegue la noche. Hiciéronle á Don Quixote mil preguntas y á ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diesen de comer, y le dexasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hizose así, y el Cura se informó muy á la larga del labrador, del modo que habia hallado á Don Quixote. Él se lo contó todo con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner mas deseo en el Licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el barbero Maese Nicolas, con el qual se vino á casa de Don Quixote.

(1) Nombre que se da á los gigantes en los libros de caballerías.

CAPÍTULO VI.

Del donoso y grande escrutinio, que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

En qual (1) aun todavía dormía. Pidió (2) las llaves á la Sobrina del aposento, donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana: entraron dentro todos, y la Ama con

(1) Este relativo se refiere á Don Quixote, que es la última palabra del capítulo antecedente, porque se supone continuado el hilo del discurso, sin la interrupción del epigrafe, como se dixo.

(2) El supuesto de este verbo es el Cura, que se nombra en el epigrafe del capítulo. Con el exemplo de esta elipsis quiere defender el autor de la: *Jornada de los Coches de Alcalá* (p. 205.) el enlace del contexto con los títulos de los capítulos, que él usa; pero Don Luis de Salazar le reprehende tanto en Cervantes, como en el referido autor, diciendo: *que ese es el único disparate de locucion que hay en este tan excelente libro.* Mas si el supuesto se toma del Cura y del Licenciado, que se leen al fin del capítulo, no solo procederá Cervantes mas conforme con el estilo de los antiguos que se dixo arriba, (vease la nota de la pag. 45) sino que el autor de la *Jornada de los Coches de Alcalá* queda sin defensa, y la critica de Salazar contra Cervantes cae en vacío.

ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien enquadernados y otros pequeños, y así como el Ama los vió, volviose á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dixo: tome vuestra merced, señor Licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las (*m*) que les queremos dar, echándolos del mundo. Causó risa al Licenciado la simplicidad del Ama, y mandó al Barbero, que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de que trataban, pues podia ser hallar algunos, que no mereciesen castigo de fuego. No, dixo la Sobrina, no hay para que perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rímero dellos, y pegarles fuego, y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo. Lo mesmo dixo el Ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes. Mas el Cura no vino en ello, sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que Maese Nicolas le dió en las manos, fué

los quatro de *Amadis de Gaula*, y dixo el Cura : parece cosa de misterio esta, porque segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste, y así me parece que como á dogmatizador de una secta (n) tan mala le debemos sin excusa alguna condenar al fuego. No señor, dixo el Barbero : que tambien he oido decir, que es el mejor de todos los libros, que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar. Así es verdad, dixo el Cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él. Es, dixo el Barbero, *Las Sergas de Esplandian* (1), hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el Cura, que no le ha de

(1) Que tanto quieren decir como las proezas de *Esplandian* segun se lee en el lib. 5, de *Amadis* : cap. 74, cuya etimología se deduce sin duda del griego *ergo*. El autor de este libro es Garci Ordoñez de Montalvo, editor de los de Amadis, el qual le prometio en el lib. 4, cap. 121, por estas palabras : como lo contaremos en un Ramo de la Historia, que se llama *Las Sergas de Esplandian*, cuya promesa repite en el cap. 125. Publicóse con efecto la obra con este titulo : *El Ramo, que de los quatro libros de Amadis de Gaula sale, llamado las sergas del muy*

valer al hijo la bondad del padre : tomad, señora Ama, abrid esa ventana, y echalde al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hizolo así el Ama con mucho contento, y el bueno de *Esplandian* fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. Adelante, dixo el Cura. Este que viene, dixo el Barbero, es *Amadis de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del mesmo linage de Amadis (1). Pues vayan todos al corral, dixo el Cura, que á trueco de quemar á la Reyna

esforzado cavallero Esplandian, hijo del excelente Rey Amadis de Gaula. Alcalá, 1588, fol. Habia precedido otra edicion, aunque menos correcta. Adviértese al principio que estas Sergas fueron escritas en griego por la mano del maestro *Helisabad*, que fue el cirujano que curaba las heridas á Amadis de Gaula, y de quien suele hacer mencion Cervantes. Sin embargo de la pena de fuego, que tan justamente se aplica á este libro de caballerías, dice Alonso Proaza, corrector de la imprenta, en unos versos de arte mayor, puestos al fin, que en el estilo y en la doctrina no le igualan los de Ciceron y Quintiliano.

(1) El libro censurado aqui se intitula : *Choronica del muy valiente y esforzado Principe y cavallero de la ardiente espada Amadis de Grecia*. Lisboa, 1596. Es un tomo en fol. que consta de dos partes. Al principio de la segunda se advierte que esta crónica fue sacada de griego en latin, y de latin en romance segun lo escriuio el gran sabio *Alquife* en las magicas; y al fin se lee esta nota : *Aqui hace fin el noyeno libro de Amadis de Gaula*.

Pintiquiestra (1), y al pastor Darinel y á sus Eglogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si andubiera en figura de caballero andante. De ese parecer soy yo, dixo el Barbero. Y aun yo, añadió la Sobrina. Pues así es, dixo el Ama, venga, y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abaxo. ¿Quién es ese tonel? dixo el Cura. Este es, respondió el Barbero, *Don Olivante de Laura*. El autor dese libro, dixo el Cura, fué el mesmo que com-

que es la *Chronica del... caudallero de la ardiente espada Amadis de Grecia, hijo de Lisuarte de Grecia*, etc. Este Lisuarte era hijo de Amadis de Gaula, y por consiguiente Amadis de Grecia era nieto del de Gaula. Los libros, que se han escrito sobre las hazañas de los descendientes de este primitivo heroe fabuloso (inclusos los quatro suyos) son 24. (V. Don Nicolas Antonio: *Bibl. For.* t. II, p. 594.) los primeros y originales por españoles: los otros por franceses: y este de Amadis de Grecia es el noveno. Vicente Placcio llama á la coleccion de estos libros: *Biblioteca perniciosissima, engendrada ó compuesta por padres españoles, aunque aumentada principalmente por los franceses.* (*Theatrum anonymorum et pseudonymorum*: p. 673, § 2751.) Toda esta descendencia de Amadis de Gaula condenó al fuego el Cura, que eran como unos XX tomos, que por eso dice Cervantes, que eran muchos.

(1) Giganta de espantosa y ridícula figura.

puso á *Jardin de Flores*, y en verdad que no sepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, ó por decir mejor, ménos mentiroso; solo sé decir, que este irá al corral por disparatado y arrogante (1). Este que se sigue, es *Florismarte de Hircania* (2), dixo el Barbero. ¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el Cura: pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento (3) y soñadas aventuras: que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con esotro,

(1) El autor de: *Jardin de Flores* es Antonio de Torquemada; con que lo es tambien de: *Don Olivante de Laura*. Con efecto este *Jardin* abunda de fábulas y patrañas sobre fantasmas, visiones, trasgos ó duendes, encantadores y hechiceros; y manifiesta que el ingenio del que le compuso, estaba templado y dispuesto para escribir libros caballerescos.

(2) Publicado por Melchor de Ortega, caballero de Ubeda, con este titulo: *Primera Parte de la Historia del Principe Felixmarte de Hircania*. Valladolid, 1556, fol.

(3) Pasó de esta manera. La princesa Martedina, muger del principe Flosaran de Misia, dio á luz en un monte un hijo en manos de una muger salvaje, llamada Belsagina, que en atencion á los nombres de sus padres le pareció llamarle *Florismarte* para que participase de entrambos; pero considerando la princesa que era nombre mas sonoro y significativo el de *Felixmarte*, le llamó así. Con efecto, Cervantes le dá tambien el nombre de *Felixmarte* en el cap. XIII, P. I.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1904

señora Ama. Que me place, señor mio, respondia ella, y con mucha alegría executaba lo que le era mandado. Este es *El Caballero Platir* (1), dixo el Barbero. Antiguo libro es ese, dixo el Cura, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe á los demas sin réplica, y así fué hecho. Abrióse otro libro, y viéron que tenia por título *El Caballero de la Cruz* (2).

(1) O *Cronica del muy valiente y esforzado Caballero Platir, hijo del Emperador Primalcon*. Su autor es anónimo, como lo son por lo comun los mas de los que escribieron libros de caballerias. Imprimióse en Valladolid, 1555, dedicado al marques de Astorga.

(2) Esta historia se divide en dos libros ó tomos. El primero se intitula: *Libro del inuencible cauallero Lepolemo . . . de los hechos que hizo llamándose el Cauallero de la Cruz*. El segundo: *Leandro el Bel . . . segun le compuso el sabio Rey Artidoro en lengua griega*. Ambos se imprimieron en Toledo por Miguel Ferrer (no por Luis Perez, como dice Don Nicolas Antonio) en fol. el uno el año de 1562, el otro el de 1563. El primero se fingo escrito en arábigo por mandado del soldan Zulema, por un moro llamado Xarton, y traducido en castellano por un cautivo de Tunex. Tiene dos dedicatorias: una en nombre del cautivo al conde de Saldaña: otra en el del moro al Soldan. Al fin de la obra promete Xarton el libro segundo; pues dice que el principe Lepolemo tuvo un hijo, á quien pusieron nombre Leandro . . . del qual habla el segundo libro desta Historia. Con efecto se publicó, como se ha visto, este segundo libro, dedicado á Don Juan, Claros de Guzman, conde de Niebla, á quien dice el autor anónimo . . . los dias pasados ofreci (á V. E.) los Collo-

Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir: tras la cruz está el diablo, vaya al fuego. Tomando el Barbero otro libro, dixo: este es *Espejo de caballerias* (1). Ya conozco á su mer-

quios Matrimoniales . . . despues de haber sacado á luz el doceno libro de *Amadis*. El autor de los *Colloquios* es Pedro de Luxan, que dedicados en efecto al mismo conde de Niebla, los imprimió en 1555, 8. Con que lo es tambien del segundo libro, intitulado: *Leandro el Bel*: y lo es así mismo del libro primero del *Caballero de la Cruz*, ó *Lepolemo*, su padre, que publicó Luxan despues de los *Colloquios* con el nombre del moro Xarton y del cautivo de Tunex; informándonos al mismo tiempo de que la historia del padre es el libro doceno de los que tratan de los descendientes de Amadis, y la de su hijo Leandro el decimo tercio por consiguiente. Con esta noticia se puede ilustrar la obscuridad con que hablan de estos libros XII y XIII. Don Nicolas Antonio (*Bibl. Nov.*, t. II, p. 304.) y Quadrio. (*Historia de toda la poesia*: vol. 4.)

(1) Esta es la primera parte de esta obra caballeresca, que dividida en dos libros, escribió Diego Ortuñez á Ordoñez de Calahorra, natural de Naxera: imprimiela el año de 1562, fol. y la dedicó á Martin Cortés, hijo del famoso Hernan Cortés, donde no solo dice que la traduxo del latin, sino que reprehende el *rescuage* (como el se explica) de libros de Caballerias por falta de moralidad y alegoria; pero no por eso se libértó él de ser tambien censurado. Continúo esta libula Pedro de la Sierra, natural de Carriñena, cabeza de su campo en el reyno de Aragon, escribiendo la segunda parte, que consta igualmente de otros dos libros, que publicó en Zaragoza año de 1580, fol. Y el licenciado Marcos Martinez, natural de Alcalá de Henares, añadió la Parte tercera

ced, dixo el Cura: ahí anda el señor Reynaldos de Montalvan con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpin, y en verdad, que estoy por condenarlos, no mas que á destierro perpetuo, esiquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien texió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto (1), al qual si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano, dixo el Barbero, mas no le entiendo.

y quarta, cada una de las quales consta así mismo de otros dos libros, y de ellas hay en la Real Biblioteca una edicion hecha tambien en Zaragoza el año de 1625, fol. dedicada á Don Rodrigo Sarmiento de Villandrando, duque de Híjar. En dicha Real Biblioteca existe finalmente el libro primero de la parte quinta, m. s. en fol.

(1) Natural de Rhegio, canónigo de Ferrara, autor del *Orlando Furioso*, cuya tela se texió con la trama del *Orlando Enamorado* del conde Mateo Maria Boyardo, segun dixo, antes que Cervantes, su traductor Francisco Garrido de Villena. Llámáscle aquí: *poeta cristiano*, porque este dictado se daba á los que no se ocupaban en escribir obras deshonestas ó sotádicas, ni impías, como Pedro Arentino, Nicolao Franco. Por esto llamó al mismo Cervantes *cristiano ingenio* Don Francisco de Urbina en el epítafio que se lee al principio del *Persiles*. El adjetiv *verdadero* que se aplica al arzobispo Turpin, es irónico.

Ni aun fuera bien que vos le entendiérais (1), respondió el Cura, y aquí le perdonáramos al señor Capitan (2), que no le hubiera traído á España, y hecho Castellano: que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan, y habilidad que muestren,

(1) El Cura tiene al *Orlando* del Ariosto por cosa tan excelente, y al Barbero por tan pobre hombre, segun parece, que no le reputa por digno de leerle en italiano. *De aquí consta* (dice Jarvis en la nota inglesa á su traducion de *Don Quixote*) *que Cervantes no gustaba de las extravagancias del Ariosto: cuya errada interpretacion avisa á los comentadores de quan expuestos estan á hacer decir á los autores cosas, que ni dixerón ni imaginaron; ó por mejor decir, cosas contrarias á las que imaginaron y dixerón.*

(2) Este capitan traductor es Don Geronimo Ximenez de Urrea, natural de Epila, no menos famoso por la espada que por la pluma. Antes que nuestro autor, dixo de él Don Diego de Mendoza, disimulado con el nombre del bachiller de Arcadia. *Y Don Geronimo de Urrea no ha ganado fama de noble escritor, y aun, segun dicen, muchos dineros (que importa mas) por haber traducido á Orlando Furioso, y por haber dicho donde el autor decia cabaglieri, decir el caballeros, y por decir donde decia el otro arme, armas, y donde amóri, amores? pues de esta arte yo me haria más libras, que hizo Matusalen.* (Biblioteca Real: est. M. cod. 225.) Véase sin embargo el elogio que hace de este traductor el cronista Andres en el prólogo de la *Verdadera honra militar* del mismo Urrea.

jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto, que este libro y todos los que se hallaren, que tratan destas cosas de Francia, se echen, y depositen en un pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea, lo que se ha de hacer dellos, ecetuando (o) á un *Bernardo del Carpio* (1), que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesváles*, que estos en llegando á mis manos, han de estar en las del Ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien, y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen cristiano, y tan amigo de la verdad que no diria otra cosa, por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era *Palmerin de Oliva*, y junto á él estaba otro, que se llamaba *Palmerin de Inglaterra*, lo qual visto por el Licenciado, dixo: esa Oliva se haga luego rajas y se quemé, que aun no queden della las

(1) El autor de este poema, escrito en octavas, es Agustín Alonso, vecino de Salamanca, que le publicó con este título: *Historia de las Hazañas y Hechos del innencible cauallero Bernardo del Carpio*, etc. Toledo, por Pedro Lopez de Haro, 1585. 4. Conservase este raro libro en la copiosa biblioteca del Sr. Cerdá.

cenizas (1), y esa palma de Inglaterra se guarde, y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alexandro en los despojos de

(1) La historia de Palmerin de Oliva consta de dos volúmenes en fol. El primero se intitula: *Libro del famoso cauallero Palmerin de Oliva, que por el mundo grandes hechos en armas hizo sin saber, cuyo hijo fuese*. Toledo, 1580. Habian precedido otras ediciones. El titulo del segundo es el siguiente: *Libro segundo del Emperador Palmerin..... en que se cuentan los hechos de Primaleon y Polendos sus hijos*. Medina del Campo, 1563. El autor de esta crónica fabulosa es una muger. Los portugueses pretenden que sea portuguesa (Don Nicolas Antonio: *Bibl. Nov.* t. II. p. 395.) pero al fin del lib. II se lee una octava inculca, en que se alaba la variedad de aventuras y la verisimilitud con que estan escritas, segun el dictamen del poeta anónimo, y en que no solo se asegura que las escribió una muger, sino que era n... ugustobrica, ó de la ciudad de Burgos. Dice así:

*En este esmaltado hay muy rico dechado
Y en esculpidas muy ricas labores
De paz, y de guerra, y de castos amores.
Por mano de dueña prudente labrados:
Es por exemplo de todos notado
Que lo verisimil veamos en flor.
Es de Augustobrica aquesta labor
Que en Medina se ha agora estampada.*

Llámanse el heroe Palmerin de Oliva, porque, segun se finge, luego que le pario su madre Agriconia, hija del Emperador de Constantinopla, fue llevado al monte de la Oliva, y metido en un cestillo de mimbres fue colgado de una palma de él, de donde le descolgo un rústico, que ignorando su nombre le impuso el de *Palmerin de Oliva*, con alusion al nombre del monte y de la palma.

Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas, la una, porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto Rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonisimas, y de grande artificio, las razones cortesananas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento (1). Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor Maese Nicolas, que esté y Amadis de Gaula queden libres del fuego, y todos los

(1) Esta historia se reimprimió en Lisboa, año de 1786, en tres tomos en 4, con este título: *Cronica de Palmeirim de Inglaterra, primeira e segunda Parte*. El editor intenta probar en el prólogo, no solo que la obra se escribió en portugués, sino que la escribió Francisco de Moraes, que la publicó en Évora en 1567. Sin embargo el mismo añade que Mr. De Bure cita una traducción francesa hecha del español, é impresa el año de 1553, por lo que pudiera dudarse, si se compuso originalmente en lengua portuguesa. Cervantes á la verdad no reconoce por autor della á Francisco Moraes; y en quanto á que la compusiese un rey de Portugal, dice con efecto Manuel Faria de Sousa (*Europa*: t. 5, p. IV, c. 8.) que algunos creyeron que este fuese Don Juan II; pero Don Nicolas Antonio le atribuye en parte al infante Don Luis, padre de Don Antonio, prior de Ocrato. A las dos Partes I. y II. de esta Cronica añadió la III. y IV. Diego Fernandez, y la V. y VI. Baltasar Gonzalez Lobato: todo en portuguez.

demas, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el Barbero, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianis*. Pues ese, replicó el Cura, con la segunda, tercera y quarta parte, tienen necesidad de un poco de rui-barbo, para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo qual se les da término ultramarino (1), y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dexéis leer á ninguno. Que me place, respondió el Barbero (2), y sin

(1) Llámase así el que se concede para la prueba, proporcionado á la distancia donde se ha de hacer, á diferencia del de ochenta dias. (*Diccionario de la Lengua*.)

(2) La historia aqui censurada se intitula: *Libro primero del valeroso e invencible Principe don Belianis de Grecia, hijo del Emperador don Belanio de Grecia... sacado de lengua Griega, en la qual le estorvio el sabio Friston por un hijo del virtuoso varon Toribio Fernandez*. Consta esta obra de quatro libros ó partes. En Burgos, 1579, fol. Hay esta edición en la Real Biblioteca. Don Nicolas Antonio cita otra mas antigua, hecha en Estella, año de 1564, fol. (*Bibl. Nov. t. II, p. 397.*) El hijo del virtuoso Toribio era el licenciado Gerónimo Fernandez, abogado en Madrid, segun consta de la nota.

querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al Ama, que tomase todos los grandes, y diese con ellos en el corral. No se dixo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia mas gana de quemallos, que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los pies de Barbero, que le tomó gana de ver de quien era, y vió que decia: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*. Válame Dios, dixo el Cura, dando una gran voz, ¡que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele, compadre, que hago cuenta, que he ballado en él un tesoro de contento, y una mina de pasatiempos. Aquí está Don Kirieleison de Montalvan, valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalvan, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida (1), con los amores

puesta al fin del libro ó parte quarta, y del privilegio concedido á Andres Fernandez, hermano del autor, vecino de Burgos, de donde parece descendia esta familia.

(1) Era doncella de la princesa Carmesina, pretendida por Tirante.

y embustes de la viuda Reposada (1), y la señora Emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento ántes de su muerte, con otras cosas, de que todos los demas libros deste género carecen. Con todo eso os digo, que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevalde á casa, y lealde, y veréis que es verdad quanto dél os he dicho. Así será, respondió el Barbero (2): pero ¿que harémos destos pe-

(1) Era dueña de la misma princesa, á quien habia criado.

(2) El autor, que merecia la pena de galeras, intituló su obra de esta manera: *Tirante el Blanco de Roca salada... caballero de la jarretiera, que por su alto caballeria alcanzo á ser principe y cesar del imperio de Grecia*. Llámose *Tirante*, porque su padre era hijo del señor de la marçhia de *Tirania*, y porque su madre se llamaba *Blanca*, y de *Roca salada*, por ser señor de un castillo roquero, fundado en un monte de sal. (*Quadrio. Historia de toda la poesia, vol. IV, p. 554.*) Escribióse el libro en lengua castellana, como lo supone la traduccion lemosina, que hizo de ella mosen Juannot Martorell, y

queños libros que quedan? Estos, dixo el Cura, no deben de ser de caballerías, sino de poesía: y abriendo uno vió, que era *la Diana de Jorge de Montemayor* (1), y dixo: (creyendo que todo: los demas eran del mesmo género) estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entendimiento (2), sin perjuicio de tercero. ¡Ay señor! dixo la Sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas: porque no sería mucho, que

que, por quedar imperfecta por su muerte, concluyó mosen Juan de Galbá á ruegos de Doña Isabel de Lorig. Impriose esta version en Valencia, año de 1490. 4, y no en 1480, como quieren Don Nicolas Antonio, y Ximeno. Existe un exemplar en la biblioteca de la Sapiencia de Roma segun el P. Mendez. (*Tipografía Española, Año de 1490*) En Valladolid se publicó otra edicion castellana de este rarísimo libro por Diego de Gudiel año de 1511, de donde le traduxo al italiano Lelio Manfredi, y publicó en Venecia Pedro de Niccolini da Sabbio año de 1553, 4. (El citado *Quadrio*.)

(1) Portugues, poeta conocido, músico de la capilla de Carlos V, y soldado valeroso, que perdió la vida en el Piemonte año de 1561.

(2) Así en las primeras ediciones y en las demas; pero debe reputarse por yerro de imprenta, en lugar de *libros de entretenimiento*. Lo primero: porque si fueran escritos con entendimiento, no arrojará Cervantes algunos de ellos al corral. Lo segundo: porque la expresion de *libros*

habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que segun dicen, es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dixo el Cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se quemé, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros (1). Este que se sigue, dixo el Barbero, es *La Diana*, llamada: *Segunda*

de entretenimiento es la comun, la consagrada, y usada por Cervantes y demas autores que escribian con propiedad, para significar estos libros de invencion, que son de los que se trata aqui, como se pudiera probar con muchas autoridades.

(1) Tambien hallaba que censurar en la Diana de Jorge de Montemayor el canónigo de Sevilla Don Francisco Pacheco, que en la *Satira m. s. contra la mala poesia*, dice:

Y espántanse que el cielo Londres llave

del Salmantino, y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es *Gil Polo*. Pues la del Salmantino (1), respondió el

Que *Abidas*, *Caroleas*, y *Dianas*,

Y otros monstruos la tierra esteril llevé.

(Biblioteca Real: est. M. cod. 225.) Esta dama vivía aun en el reyno de Leon á principios del siglo XVII, porque no fue fingida como otras, que celebran los poetas. Quando los Reyes Don Felipe III, y Doña Margarita volvían de Portugal, hicieron mansion en Valencia de Don Juan, y dicen le cupo por posada al marques de los Navas y por huésped aquella famosa muger, Diana, aquella que tanto alaba Jorge de Montemayor en su historia y versos, que, aunque vieja, todavía vive, y dicen se echá de ver que en su tiempo fue muy hermosa, que es la más hacendada y rica de su pueblo. Pues por ser tan famosa esta muger, y habérta alabado tanto en su obra Jorge de Montemayor, la fueron los Reyes á ver y toda su corte á su casa, como á cosa maravillosa: es muger muy entendida y muy bien hablada. Así refiere este suceso el P. Sepúlveda en los del año de 1602, (P. II, cap. XII. Biblioteca Real, est. H. cod. 160.) El portugues Faria de Sousa dice que vivía en Valderas, y que se llamaba Ana. (Dedic. de la III. Parte del *Aganipe*.) Pero Sepúlveda parece mas fidedigno, porque escribia en el Escorial lo que iba sucediendo en su tiempo, y se informaría de los cortesanos: ademas que lo confirma Lope de Vega, que dice: *La Diana de Jorge Montemayor fue una dama natural de Valencia de Don Juan junto á Leon, y Esza su rio*. (Dorotea, p. 52.) Cervantes sin embargo la tiene por fingida: sin duda no llegaron á él estas noticias. (P. I, cap. XXV.)

(1) Alonso Perez, médico de Salamanca, publicó esta segunda Diana en Alcalá, año de 1562.

Cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo (1) se guarde como si fuera del mismo Apolo: y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa, que se va haciendo tarde. Este libro es, dixo el Barbaro, abriendo otro, *Los diez libros de Fortuna de Amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta Sardo. Por las órdenes que recibí, dixo el Cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las Musas Musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de quantos deste género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leído, puede hacer cuenta que no ha leído jamas cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio mas haberle hallado, que si me dieran una sotana de raja de

(1) Insigne poeta valenciano, que publicó cinco libros de la *Diana Enamorada*, continuando los siete de Jorge de Montemayor. Modernamente la ha reimpresso en Madrid, año de 1778, 8, el ilmo Sr. Don Francisco Cerdá y Rico, del Consejo y Cámara de Indias, acompañándola con un prólogo instructivo y con abundantes notas sobre el *Canto del Turia*, en que manifiesta su copiosa y notoria erudición. Mr. Florian disiente de Cervantes en los elogios á Gil Polo. (*Estelle*, p. 19.)

Florençia. Púsole aparte con grandísimo gusto (1), y el Barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son *El Pastor de*

(1) Antonio de lo Frasso, ó de el Fresno (no Lo Frasso, como se ha leído hasta ahora, incorporando el artículo sardó lo con el apellido) nació en Llaguer, ciudad de Cerdeña, de familia ilustre, de la qual descendía también el juriconsulto Pedro Frasso, autor del tratado: *De Regio Patronatu Indiarum*. Fue soldado valiente, pero poeta inculto y memo. Imprimió en Barcelona: *Los diez libros de Fortuna ó Amor... donde hallaran los honestos y apocibles amores del pastor Prexano y de la hermosa pastora Fortuna*, etc. *En casa de Pedro Malo*, 1573, 8. con estampas. Esta novela pastoril consta de prosa y verso, al modo de la *Diana Enamorada* de Montemayor. En la dedicatoria al conde de Quirra dice el autor que sus versos son rústicos, y rudas sus invenciones: y en uno y otro tiene razón. Sus versos en especial son notablemente confusos y enrevesados, y como no suelen constar ó por falta ó por sobra de sílabas, ni tienen los acentos en los respectivos lugares, mas que versos parecen prosa vulgar y chabacana. El pastor Prexano es el mismo autor, que quiso *narrar disfrazado la mayor parte del discurso de su vida*, como él dice, pues Frasso en lengua sarda quiero decir *Fresno*, y de la italiana, de que ella es una especie de dialecto, adoptó el *Prexano*, ó *Fressano*, que significa el mismo árbol. El nombre de Fortuna es el de su pastora, natural también de Llaguer. Intituló la novela: *Fortuna de Amor*, ya con alusión al nombre de la pastora, ya por las varias fortunas y trabajos que padecen los que se dexan arrastrar de esta pasión furiosa. De este poeta, valadí y de su gracioso, ó ridículo, y disparatado libro vuelve á hablar Cervantes. (*Viage del Parnaso*, cap. III.) Sin embargo de ser tan malo, le reimprimió Pedro de Pineda en Londres, deslumbrado acaso de los equívocos elogios que

Iberia (1), *Ninfas de Henares* (2), y *Desengaños de zelos* (3). Pues no hay mas

hizo de él Cervantes, así como se deslumbró también el marques d'Argens, que dice es uno de los mejores libros de España.

(1) Su autor Don Bernardo de la Vega, natural de Madrid, canónigo de Tucuman. Imprimióse el año de 1591, 8. De él dixo también el mismo Cervantes por boca de otro poeta:

..... Ni llamado, ni escogido,
Fue el gran Pastor de Iberia, el gran Bernardo,
Que de la Vega tiene el apellido.

(Viage del Parnaso, cap. IV.)

(2) Su título entero: *Primera Parte de las Nymphas y Pastores de Henares. Dividida en seis libros. Compuesta por Bernardo Gonzalez (no Perez, como dice Don Nicolas Antonio) de Bovadilla, estudiante en la insigne Universidad de Salamanca*. En Alcalá, por Juan Gracian, 1587, 8. En el prólogo confiesa el autor que era natural de las Islas Canarias, y que, sin embargo de habitar en las orillas del Tormes, escribía de las propiedades de las de Henares, que nunca había visto. Vio este rarísimo libro Don Juan de Yriarte. Por la censura que le da aquí Cervantes, le reprehendió después cierto poeta, diciendo:

Fuiste envidioso, descuidado y tardo,
Y á las Ninfas de Henares y Pastores
Como á enemigas las tiraste un dardo.

(Viage del Parnaso, cap. IV.)

(3) El título de este rarísimo libro, es *Desengaño de Celos*, y no *Desengaños de Zelos*, como se lee en las ediciones originales y en las demás. Públícale Bartolome Lopez de Enciso, natural de Tendilla, en Madrid, año de 1586, 8. Es una novela pastoril en prosa y verso al modo de la

que hacer, dixo el Cura, sino entregarlos al brazo seglar del Ama, y no se me pregunte el porque, que sería nunca acabar. Este que viene es *El Pastor de Fí-lida* (1). No es ese pastor, dixo el Cura, sino muy discreto cortesano, guárdese como joya preciosa. Este grande que aquí viene se intitula, dixo el Barbero, *Tesoro de varias Poesías* (2). Como ellas no fueran tantas, dixo el Cura, fueran mas es-

Galatea de Cervantes, dividida en seis libros. En el prólogo alega el autor en disculpa de sus yerros su mocedad, y el ser la primera obra que compuso: y al fin de ella promete la *Segunda Parte*, que muy presto saldra à luz. Posee tambien este libro el Sr. Cerdá.

(1) Escribióle Luis Galvez de Montalvo, criado de Don Enrique de Mendoza y Aragon, nieto de los Duques del Infantado. Imprimióse año de 1582. Lope de Vega tenia por verdadera à esta dama. (*Dorotea*, p. 52, b.) Reimprimió el año de 1792, este libro Don Juan Antonio Mayans.

(2) Por Don Pedro Padilla, un caballero natural de Linares, que siendo ya de edad, tomó el habito de Carmelita Calzado en Madrid, donde murió año de 1595. Edmundo Gayton en sus *Notas Jocosas* inglesas sobre Don Quixote, impresas en Londres, año de 1654 (page 22) gobernándose por el título, y sin conocimiento de la obra, dice que este *Tesoro* es el Latino, que usan los estudiantes, intitulado: *Thesaurus Poeticus*, semejante al: *Delitias Delitiarum*, y al: *Flores Poetarum*, donde los compiladores recogen sin eleccion versos buenos y malos.

timadas: menester es, que este libro se escarde y limpie de algunas baxezas, que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroycas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el Barbero, *El Cancionero de Lopez Maldonado* (1). Tambien el autor dese libro, replicó el Cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran à quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las Eglogas; pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero que libro es ese que está junto à él? *La Galatea de Miguel de Cervantes*, dixo el Barbero. Muchos años ha que es grande amigo mio ese Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas, que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la

(1) Consta su *Cancionero*, ó coleccion de varias poesias, de sonetos, décimas, sestinas, canciones, octavas, liras, cartas, y de dos églogas. Públícase en Madrid por Guillermo Droy, 1586, 4. Lopez Maldonado parece fue toledano. (V. p. 155.) Fue uno de los individuos de la *Academia de los Nocturnos* celebrada en Valencia por los años de 1591, y adoptó el nombre de *Sincero*. (*Notas al Canto del Turia* por el Sr. Cerdá, p. 515.)

segunda parte que promete (1), quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entretanto que esto se ve, tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre. Que me place, respondió el Barbero, y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana de Don Alonso de Ercilla*, *La Austriada de Juan Rufo*, *Jurado de Córdoba*, y *El Monserate de Cristóbal de Virues*, poeta valenciano. Todos esos (p) tres libros, dixo el Cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia, guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España. Cansóse el Cura de ver mas libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen; pero ya tenia abierto uno el Barbero, que se llamaba: *Las lágrimas de Angélica* (2).

(1) Si Cervantes cumplió esta promesa, no ha parecido hasta ahora esta *Segunda Parte*, que volvió á prometer estando ya cercano á la muerte. (*Dedicatoria del Persiles*.) Mr. Florian, académico de la Real de la Historia, publicó en París una nueva *Galatea*, imitando, copiando y concluyendo la de Cervantes, cuya traducción castellana se ha dado ya á luz con estampas curiosas.

(2) El autor de este poema, dividido en XII cantos y publicado el año de 1586, es Luis Barahona de Soto, natu-

Lloráralas yo, dixo el Cura, en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traducion de algunas fábulas de Ovidio.

ral de Lucena, soldado, poeta, y médico en Archidona. Este Luis es el pastor Lauso, que Cervantes introduxo en su *Galatea*. Don Francisco de Aldana escribió una obra de innumerables octavas de *Angélica y Medoro*, y traduxo en verso suelto las *Epistolas de Ovidio*. Esto dice su hermano Cosme, añadiendo que estas obras se perdieron, porque las llevaba siempre en las guerras. Con que el elogio de Cervantes recae sobre Barahona, y no sobre Aldana, como pretende Don Gregorio Mayans (*Vida de Cervantes*, núm. 115.) porque, Cervantes habla de un poema de sugeto único y determinado, y que supone impreso, colocado entre los libros de Don Quixote: y por otra parte no habla de un traductor de las epistolas, sino de las fábulas de Ovidio.

CAPÍTULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quixote de la Mancha.

ESTANDO en esto, comenzó á dar voces Don Quixote, diciendo: aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban, y así se crée que fuéron al fuego sin ser vistos ni oídos *La Carolea* (1), y *Leon de*

(1) La Carolea de Geronimo Sempere, ó Sempere, ó Santpere (esto es, *San Pedro*) es un poema en que se trata de las victorias de Carlos V; dividese en dos partes: imprimióse en Valencia por Juan de Arcos, año de 1560, 8. Don Nicolas Antonio (*Bibl. Nov.*) calificó esta obra de estilo ni puro ni poético. Habla de ella tambien el Sr. Cerdá. (*Notas al Canto del Turia*, p. 380.) Juan de Ochoa de Lasalde publicó otra *Carolea* ó *Inquiridion de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, año de 1585, fol. El referido Sr. Mayans se inclina á que recae sobre esta la sentencia del Cura, libertando de ella la de Sempere; pero lo repugna la calidad de la obra, que es una historia seria

España (1), con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis de Avila (2), que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el Cura los viera, no

y en prosa, y el Cura solo se propuso censurar los libros de entretenimiento, y especialmente los de poesia. El licenciado Juan de Ochoa, sevillano, á quien alaba Cervantes de buen poeta (*Viage del Parnaso*, cap. XI.) es distinto de este Ochoa de Lasalde, aunque no lo juzga así el mencionado Mayans; y escribió una *Gramática Castellana*, como dice Don Juan de Jáuregui en la aprobación original de la del maestro Gonzalo Correas. (Biblioteca Real, est. V. cod. 262.)

(1) Este poema en octavas, que trata de los hechos valerosos de los leoneses, y de los gloriosos martires de aquel antiguo reyno, se intitula: *Primera y segunda parte de el Leon de España*, por Pedro de la Vecilla Castellanos. Dirigido á la Magestad del Rey Don Phelippe nuestro Señor. Con privilegio. En Salamanca. En casa de Juan Fernandez, 1586, 8. Consta de XXIX cantos: la Parte primera contiene XVI, los demas la segunda. Una de las pocas cosas buenas que tiene esta obra es un soneto del corrector general de libros Manuel Correa. Poseía el mismo Sr. Cerdá.

(2) Así dicen las ediciones originales, y todas las demas; pero esta es una errata de imprenta, ó un descuido del autor, que desdice de su buen juicio. Del escrutinio de los libros de caballerias pasó el cura, como se ha visto, al de los de poesia, y estos son los últimos poemas que censura; por lo qual el de los *Hechos del Emperador* no puede ser de Don Luis de Avila por tres razones. Primera: porque este solo escribió un hecho no mas, que fue el de la *Guerra de Alemania*, ó paso del Elba. Segunda: porque no le escribió en verso, sino en prosa. Tercera: porque esta es una de las mejores historias que hay en castellano,

pasaran por tan rigurosa sentencia. Quando llegaron á Don Quixote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguía en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilla-

así por su facilidad como por su elegancia; y si el cura, ó Cervantes, que es lo mismo, la hubiera arrojado al fuego en caso de duda, hubiera desacreditado su gran juicio, y hecho conocido agravio al historiador. ¿Quién es pues el autor de la obra censurada aquí? Don Luis Zapata por otras tres razones. Primera: porque escribió los *Hechos del Emperador* desde el año de 1522, hasta el de 1558, en que murió retirado en el monasterio de Yuste. Segunda: porque su obra es un poema escrito en octavarima, con el título de *Carlo Famoso*, y como poema debió entrar en la jurisdicción del Cura. Tercera: porque, aunque el mismo Zapata dice en el prólogo de su *Celtreria* compuesta también en verso (*Biblioteca Real*, est. I. cod. 88.) que consumió en escribirle trece años, y que imitó en él la Eneyda de Virgilio, con todo eso, por sí ó por no, fue condenado á las llamas por ser un poema pobre de invención; pues tanto la *Carolea* referida, como este *Carlo Famoso* fueron obras poco estimadas en su tiempo, según aquellos versos de Cristóbal de Mesa:

No es licito, ni honesto, España, que andes
Con Carlos por Sempere ó por Zapata:
Celebren tal Monarca escritos grandes.

Tan estéril no estás, no estás tan pobre,
Que estimes obras barbas por nuevas.

(*Patron de España*, fol. 149.) Con motivo de hablar el mismo Zapata de que los hombres suelen engañarse en sus esperanzas, hace mención de su *Carlo Famoso* por estas palabras: Yo pense también que en haber hecho la *Historia del Emperador Carlos V.* Nro. S. en verso, y dirigíola á su pío y poderosísimo hijo, con tantas y

das y reverses á todas partes, estando tan despierto, como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volviéron al lecho, y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el Cura, le dixo: por cierto, señor Arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dexar tan sin mas ni mas llevar la vitoria deste torneo á los caballeros cortesianos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez (†) en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre, dixo el Cura, que Dios será servido que

tan verdaderas loas dellos y de nuestros españoles, que habia hecho algo. Costome 400,000 maravedis (que pasan de mil ducados) la impresion, y della no saqué sino saña, y alongamiento de mi voluntad. (*Miscelanea*, Biblioteca Real, est. H. cod. 124, fol. 264, b.)

(†) Derivase de precio, y el precio era el premio que ganaba el caballero vencedor en los torneos. El domingo 15 de marzo de 1615, se celebró un torneo en la plaza de la huerta del duque de Lerma, en presencia de Felipe III, y demas personas reales, de que dio una certificación Don Gerónimo de Villa, rey de armas, por donde consta que corrieron lanzas 18 caballeros, contra dos mantenedores, que fueron Don Cristóbal de Gubiria y el conde de Saldaña, y que el primer precio fué de 10 escudos; el segundo precio de 15, etc. (*Biblioteca Real*, est. Z. cod. 129 f. 551.) La huerta del duque de Lerma es ahora el jardín del duque de Medinaceli, contiguo al Prado.

la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde, se gane mañana, y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido. Ferido no, dixo Don Quixote; pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de Don Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve, que yo solo soy el opuesto de sus valentías. Mas no me llamaria yo Reynáldos de Montalvan, si en levantándome deste lecho, no me lo pagare, á pesar de todos sus encantamientos. Y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quedese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo así, diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el Ama quantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador (q), y así se cumplió el refran en ellos, de que pagan á las veces justos por pecadores.

Uno

Uno de los remedios, que el Cura y el Barbero diéron por entónces para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque quando se levantase no los hallase: quizá quitando la causa, cesaria el efeto, y que dixesen, que un encantador se los habia llevado, y el aposento y todo, y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó Don Quixote, y lo primero que hizo, fué ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia dexado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza, preguntó á su Ama, que hacía que parte estaba el aposento de sus libros. El Ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dixo: ¿que aposento, ó que nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento, ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la Sobrina, sino un encantador, que vino sobre una nube una noche despues del dia que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe,

11.

7

en que venia caballero, entró en el aposento, y no sé lo que (*r*) se hizo dentro, que acabo de poca pieza salió volando por el texado, y dexó la casa llena de humo, y quando acordamos á mirar lo que dexaba hecho, no vimos libro, ni aposento alguno; solo se nos acuerda muy bien, á mí y al Ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dixo en altas voces, que por enemistad secreta, que tenia al dueño de aquellos libros y aposento, dexaba hecho el dano en aquella casa, que despues se veria. Dixo tambien, que se llamaba el sabio Muñaton. Freston (1) diria, dixo Don Quixote. No sé, respondió el Ama, si se llamaba Freston ó friton, solo sé que acabó en ton su nombre. Así es, dixo Don Quixote, que ese es un sabio encantador grande enemigo mio, que me tiene ojerriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que

(1) Acaso en el original de Cervantes se leería *Friston*, como se dice en el libro de *Belianis* escrito por el sabio *Friston*.

puede: y mándole yo, que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado. Quien duda de eso, dixo la Sobrina. ¿Pero quien le mete á vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿No será mejor, estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastro, sin considerar que muchos van por lana, y vuelven tresquilados? ¿O Sobrinita! respondió Don Quixote, y quan mal que estás en la cuenta. Primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á quantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la cólera. Es pues el caso, que él estuvo quince dias en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los quales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura y el Barbero, sobre que él decia, que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo, era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El Cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque si no guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él.

En este tiempo solicitó Don Quixote á un labrador vecino suyo, hombre de bien; (si es que este título se puede dar al que es pobre) pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dixo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salir con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas Don Quixote, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura, que ganase en quitame allá esas pajas alguna Insula, y le dexase á él por Gobernador della. Con estas promesas y otras tales, *Sancho Panza* (que así se llamaba el labrador) dexó su muger y hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quixote orden en buscar dineros: y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomódose asimesmo de una rodela que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese, que mas le era menester. Sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dixo, que sí



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



SEPTIEMBRE DE 1968
BIBLIOTECA GENERAL DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALFONSO REYES
-4- 100



llevaria, y que ansimesmo pensaba llevar un asno, que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho á andar mucho á pie. En lo del asno reparó un poco Don Quixote, imaginando si se le acordaba, si algun caballero andante habia traído escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria: mas con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de mashonrada caballería, en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortes caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo qual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y muger, ni Don Quixote de su Ama y Sobrina, una noche se saliéron del Lugar sin que persona los viese, en la qual caminaron tanto, que al amanecer se tuviéron por seguros de que no los hallarian, aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un Patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya Gobernador de la Insula, que su amo le habia prometido. Acertó Don Quixote á tomarla mesma derrota y camino, que el que

el había ántes tomado en su primer viage, que fué por el Campo de Montiel, por el qual caminaba con ménos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles á soslayo, los rayos del sol no les fatigaban. Dixo en esto Sancho Panza á su amo: mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la Ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. Á lo qual respondió Don Quixote: has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer Gobernadores á sus escuderos de las Ínsulas ó Reynos que ganaban, y yo tengo determinado, de que por mí no falte tan agradecida usanza; ántes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches, les daban algun título de Conde, ó por lo ménos de Marques de algun Valle ó Provincia de poco mas á ménos. Però si tú vives y yo vivo, bien podría ser, que ántes de seis dias ganase yo tal Reyno, que tuviese otros á él adherentes, que vinie-

sen de molde para coronarte por Rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aun mas de lo que te prometo. Desá manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese Rey por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo ménos Juana Gutierrez mi oislo (1) vendria á ser Reyna, y mis hijos Infantes. ¿Pues quien lo duda? respondió Don Quixote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios Reynos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedis para Reyna, Condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió

(1) Palabra sustantivada, compuesta del verbo *oir* y del artículo *lo*, la qual supone por el marido ó la muger ausente. En este mismo sentido la usó el mismo Cervantes (P. II, cap. III.) Y un romance al sentimiento de una viuda que lloraba la falta de su mal logrado, dice:

*Acuerdase de su oislo,
Mirando la pobre casa, etc.*

(Biblioteca Real, *Parnaso Español*, est. M. cod. 4, p. 199.)



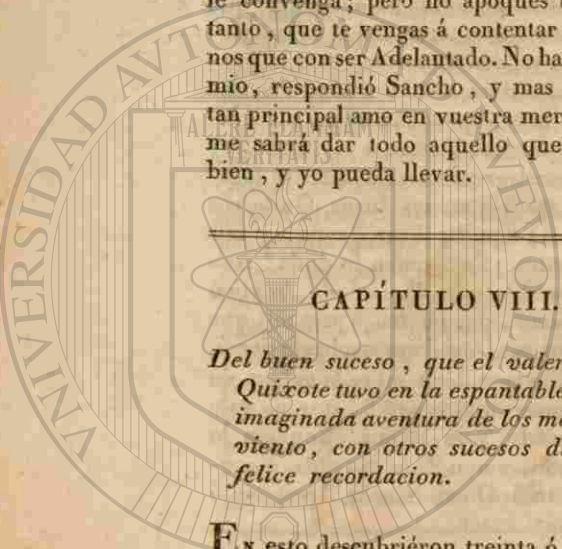
Don Quixote, que él le (s) dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con ménos que con ser Adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien, y yo pueda llevar.

CAPÍTULO VIII.

Del buen suceso, que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

Ex esto descubriéron treinta ó quarenta molinos de viento que hay en aquel Campo, y así como Don Quixote los vió, dixo á su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear. Porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes, con quien

pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer: que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Que gigantes? dixo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos, son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió Don Quixote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Don Quixote, que él le (s) dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con menos que con ser Adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien, y yo pueda llevar.

CAPÍTULO VIII.

Del buen suceso, que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

Ex esto descubriéron treinta ó quarenta molinos de viento que hay en aquel Campo, y así como Don Quixote los vió, dixo á su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear. Porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes, con quien

pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer: que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Que gigantes? dixo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos, son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió Don Quixote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba

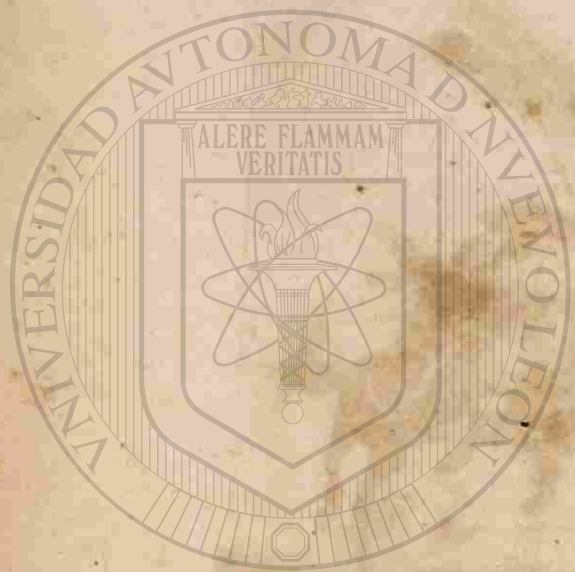


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ya bien cerca, lo que eran; ántes iba diciendo en voces altas: non fuyádes, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo qual visto por Don Quixote, dixo: pues aunque movais mas brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre (1), arremetió á todo el galope de Rocinante, y envistió con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y quando llegó, halló que no se podia menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios!

(1) Era un hierro que se introducía en el peto á la parte derecha, donde encaxaba el cabo de la manija de la lanza para afirmar en él.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dixo Sancho : ¿ no le dixes yo á vuestra merced, que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió Don Quixote, que las cosas de la guerra, mas que otras están sujetas á continua mudanza: quanto mas, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba, y hablando en la pasada aventura, siguiéron el camino del puerto Lápice: porque allí decia Don Quixote, que no era posible dexar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasagero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciendosele á su escudero, le dixo: yo me acuerdo haber leído, que un caballero Español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en

una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos Moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca (1). Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas. Á la mano de Dios, dixo Sancho, yo lo creo todo así, como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser molimiento de la caída. Así es la verdad, respondió Don Quixote, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se

(1) Sucedió este caso en la conquista de Xerez quando se ganó de los moros: sobre que se escribieron varios romances.

le salgan las tripas por ella (1). Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara, que vuestra merced se quejara quando alguna cosa le doliera. De mí sé decir, que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dexó de reir Don Quixote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró, que podia muy bien quejarse, como y quando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entonces no habia leído cosa en contrario en la órden de caballería. Dixole Sancho, que mirase, que era hora de comer. Respondióle su amo, que por entonces no le hacia menester, que comiese él quando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detras de su amo, muy de espacio, y de quando en quando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas re-

(1) Regla nona: que ningun caballero se queje de alguna herida que tenga. (Marquez. Tesoro: f. 50.)

galado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó Don Quixote un ramo seco, que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quixote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que había leído en sus libros, quando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche ántes, y allí

giósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quixote, porque como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápice, y á obra de las tres del día le descubrieron. Aquí, dixo en viéndole Don Quixote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres, que los que me ofenden es canalla y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias; bien es verdad, que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten, que cada uno se defienda de quien

quisiere agraviarle. No digo yo ménos, respondió Don Quixote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tan bien como el día del domingo. Estando en estas razones, asomáron por el camino dos frayles de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios: que no eran mas pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con quatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venia en el coche, como despues se supo, una señora Vizcaina, que iba á Sevilla donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frayles con ella, aunque iban el mesmo camino: mas apénas los divisó Don Quixote, quando dixo á su escudero: ó yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se ha visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser, y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío.

poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dixo Sancho: mire, señor, que aquellos son frayles de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasagera. Mire que digo, que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quixote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás: y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frayles venían, y en llegando tan cerca, que á él le pareció que le podían oír lo que dixese, en alta voz dixo: gente endiablada y descomunal, dexad luego al punto las altas Princesas, que en ese coche llevais forzadas; si no, aparejáo á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuviéron los frayles las riendas, y quedáron admirados, así de la figura de Don Quixote, como de sus razones, á las cuales respondiéron: señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos, si en este coche vienen ó no ningunas forzadas Princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo

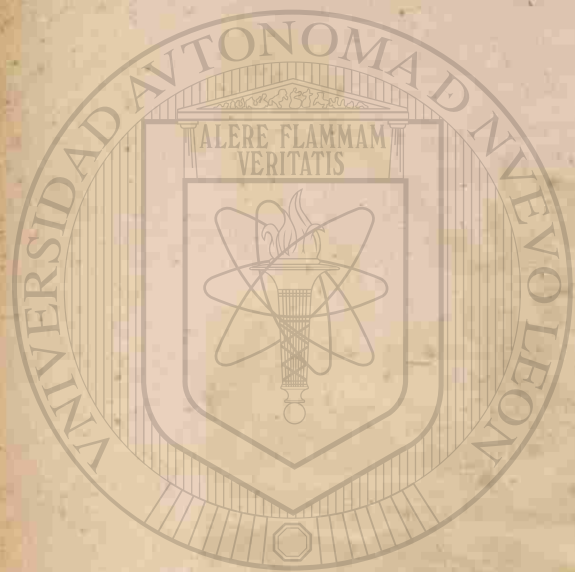
os conozco, fementida canalla, dixo Don Quixote; y sin esperar mas respuesta, picó á Rocinante, y la lanza baxa arremetió contra el primero frayle, con tanta furia y demedo, que si el frayle no se dexara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas ligero que el mesmo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al frayle, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frayles, y preguntáronle, que porque le desnudaba. Respondióles Sancho, que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla, que su señor Don Quixote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quixote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y diéron con él en el suelo, y sin dexarle pelo en las barbas le moliéron á coces, y le



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
1911



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dexáron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido: y sin detenerse un punto, tornó á subir el frayle todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro: y quando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en que paraba aquel sobresalto: y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguiéron su camino, haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. Don Quixote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: la vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo. Y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed, que yo me llamo Don Quixote de la Mancha, caballero andante y aventurero (*t*), y cautivo de la sin par y hermosa Doña Dulcinea del Toboso. Y en pago del beneficio que de mí habeis recebido, no quiero otra cosa, sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora, y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que Don Qui-

xote decía, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era Vizcaino: el qual viendo, que no quería dexar pasar el coche adelante, sino que decía, que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quixote, y asiéndole de la lanza, le dixo en mala lengua castellana, y peor vizcaina desta manera: anda, caballero, que mal andes. Por el Dios que crióme, que si no dexas coche, así te matas como estás ahí Vizcaino. Entendióle muy bien Don Quixote, y con mucho sosiego le respondió: si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo qual replicó el Vizcaino: ¿yo no caballero? juro á Dios tan mientes como christiano. Si lanza arrojas, y espada sacas, el agua quan presto verás, que al gato llevas (1): Vizcaino

(1) Dicese este refran del que vence á otro porfiando ó riñendo. Está tomado del juego en que atados dos á una sogá, cada uno de su cabo, forzejean cerca de algun pantano para mayor diversion, y el que echa al otro en él, vence. De otro modo jugaban también este juego los griegos y romanos, de quienes vino á España segun dice Rodrigo Caro en sus: *Dias Geniales ó Ludicras*. (Dialogo V, §. I.) Covarrubias le da otro origen en su *Tesoro* en la palabra *Gatcar*.

por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa. Ahora lo verédes, dixo Agrages (1), respondió Don Quixote: y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al Vizcaino, con determinacion de quitarle la vida. El Vizcaino, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada. Pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego fuéron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decía el Vizcaino en sus mal travadas razones, que si no le dexaban acabar su batalla, que él mismo había de matar á su ama, y á toda la gente, que se lo estorbaba. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cocheró, que se desviasse de allí algun

(1) Expresion que suele usar Agrages, hijo del rey Lanquines, grande amigo de Amadis, en cuya historia se introduce con frecuencia.

poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda: en el discurso de la qual dió el Vizcaino una gran cuchillada á Don Quixote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quixote, que sintió la pesadumbre de aquel desafortado golpe, dió una gran voz diciendo: ó señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcaino, todo fué en un tiempo, llevando determinación de aventurarle todo á la de un solo golpe. El Vizcaino, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su corage, y determinó de hacer lo mesmo que Don Quixote: y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada, y no hecha á semejantes niñerías, no podía dar un paso. Venia pues, como se ha dicho, Don Quixote, contra el cauto Vizcaino, con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio, y el Vizcaino

no le aguardaba ansimesmo, levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes, con que se amenazaban, y la señora del coche, y las demas criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las Imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro, en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto y término dexa pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose, que no halló mas escrito destas hazañas de Don Quixote de las que dexa referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra no quiso creer, que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen: y así con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el qual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte (v).

CAPÍTULO IX.

*Donde se concluye y da fin á la estu-
penda batalla, que el gallardo Viz-
caino y el valiente Manchego tu-
viéron.*

DEXAMOS en la primera parte desta his-
toria al valeroso Vizcaino y al famoso Don
Quixote con las espadas altas y desnudas,
en guisa de descargar dos furibundos fen-
dientes (1), tales que si en lleno se acer-
taban, por lo ménos se dividirían y fende-
rían de arriba abaxo, y abrirían como una
granada: y que en aquel punto tan du-
doso paró y quedó destroncada tan sabro-
sa historia, sin que nos diese noticia su
autor donde se podría hallar lo que della
faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre,
porque el gusto de haber leído tan poco,
se volvía en disgusto de pensar el mal ca-
mino, que se ofrecía para hallar lo mu-
cho, que á mi parecer faltaba de tan sa-

(1) El sustantivo de estos dos adjetivos es *golpes*: len-
guage usado en los libros de caballerías. Así se lee en
Amadís: *fendióle fasta la oreja.*

broso cuento. Parecióme cosa imposible y
fuera de toda buena costumbre, que á tan
buen caballero le hubiese faltado algun sa-
bio, que tomara á cargo el escribir sus
nunca vistas hazañas: cosa que no faltó á
ninguno de los caballeros andantes de los
que dicen las gentes que van á sus aven-
turas: porque cada uno dellos tenía uno ó
dos sabios como de molde, que no sola-
mente escribían sus hechos, sino que pin-
taban sus mas mínimos pensamientos y ni-
ñerías, por mas escondidas que fuesen (1).
Y no habia de ser tan desdichado tan buen
caballero, que le faltase á él lo que sobró
á Platir y á otros semejantes. Y así no
podía inclinarme á creer, que tan gallarda
historia hubiese quedado manca y estró-
peada, y echaba la culpa á la malignidad
del tiempo devorador y consumidor de
todas las cosas, el qual, ó la tenía oculta
ó consumida. Por otra parte me parecía,
que pues entre sus libros se habían halla-
do tan modernos, como *Desengaños de*

(1) Así el sabio Alquife escribió la crónica de Amadís
de Grecia: el sabio Frisdon la historia de Don Belianis; y
los sabios Artemidoro y Lirgandeo la del caballero del
Febo: cumpliendo todos con el oficio de puntuales investi-
gadores de las menudencias caballerescas.

zelos, y Ninfas y Pastores de Henares, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviese escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea, y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traia confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso Español Don Quixote de la Mancha, luz y espejo de la caballeria Manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y exercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestas, de monte en monte y de valle en valle: que si no era que algun follon, ó algun villano de acha y capellina, ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debaxo de tejado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo pues, que por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quixote de continuas y memorables alabanzas, y aun á mí no se me

deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia; aunque bien sé, que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara salto y sin el pasatiempo y gusto, que bien casi dos horas podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcana (1) de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero: y como soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, víle con caractères, que conocí ser arábigos: y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduve mirando, si parecia por allí algun Morisco aljamiado (2) que

(1) Calle habitada de mercaderes de seda y mercería.

(2) Los arabes, al modo de los griegos y romanos, llamaron bárbaras á casi todas las demas naciones, y bárbara su lengua, ó su aljama, y al moro ó morisco, que sabia alguna dellas, *aljamiado*. En el poema del Cid (Sanchez: *Poesias Castellanas anteriores al siglo xiv*, t. I. p. 334.) se habla de un moro que descubrió á Aben Galbon, rey de Molina, la conjuracion que oyó tramar contra él á los yernos del Cid, y se le llama *latinado*, porque entendia el latin bárbaro que iba degenerando en el romance castellano, que se hablaba en el siglo XI. El mismo Cervantes

los leyese, y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua le hallara (1). En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó á reir. Preguntelé, que de que se reía: y respondiome, que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion. Dixele, que me la dixese, y él sin dexar la risa, dixo: está, como he dicho, aquí en el márgen escrito esto: *esta Dulcinea del Toboso tantas veces en esta historia referida, dicen, que tuvo la mejor mano para salar puercos, que otra muger de toda la Mancha*. Quando yo oí decir Dulcinea del Toboso, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó, que aquellos cartapacios contenian la historia de Don Quixote. Con esta

llama á Agü Morato *mas ladino* que su hija Zorayda, porque entendia mejor que ella la lengua castellana: de modo que lo mismo es aljamiado, que *lotinedo ó ladino*: esto es, moro que sabe mas lenguas que la suya nativa.

(1) Parece que Cervantes se prometia tambien encontrar algun judio, si se le ofreciera buscar intérprete del hebreo, que es lengua mas antigua que la arabiga.

imaginacion le di priesa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dixo que decia: *Historia de Don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Ben-engeli, historiador Arábigo*. Mucha discrecion fué menester para disimular el contento que recibí, quando llegó á mis oidos el título del libro, y salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real: que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el Morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quixote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo, le truxe á mi casa, donde en poco mas de mes y medio la traduxo toda del



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



mesmo modo que aquí se refiere (1). Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quixote con el Vizcaino, puestos en la misma postura

(1) Sin embargo del artificio, con que inventa aquí Cervantes que el autor de la historia de Don Quixote es Cide Hamete Ben Engeli, de cuyo original arabe la traduxo en nuestra lengua otro moro aljamiado, apenas se hallará quien no entienda que el único autor, así del original como de la traducción, es el mismo Miguel de Cervantes, que parece quiso imitar en esto al licenciado Pedro de Luxan en su: *Caballero de la Cruz*, que como ya se dixo (p. 72, not. 2.) finge que el moro Xarton escribió los hechos de aquel caballero cristiano, y que un cantivo de Tunes los traduxo en castellano. Pero lo que merece particular atención es el arte, con que Cervantes supo arabizar su nombre, ocultándole en el de Cide Hamete Ben Engeli, no tanto en el *Cide*, que quiere decir señor, ni en el *Hamete*, que es nombre common entre los moros; sino en el *Ben Engeli*, pues, aunque dice que no sabía leer los caracteres arabigos, se dexa bien entender que en cinco años de cautiverio y trato con los argelinos aprendió muchas palabras de su algarabía, como se manifiesta de las que suelen sembrar en el contexto de esta Historia, y en el de otras obras suyas. *Ben Engeli* quiere pues decir hijo del ciervo, ó cerval, ó cervanteño: todo con alusión al apellido de Cervantes. En la pronunciacion se desfigura algun tanto esta voz, que debería escribirse *Ben Iggeli*. Atendido su origen *Iggel*, ó *Bijel* significa el ciervo: *Iggeli*, cosa de ciervo, cerval, ó cervanteño: así como de *gebal*, que significa monte, se dice *gebali*, ó *jabali*, cosa de monte, el montesino, ó el montaraz. Este descubrimiento y esta erudición se deben á Don Josef Conde, individuo de la Real Biblioteca, y sugeto de conocida pericia en las lenguas orientales.

que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del Vizcaino tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta. Tenia á los pies escrito el Vizcaino un título que decia: *Don Sancho de Azpeytia*, que sin duda debia de ser su nombre, y á los pies de Rocinante estaba otro que decia: *Don Quixote*. Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto, con quanta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante. Junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los pies del qual estaba otro rétulo que decia: *Sancho Zancas*, y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriaga grande, el talle corto, y las zancas largas: y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas: que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia (1). Otras algunas me-

(1) En ninguna ocasion sin embargo, sino en esta, de la historia á Sancho el sobrenombre de Zancas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURLADA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ndencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala, como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor Arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion, ser mentirosos, aunque por ser tan nuestros enemigos, ántes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y así me parece á mí, pues quando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio. Cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor, ni la afición no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, exemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta se, que se hallará todo lo que se acertare á desear en la mas apacible, y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que

fué por culpa del galgo de su autor (1), ántes que por falta del sugeto. En fin su segunda parte (x), siguiendo la traducion, comenzaba desta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe, fué el colérico Vizcaino, el qual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérselo la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante, para dar fin á su rigurosa contienda, y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dexándole muy mal trecho. ¡Válame Dios, y quien será aquel, que buenamente pueda

(1) Del perro moro, como se dice vulgarmente.

contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro Manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fué de manera, que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el Vizcaino, acertándole de lleno sobre el almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices, y por la boca, y por los oídos, y á dar muestras de caer de la mula abaxo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcobos dió con su dueño en tierra. Estábasele con mucho sosiego mirando Don Quixote, y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dixo que se rindiese, si no que le cortaría la cabeza. Estaba el Vizcaino tan turbado, que no podia responder palabra, y él lo pasara mal, segun estaba ciego Don Quixote, si las señoras del coche, que

hasta entónces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero. Á lo qual Don Quixote respondió con mucho entono y gravedad: por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedis; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es, que este caballero me ha de prometer de ir al Lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que mas fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quixote pedia, y sin preguntar quien Dulcinea fuese, le prometiéron, que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fe de esa palabra, yo no le haré mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

CAPÍTULO X.

De los graciosos razonamientos, que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero (y).

YA en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frayles, y habia estado atento á la batalla de su señor Don Quixote, y rogaba á Dios en su corazon, fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna Ínsula de donde le hiciese Gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y ántes que subiese, se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano, se la besó y le dixo: sea vuestra merced servido, señor Don Quixote mío, de darme el gobierno de la Ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal

y tan bien como otro que haya gobernado Ínsulas en el mundo. Á lo qual respondió Don Quixote: advertid, hermano Sancho, que esta aventura, y las á esta semejantes, no son aventuras de Ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa, que sacar rota la cabeza, ó una oreja ménos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán, donde no solamente os pueda hacer Gobernador, sino mas adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno, y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque, que allí junto estaba. Seguiale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras, le fué forzoso dar voces á su amo, que se aguardase. Hizolo así Don Quixote, teniendo las riendas á Rocinante, hasta que llegase su cansado escudero, el qual en llegando le dixo: paréceme, señor, que sería acertado irnos á retraer á alguna Iglesia: que segun quedó mal trecho aquel con quien os combatistes, no será mucho, que den

noticia del caso á la Santa Hermandad, y nos prendan: y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el bopo. Calla, dixo Don Quixote: ¿y donde has visto tú ó leído jamas, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno: solo sé, que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quixote, que yo te sacaré de las manos de los Caldeos, quanto mas de la Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro, que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas detreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamas, porque ni sé leer, ni escribir; mas lo que osaré apostar es, que mas atrevido amo que vuestra merced, yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que

estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced es, que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas, y un poco de unguento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quixote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabras (1), que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas. ¿Que redoma, y que bálsamo es ese? dixo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió Don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y así, quando yo le haga y te le dé, no tienes mas que hacer, sino que quando vieres que en alguna batalla me

(1) O fier á bras, esto es: el de los fuertes brazos. Fue un gigante, rey de Alexandria, hijo del almirante Balan, conquistador de Roma y de Jerusalem, y pagano, ó sarraceno, grande enemigo de Oliveros, de quien recibia mortales heridas, de las quales quedaba al punto sano, bebiendo del bálsamo que traia en dos pequeños barriles, que por fuerza de armas habia ganado en Jerusalem, cuyo bálsamo se finge era parte del de Josef Abarimatea; pero habiendo logrado Oliveros sumergir en un candaloso rio los barriles, venció á Fierabras, que recibiendo despues el bautismo, murió convertido, como refiere Nicolas de Piamonte. (Historia de Carlo Magno: cap. VIII. y XII.)

han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza, ántes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encaxallo igualmente y al justo. Luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dixo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida Insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo, que valdrá la onza adonde quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber ahora, si tiene mucha costa el hacerle. Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quixote. Pecador de mí, replicó Sancho, ¿pues á que aguarda vuestra merced á hacerle, y á enseñármelo? Calla, amigo, respondió Don Quixote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos, que la

oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y unguento; mas quando Don Quixote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo dixo: yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y á los santos quatro Evangelios, donde mas largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande Marques de Mantua, quando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos: que fué de no comer pan á manteles, ni con su muger folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo (1), las doy aquí por expresadas, hasta

(1) Con efecto no se acordaba Don Quixote, ó afectó no acordarse, de las condiciones del juramento del viejo marques de Mantua. Por si alguno descaere leerle por extenso, se pondra aquí segun se lee en los romances que de este viejo marques se imprimieron en Alcalá: 1608.

Juro etc.

De nunca peynar mis canas,

Ni las mis barbas coriarse,

De no vestir otras ropas,

Ni renovar mi calzars,

Y de no entrar en poblado,

Ni las armas me quitare

Sino fuere por una hora

Para mi cuerpo limpiare:

De no comer en manteles,

tomar entera venganza del que tal desahogado me hizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: advierta vuestra merced, señor Don Quixote, que si el caballero cumplió lo que se le dexó ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quixote: y así anulo el juramento, en quanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole, y confírmole de nuevo, de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero. Y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto: que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mesmo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante. Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mío, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia. Si no

*Ni á mi mesa me asentare
Hasta matar á Carloto
Por justicia, ó pelearle,
O morir en la demanda.*

dígame ahora: si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada; que hemos de hacer? Hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes, é incomodidades, como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias, que contemia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas; pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en eso, dixo Don Quixote, porque no habrémos estado dos horas por estas enercujadas, quando veamos mas armados que los que viniéron sobre Albraca (1) á la conquista de Angélica la Bella. Alto pues, sea así, dixo Sancho, y á Dios prazga, que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa Insula, que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que quando faltare Insula,

(1) Vino, segun Ludovico Ariosto, el rey Marsilio con los 3^{os} reyes sus tributarios, con toda su gente armada.

ahí está el Reyno de Dinamarca, ó el de Sobradisa (1), que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar.

Pero dexemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo, donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja. Aquí trayo una cebolla y un poco de queso, y no sé quantos mendrugos de pan, dixo Sancho; pero no son manjares, que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced. Que mal lo entiendes, respondió Don Quixote: hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas á mano: y esto se te hiciera cierto, si hubieras leído tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en

(1) Reynos caballerescos situados en el mapa imaginario de la crónica de Amadis de Gaula. De la doncella *Dinamarca*, gran confidente de la señora Oriana, y del reyno de Sobradisa, que por una parte confinaba con el de Serolays, y por otra con el mar, se hace frecuente mención especialmente en los cap. 21, y 42.

todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores. Y aunque se dexa entender, que no podian pasar sin comer, y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien, que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces. Así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios. Perdóneme vuestra merced, dixo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni lie caído en las reglas de la profesion caballeresca: y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles (1) y de mas sustancia. No digo

(1) Perdices, pollas etc. Entre cosas volátiles y de sus-

yo, Sancho, replicó Don Quixote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino las frutas que dices; sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas, y de algunas yerbas, que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas que, segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dixo que traia, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre, y seca comida. Subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado ántes que anoheciese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí: que quanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo, dormirle al cielo descubierto, por parecerle, que cada vez

lancia encuentra Don Juan Bowle una *contradictio in terminis* como él se explica (*Anotaciones á Don Quixote: p. 43.*) pero esto nace de no distinguir los dos sentidos del adjetivo *volatil*.

que esto le sucedia, era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPÍTULO XI.

De lo que le sucedió á Don Quixote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra, que hirviendo al fuego en un caldero estaban: y aunque él quisiera en aquel mesmo punto ver, si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dexó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con grose-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yo, Sancho, replicó Don Quixote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino las frutas que dices; sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas, y de algunas yerbas, que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas que, segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dixo que traia, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre, y seca comida. Subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado ántes que anoheciese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí: que quanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo, dormirle al cielo descubierto, por parecerle, que cada vez

lancia encuentra Don Juan Bowle una *contradictio in terminis* como él se explica (*Anotaciones á Don Quixote: p. 43.*) pero esto nace de no distinguir los dos sentidos del adjetivo *volatil*.

que esto le sucedia, era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPÍTULO XI.

De lo que le sucedió á Don Quixote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra, que hirviendo al fuego en un caldero estaban: y aunque él quisiera en aquel mesmo punto ver, si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dexó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con grose-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ras ceremonias rogado á Don Quixote, que se sentase sobre un dornajo, que vuelto del revés le pusieron. Sentóse Don Quixote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dixo: porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y quan á pique están los que en qualquiera ministerio della se exercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado, y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere: porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo, que del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dixo Sancho; pero sé decir á vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y á mis solas, como sentado á par de un Emperador. Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas, donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiar

piarme á menudo, no estornudar ni toser, si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho: que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla, Dios le ensalza: y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar, y mirar á sus huéspedes, que con mucho donayre, y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el eterno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacío como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque,

de dos que estaban de manifiesto. Después que Don Quixote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones: dichosa edad y siglos dichosos, aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna; sino porque entonces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo, que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebradas de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á qualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio

que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre: que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces sí, que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere, y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen; sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretexidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces

se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que le osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaxe (1) aun no se había sentado en el entendimiento del juez, por que entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas, y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras (2), sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su per-

(1) La sentencia del juez voluntaria y caprichosa, desentendiéndose de las leyes.

(2) Sin duda que esta es una errata de imprenta conocida, que se ha repetido en todas las ediciones; debiendo decir *señoras* en lugar de *señoras*. *Señero* ó *señero* quiere decir *solo*, ó *sola*: son voces antiguadas, que vienen del adjetivo latino *singullus*: y de aquí *sendos*, *senos*, *senos*, *señeros* y *señeras*. Solo *señero* se decía por lo comun antiguamente. En el poema de Alexandro se dice: *Vios en el campo fascas solo señero*. (Poesías Castellanas anteriores al siglo XV, publicadas por Don Tomas Sanchez: *copi.* 1259.) El mismo Cervantes, hablando de nuestra señora de la Cabeza

dicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta: porque allí por los resquicios ó por el ayre, con el zelo de la maldita solitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos (1). Desta orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural están todos los

de Anluxar, dice: *tomó el nombre de la peña, que antiguamente se llamó el cabezo por estar en mitad de un llano, libre y desembarazado, solo y señero de otros montes ni peñas que la rodeen.* (Persiles: lib. 3, c. 6.)

(1) Casi todos los institutos de las órdenes de caballería se propusieron, ó hicieron jurar á sus profesores, esta defensa de los desvalidos. *Prometeis* (se preguntaba al que recibía la orden de Malta) *de favorecer y tener particular cuidado de las viudas, de los pupilos, de los huérfanos, y de todas las personas afisidas y angustiadas? Prometo de hacerlo* (respondía el novicio) *con la ayuda de Dios.* (Marquez: *Tesoro Militar de Caballería*: f. 44, b.)

que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogistes y regalastes, es razon que con la voluntad á mi posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dixo nuestro caballero, porque las bellotas que le diéron, le truxéron á la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuviéron escuchando. Sancho asimesmo callaba, y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenian colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar Don Quixote, que en acabarse la cena, al fin de la qual, uno de los cabreros dixo: para que con mas véras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro, que no tardará mucho en estar aquí, el qual es un zagal entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escrebir, y es músico de un rabel, que no hay mas que desear.

Apénas habia el cabrero acabado de decir esto, quando llegó á sus oidos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros, si habia cenado, y respondió que sí. El que habia hecho los ofrecimientos le dixo: de esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres, y nos saques verdaderos: y así te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo, y sin hacerse mas de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amorios.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Porque sé, que eres sabida,
 En que me quieres me afirmo:
 Que nunca fué desdichado
 Amor que fué conocido.
 Bien es verdad que tal vez,
 Olalla, me has dado indicio,
 Que tienes de bronce el alma,
 Y el blanco pecho de risco.
 Mas, allá entre tus reproches
 Y honestísimos desvíos,
 Tal vez la esperanza muestra
 La orilla de su vestido.
 Abalanzase al señuelo
 Mi fe, que nunca ha podido,
 Ni menguar, por no llamado,
 Ni crecer, por escogido.
 Si el amor es cortesía,
 De la que tienes colijo,
 Que el fin de mis esperanzas
 Ha de ser qual imagino.
 Y si son servicios parte,
 De hacer un pecho benigno,
 Algunos de los que he hecho
 Fortalecen mi partido.
 Porque, si has mirado en ello,
 Mas de una vez habrás visto,
 Que me he vestido en los lunes
 Lo que me houraba el domingo.
 Como el amor y la gala
 Andan un mesmo camino,
 En todo tiempo á tus ojos
 Quise mostrarme polido.
 Dexo el baylar por tu causa,
 Ni las músicas te pinto,
 Que has escuchado á deshoras,
 Y al canto del gallo primo (1).

(1) A media noche: *primo*, contracción de *primero*.

No cuento las alabanzas,
 Que de tu belleza he dicho,
 Que, aunque verdaderas, hacen
 Ser yo de algunas malquisto.
 Teresa del Berrocal,
 Yo alabándote, me dixo:
 Tal piensa, que adora un Angel,
 Y viene á adorar á un ximio.
 Merced á los muchos dixer
 Y á los cabellos postizos,
 Y á hipócritas hermosuras,
 Que engañan al amor mismo.
 Desmentila, y enojóse,
 Volvió por ella su primo:
 Desafióme, y ya sabes
 Lo que yo hice, y él hizo.
 No te quiero yo á monton,
 Ni te pretendo y te sirvo
 Por lo de harraganía,
 Que mas bueno es mi designio.
 Coyundas tiene la Iglesia,
 Que son lazadas de sirgo (1):
 Pon tu cuello en la gamella (2),
 Verás como pongo el mio.
 Dónde no, desde aquí juro
 Por el santo mas bendito,
 De no salir destas sierras
 Sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto,
 y aunque Don Quixote, le rogó que algo
 mas cantase, no lo consintió Sancho Pan-
 za, porque estaba mas para dormir, que

(1) Seda: de *sericam*.

(2) La collera ó parte del yugo, con que los labradores
 uncan ó casan para el arado las mulas ó los bueyes.

para oír canciones. Y así dixo á su amo: bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche: que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no permite, que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quixote: que bien se me trasluce, que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de música. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó Don Quixote. Pero acomódate tú donde quisieres: que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo esto (z) seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba: y viendo uno de los cabreros la herida, le dixo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase: y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y así fué la verdad.

CAPÍTULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quixote.

ESTANDO en esto, llegó otro mozo de los que les traian del aldea el bastimento, y dixo: ¿sabeis lo que pasa en el Lugar, compañeros? Como lo podemos saber, respondió uno dellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura, que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales. Por Marcela dirás, dixo uno. Por esa digo, respondió el cabrero: y es lo bueno, que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera Moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque, según es fama, (y él dicen que lo dixo) aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas tales, que

los Abades del pueblo dicen, que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. Á todo lo qual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dexó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado. Mas, á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho. Y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver, á lo ménos yo no dexaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al Lugar. Todos harémos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echarémos suertes á quien ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dixo uno de ellos, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud, y á poca curiosidad mia, sino á que no me dexa andar el garrancho que el otro dia me pasó este pie. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y Don Quixote rogó á Pedro le dixese, que muerto era aquel, y que pastora aquella. Á lo qual

Pedro respondió, que lo que sabia era, que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un Lugar que estaba en aquellas sierras, el qual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales habia vuelto á su Lugar con opinion de muy sabio y muy leido. Principalmente decian, que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dixo Don Quixote. Mas Pedro no reparando en niñerías, prosiguió su cuento, diciendo: asimesmo adivinaba, quando habia de ser el año abundante ó estil. Estéril quereis decir, amigo, dixo Don Quixote. Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo, que con esto que decia, se hicieron su padre y sus amigos que le daban crédito muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba, diciéndoles: sembrad este año cebada, no trigo, en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada, el que viene será de guilla (1) de aceyte, los tres siguientes no

(1) Voz arabe, que significa propriamente abundancia

se cogerá gota. Esa ciencia se llama *Astrología*, dixo Don Quixote. No sé yo como se llama, replicó Pedro; mas sé que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente no pasaron muchos meses despues que vino de Salamanca, quando un día remaneció vestido de pastor con su ganado (1) (A) y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos, que como escolar traía, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Olvidábase-me de decir como Grisóstomo el difunto, fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decían que eran por el cabo. Quando los del Lugar viéron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podían adivinar la causa que les había movido á hacer

de frutos y verduras. Habla de ella con extension Covarrubias. (Tesoro.)

(1) La edición de Londres corrigió con su cayado, y con razon, segun parece, por ser el cayado mas propio del traje de pastor que el ganado.

aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedó el mozo señor desoluto: y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino á entender, que el haberse mudado de traje, no había sido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados empos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró de nantes, de la qual se había enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepais, quien es esta rapaza, quizá y aun sin quizá no habréis oido semejante cosa en todos los días de vuestra vida, aunque vivais mas años que sarna. Decid Sarra, replicó Don Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro: y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un año. Perdonad amigo, dixo Don Quixote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra, os lo dixé; pero vos respondistes muy bien, porque vive mas sarna que Sarra: y proseguí vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, señor mío de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el qual se llamaba Guillermo, y al qual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la mas honrada muger que hubo en todos estos contornos. No parece sino que ahora la veo con aquella cara, que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger murió su marido Guillermo, dexando á su hija Marcela muchacha y rica en poder de un tío suyo Sacerdote, y Beneficiado en nuestro Lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacía acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba, que le habia de

pasar

pasar la de la hija: y así fué, que quando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba, que no bendecía á Dios, que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tío con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tío se la diese por muger. Mas él, que á las derechas es buen christiano, aunque quisiera casarla luego, así como la via ^(a) de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y grangería, que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y á fe que se dixo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen Sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos Lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura: y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasidamente bueno el clérigo, que obliga á sus feligreses á que digan bien dél,

11.

11



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE BAJA CALIFORNIA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE BAJA CALIFORNIA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1972

especialmente en las aldeas. Así es la verdad, dixo Don Quixote, y proseguí adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demas sabréis, que aunque el tío proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por muger la pedian, rogándole que se casase, y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra cosa, sino que por entónces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas excusas, dexaba el tío de importunarla, y esperaba á que entrase algo mas en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, quando no me cato, que remaneca un dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tío ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del Lugar, y dió en guardar su mesmo ganado. Y así como ella

salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir, quantos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del qual decian, que la dexaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta, y de tan poco ó de ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; ántes es tanta y tal la vigilancia, con que mira por su honra, que de quantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye, ni se esquivo de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia, porque

su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan, á servirla y á amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y así no saben que decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviédeses, señor, algun día, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy léjos de aquí un sitio, donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mismo árbol, como si mas claramente dixera su amante, que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Qual hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos embevecido y transportado en sus pensamientos le halló el sol á la mañana: y qual hay que sin dar vado ni tregua á sus

suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo: y deste y de aquel, y de aquellos y destos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en que ha de parar su altivez, y quien ha de ser el dichoso, que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de una hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averignada verdad, me doy á entender, que tambien lo es la que nuestro zagal dixo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dexeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar á aquel donde manda enterrarse media legua. En cuidado me lo tengo, dixo Don Quixote, y agradézcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento. Ó! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dixese. Y por ahora bien será que

os vais á dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario (c) accidente. Sancho Panza que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte, que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hizolo así, y todo lo mas de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitación de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coeces.

CAPÍTULO XIII.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela con otros sucesos.

MAs apenas comenzó á descubrirse el día por los balcones del oriente, quando los cinco de los seis cabreros se levantaron, y fuéron á despertar á Don Quixote,

y á decille, si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisostomo, y que ellos le harian compania. Don Quixote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho, que ensillase y enalbardase al momento, lo qual él hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un quarto de legua, quando al cruzar de una senda, vieron venir hácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano: venian con ellos asimesmo dos gentileshombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie que los acompañaban. En llegándose á juntar, se saludaron cortesmente, y preguntándose los unos á los otros donde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero le dixo: pareceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá

os vais á dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario (c) accidente. Sancho Panza que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte, que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hizolo así, y todo lo mas de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitación de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coeces.

CAPÍTULO XIII.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela con otros sucesos.

MAs apenas comenzó á descubrirse el día por los balcones del oriente, quando los cinco de los seis cabreros se levantaron, y fuéron á despertar á Don Quixote,

y á decille, si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisostomo, y que ellos le harian compañía. Don Quixote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho, que ensillase y enalbardase al momento, lo qual él hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un quarto de legua, quando al cruzar de una senda, vieron venir hácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano: venian con ellos asimesmo dos gentileshombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie que los acompañaban. En llegándose á juntar, se saludaron cortesmente, y preguntándose los unos á los otros donde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero le dixo: pareceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá

dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida. Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo, y no digo yo hacer tardanza de un día; pero de quatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles Don Quixote, que era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dixo, que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste traje, les habian preguntado la ocasion, por que iban de aquella manera: que uno dellos se lo contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo entierro iban. Finalmente él contó todo lo que Pedro á Don Quixote habia contado.

Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quixote, ¿que era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica? A lo qual respondió Don Quixote: la profesion de mi exercicio no consiente ni permite, que yo ande de otra manera: el buen paso, el

regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas solo se inventaron é hiciéron para aquellos, que el mundo llama caballeros andantes, de los quales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apénas le oyéron esto, quando todos le tuviéron por loco, y por averiguarlo mas, y ver que género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo, que ¿que queria, decir caballeros andantes? ¿No han vuestras mercedes leido, respondió Don Quixote, los anales é historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del Rey Arturo, que continuamente (1) en nuestro romance castellano llamamos el Rey Ártus, de quien es tradicion antigua y comun en todo aquel Reyno de la Gran Bretaña, que este Rey no murió; sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reynar, y á cobrar su Reyno y cetro: á cuya causa no se probará, que

(1) Así en las ediciones primeras y en las demás; pero Cervantes acaso escribiría *continente*, no solo por ser expresion mas comun, sino mas verdadera, pues al rey Arturo no estamos llamando Artus *continuamente* en castellano.

desde aquel tiempo á este haya ningun Ingles muerto cuervo alguno? (1) Pues en tiempo deste buen Rey fué instituida aquella famosa orden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda (2), y pa-

(1) De este encanto del rey Artus, y de su vuelta al reyno se habla especialmente en el cap. 99, de Esplandian, donde se dice que su hermana la maga Morgayna le tenía encantado, y que habia de volver á reynar sin falta en la Gran Bretaña. Sobre el sepulcro de este rey, dice Don Diego de Vera (si es justo que se le crea esto) que se leia este verso:

Hic jacet Arturus, Rex quondam, Rexque futurus.

Esto es:

Aquí yace Artus, que fue Rey, y ha de volver á serlo.

(Epítome de los Imperios. Biblioteca Real: est. F. cod. 25, f. 200, b.) Julian del Castillo (*Historia de los Reyes Godos*: p. 365.) añade la vulgaridad de que Felipe II quando se casó con Doña Maria, heredera de aquel reyno, juró que si el Rey Artus viniese en algun tiempo, le dexaría el reyno. Bowle (*Anotaciones á Don Quixote*: p. 48.) hace mención de una ley de Hoelio el Bueno, Rey de Gales, promulgada el año de 998, que prohibe matar cuervos en heredad ajena. De esta prohibicion, mezclada con la fábula de la conversion del rey Artus en cuervo, pudo originarse en el pueblo Ingles el temor de matar cuervos por no herir de muerte á su rey en alguno de ellos. Cervantes confiesa que no sabía de donde tomó principio esta fábula tan creída, como mal imaginada. (*Peregrinos*: lib. 1, p. 147.)

(2) Los libros de caballerías que tratan de esta Mesa, ú orden Militar, cuya institucion se atribuye al rey Artus, son los primeros que se escribieron, y el origen de todos, como

sáron sin faltar un punto los amores, que allí se cuentan de Don Lanzarote del Lago con la Reyna Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España de:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote,
Quando de Bretaña vino (1),

con aquel progreso tan dulce, y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues

lo indica tambien en este capítulo el mismo Cervantes. Era condicion que habian de ser 24, los caballeros que se sentasen en ella, y á quienes se hacian antes las pruebas de nobles y de famosos en las armas. Erán admitidos naturales y extrangeros: por eso se sentaron en ella Orlando y otros Pares de Francia. El referido Vera dice que: *decian se conservaba y mostraba esta mesa en Hunscriet quando Felipe II, casó en Londra con la Reyna Doña Maria, y que estaba partido en 25 tablas ó divisiones, grabadas de blanco y verde, que en el centro se juntaban en punta, y se iban ensanchando en la circunferencia, y en cada division estaba escrito el nombre del caballero, y el del Rey. Pero el mismo autor no cree lo mismo que cuenta.*

(1) *Que dueñas cuidaban del,
Doncellas de su rocino:
Esa dueña Quintañona,*

desde entonces, de mano en mano fué aquella orden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo: y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco: y casi que en nuestros días vimos y comunicámos y oímos al invencible y valeroso caballero Don Belianis de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho, es la orden de su caballería, en la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profesion, y lo mesmo que profesaron los caballeros referidos, profeso yo: y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la mas peligrosa, que la suerte me depare, en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que

*Esa le escanciaba el vino:
La linda reina Ginebra etc.*

(Hallase este romance entero en el f. 242, del *Cancionero*. Anvers 1555, 16, V, P. II, cap. XXIII, y XXXI.)

dixo, acabáron de enterarse los caminantes, que era Don Quixote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo qual recibieron la mesma admiracion, que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo (1), que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino, que decian, que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase mas adelante con sus disparates. Y así le dixo: paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí, que aun la de los frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro Don Quixote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponerlo en duda. Porque si va á decir verdad, no hace ménos el soldado que poné en execucion lo que su Capitan le manda, que el mesmo Capitan que se lo ordena. Quiero

(1) En el *Canto de Caliope*, que está en la *Galatea*, celebra Cervantes á Adán de Bivaldo, poeta de florido ingenio. (p. 285.)

decir, que los religiosos, con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en execucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas: no debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados yelos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las á ellas tocantes y concernientes, no se pueden poner en execucion sino sudando, afanando (v) y trabajando, sígnese, que aquellos que la profesan, tienen sin duda mayor trabajo, que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios, favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajado y mas aporreado y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda, sino que los caballeros andantes pasados pasaron mu-

cha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser Emperadores (1) por el valor de su brazo, á fe que les costó buen por que de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron, les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedarán bien defraudados de sus deseos, y bien engañados de sus esperanzas. De ese parecer estoy yo, replicó el caminante. Pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es, que quando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios (2), como cada christiano está obli-

(1) Subieron con efecto á serlo muchos. Don Reynaldo llegó á ser Emperador de Trapisonda, y renunció su imperio en Esplandian, con quien casó á su hija: Bernardo del Carpio casado con Olimpia, es hecho Rey de Irlanda: muerto el Emperador de Constantinopla, es alzado por Emperador Palmerin de Oliva: Tirante el Blanco alcanzó por su valor á ser Cesar del imperio de Grecia etc.

(2) Menos el infante Don Roserin, que: santiguandose y encomendandose á Dios de todo corazon, y llamando á su señora Florimena, el caballo de las espuelas hirió etc. (*Espejo de Caballerias*: P. II, cap. 27.) Pero:

gado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devoción, como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece, que huele algo á gentilidad. Señor, respondió Don Quixote, eso no puede ser menos en ninguna manera, y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese: que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca, que el caballero andante, que al acometer algún gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete: y aun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazón se le encomiende, y de esto tenemos innumerables exemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han de dexar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escri-

Tirante el Blanco no invocaba ningún santo, sino el nombre de Carmesim, y preguntado porqué no invocaba juntamente el de otro santo, respondia que: el que á muchos sirve, no sirve á ninguno. (Lib. III, cap. 28.)

pulo,

pulo, y es, que muchas veces he leído, que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo, y luego sin mas ni mas, á todo el correr dellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas, y lo que suele suceder del encuentro es, que el uno cae por las ancas del caballo pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tambien, que á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dexar de venir al suelo: y no sé yo, como el muerto tuvo lugar, para encomendarse á Dios en el discurso desta tan acelerada obra. Mejor fuera, que las palabras que en la carrera gastó, encomendándose á su dama, las gastara en lo que debia y estaba obligado como cristiano: quanto mas que yo tengo para mí, que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió Don Quixote. Digo que no puede ser, que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al

11.

12

cielo tener estrellas, y á buen seguro, que no se haya visto historia, donde se halle caballero andante sin amores, y por el mismo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por legitimo caballero; sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas como saltador y ladrón. Con todo eso, dixo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leído que Don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada (1) á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en ménos, y fué un muy valiente y famoso caballero. Á lo qual respondió nuestro Don Quixote: señor, una golondrina sola no hace verano: quanto mas, que yo sé, que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer á todas

(1) Flaquéábale con efecto á Bivaldo la memoria, porque Galaor no sólo la tuvo señalada, sino elegida por mano de su mismo hermano Amadis de Gaula, que presentándole á Eriolma, le dixo: *señor hermano, está hermosa reyna os encomiendo, que ya otra vez viste y la conocí. Don Galaor la tomó consigo sin ningún escrúpulo, como aquel que no se espantaba, ni turbaba de ver mugeres.* (Amadis: lib. 4, cap. 121.)

bien, quantas bien le parecian, era condicion natural á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion averiguado está muy bien, que él tenia una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la qual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero (1). Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dixo el caminante, bien se puede creer, que vuestra merced lo es, pues es de la profesion: y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como Don Galaor, con las véras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama: que ella se tendria por dichosa, de que todo el mundo sepa, que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. Aquí dió un gran suspiro Don

(1) Esta señora de Don Galaor se llamaba Aldeba, como se dice en el cap. 20, de *Amadis* por estas palabras: *Grindalaya tenía una hermana, muy hermosa doncella, que Aldeba habia nombre, que en casa del duque Brisloya se habia criado.... Esta Aldeba fue la amiga de Don Galaor, aquella por quien él recibió muchos enojos del enano que ya oystes decir.*

Quixote, y dixo: yo no podré afirmar, si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa, que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso un Lugar de la Mancha, su calidad por lo ménos ha de ser de Princesa, pues es Reyna y señora mia, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos Eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mexillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. El linage, prosapia y alcurnia querriamos saber, replicó Viva' do. Á lo qual respondió Don Quixote: no es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas, y Ursínos, ni de los Moncadas, y Requesenes de Cataluña, ni

ménos de los Rebellas, y Villanovas de Valencia, y Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces, y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendozas, y Guzmanes de Castilla: Alencastros, Pállas, y Méneses de Portugal; pero es, de los del Toboso de la Mancha, linage aunque moderno, tal que puede dar generoso principio á las mas ilustres familias de los venideros siglos. Y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decia: *Nadie las mueva, que estar no pueda con Roldan á prueba* (1). Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo,

(1) Noticioso Roldan de la comunicacion de Angelica con Medoro, enloquece y arroja las armas, las quales halla Cervino espárcidas por varias partes: recógelas, cuélgalas de un pino, y para impedir que nadie se las vistiese pónelas esta inscripcion:

Armadura d'Orlando Paladino:

Como si diga: alguno no las mueva

Que estar no pueda con Roldan á prueba.

Asi en la traduccion del Ariosto por Urrea; ó como dice el original:

*..... Nessun la muova,
Que star non possa con Roldan á prova.*

(C. 24. oct. 57.)

respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha: puesto que para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oídos. Como eso no habrá llegado, replicó Don Quixote. Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quixote. Solo Sancho Panza pensaba, que quanto su amo decía era verdad, sabiendo él, quien era, y habiéndole conocido desde su nacimiento: y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal Princesa había llegado jamás á su noticia, aunque vivía tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban, quando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacían, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que á lo que despues pareció eran, qual de texo, y qual de ciprés. Entre seis dellos traían unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo qual visto por uno de los cabreros, dixo: aquellos, que

allí vienen, son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar, donde él mandó que le enterasen. Por esto se diéron prisa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venían habían puesto las andas en el suelo, y quatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña (1). Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego Don Quixote y los que con él venían se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores

(1) Como este pastor muere desesperado, dispone Cervantes se le entierre en el campo, sin ceremonias algunas eclesiásticas, á diferencia del entierro que describe del pastor Meliso (lib. VI, de la *G. Luteo*) baxo cuyo nombre entendió á Don Diego de Mendoza, como se reconoce por las señas que dan de él Tirsi, Damon, Elicio y Lanson, insinuando que había sido embajador de Felipe II, en Venecia; que siendo gobernador de Sena, se había rebelado la ciudad con grande turbación de Italia y España; y que vivió despues retirado en Granada, su patria, comunicando con las Musas. Supone pues que se enterró en el valle de los Cipreses, y describe sus exéquias con maravillosa puntualidad. Introduce al venerable anciano Telesio vestido con ornamentos sagrados: hace que ardan al rededor de la sepultura muchas hachas, ó pequeñas hogueras, como él dice: quema Telesio oloroso incienso: rodea tres veces el túmulo: entona oraciones por el alma del difunto, y al fin de cada oracion responden los circunstantes *amen*. Concluidas estas ceremonias, ó exéquias,

un cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años: y aunque muerto, mostraba, que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Al rededor dél tenia en las mismas andas algunos libros, y muchos papeles abiertos y cerrados: y así los que esto miraban como los que abrian la sepultura, y todos los demas que allí habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto truxéron, dixo á otro: mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dixo, ya que quieres, que tan puntualmente se cumpla lo que dexó mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio: que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dixo él, que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linage humano, y allí fué tambien, donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamo-

pronuncia Telesio un sermón de honras, en que alaba las virtudes de Meliso, la integridad de su vida, la agudeza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática, y sobre todo la solícitud en observar y cumplir con la Religión: acaso aludió con esto al zelo que mostro Don Diego Hurtado de Mendoza por su defensa quando asistió de embajador en el concilio de Trento.

rado, y allí fué la última vez, donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida: y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él, que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á Don Quixote, y á los caminantes, prosiguió diciendo: ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de una alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin baxeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin secundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido: adoró, fué desdeñado: rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio, ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la qual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar, para que viviera en la memoria de las gentes, qual lo pudieran mostrar bien esos papeles que

estais mirando, si él no me hubiera mandado, que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y crueldad usaréis vos con ellos, dixo Vivaldo, que su mesmo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena, va fuera de todo razonable discurso: y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera, que se pusiera en execucion lo que el divino Mantuano dexó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido: que si él ordenó como agraviado, no es bien, que vos cumpláis como indiscreto; antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de exemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes de peñaderos: que ya sé yo y los que aquí venimos la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dexó mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable historia se puede sacar,

quanta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda, que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y así de curiosidad y de lástima dexámos nuestro derecho viage, y acordámos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oïllo, y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla, si pudiéramos, te rogamos, ó discreto Ambrosio, á lo ménos yo te lo suplico de mi parte, que dexando de abrazar estos papeles, me dexes llevar algunos dellós. Y sin aguardar, que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban. Viendo lo qual Ambrosio, dixo: por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar, que dexaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellós, y vió que tenia por título: *Cancion Desesperada*. Oyólo Ambrosio y dixo: ese es el último papel que

escribió el desdichado, y porque veais, señor, en el término que le tenían sus desventuras, lee de modo que seais oído, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dixo Vivaldo: y como todos los circunstantes tenían el mismo desseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia.

CAPÍTULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE CRISÓSTOMO (1).

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua, y de una en otra gente,
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique

(1) El artificio de esta canción admirable y singular consiste en componerse cada estancia de 16 versos, todos endecasílabos, que, rimando entre sí de un modo nuevo, el penúltimo consuena con el hemistiquio del último.

Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.
Y al par de mi desseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las miserables entrañas.

Escucha pues, y presta atento oído,
No al concertado son, sino al ruido,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mio sale y tu despecho.

El rugir del león, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro (1) de algun monstruo, el agorero

Nótase en ella alguna expresión humilde, y algun verso desmayado; pero puede sin embargo competir con la mejor de nuestros mejores poetas. La misma uniformidad de versificación, sin alternar los versos cortos, manifiesta con mas viveza la pasión de este pastor furioso, que para escarmiento de los que se rinden á la tiranía del amor profano se mató desesperado, consintiendo en privarse del cielo para siempre, según se insinúa en los dos versos últimos de la estancia sexta, que dicen así:

*Ofrecere á los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro ó palma de futuros bienes.*

Puede reputarse Cervantes por inventor de este género de canciones: á lo menos esta es diferente de las que compuso el Petrarca, que fue el primero que las escribió, ni la trae Rengifo, ni se halla otra semejante entre las de Boscan, Lope de Vega, Esteban Rodríguez, Faria de Sousa, ni Bernaldez.

(1) Esto es, el rugido, los ladridos y aullidos de los endriagos, vestiglos y otros monstruos, de quienes se

escribió el desdichado, y porque veais, señor, en el término que le tenían sus desventuras, lee de modo que seais oído, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dixo Vivaldo: y como todos los circunstantes tenían el mismo desseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia.

CAPÍTULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE CRISÓSTOMO (1).

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua, y de una en otra gente,
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comuniqué

(1) El artificio de esta canción admirable y singular consiste en componerse cada estancia de 16 versos, todos endecasílabos, que, rimando entre sí de un modo nuevo, el penúltimo consuena con el hemistiquio del último.

Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.
Y al par de mi desseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las miseras entrañas.

Escucha pues, y presta atento oído,
No al concertado son, sino al ruido,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mio sale y tu despecho.

El rugir del león, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro (1) de algun monstruo, el agorero

Nótase en ella alguna expresión humilde, y algun verso desmayado; pero puede sin embargo competir con la mejor de nuestros mejores poetas. La misma uniformidad de versificación, sin alternar los versos cortos, manifiesta con mas viveza la pasión de este pastor furioso, que para escarmiento de los que se rinden á la tiranía del amor profano se mató desesperado, consintiendo en privarse del cielo para siempre, según se insinúa en los dos versos últimos de la estancia sexta, que dicen así:

*Ofrecere á los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro ó palma de futuros bienes.*

Puede reputarse Cervantes por inventor de este género de canciones: á lo menos esta es diferente de las que compuso el Petrarca, que fue el primero que las escribió, ni la trae Rengifo, ni se halla otra semejante entre las de Boscan, Lope de Vega, Esteban Rodríguez, Faria de Sousa, ni Bernaldez.

(1) Esto es, el rugido, los ladridos y aullidos de los endriagos, vestiglos y otros monstruos, de quienes se

Graznar de la corneja (1), y el estruendo
 Del viento contrastado en mar instable:
 Del ya vencido toro (2) el implacable
 Bramido, y de la vinda tortolilla
 El sensible arrullar, el triste canto
 Del envidado bulio, con el llanto
 De toda la infernal negra cuadrilla,
 Salgan con la doliente ánima fuera,
 Mezclados en un son de tal manera,
 Que se confundan los sentidos todos,
 Pues la pena cruel que en mí se halla,
 Para contalla pide nuevos modos.
 De tanta confusión, no las arenas
 Del padre Tajo miran los tristes ecos,
 Ni del famoso Betis las olivas:
 Que allí se esparcirán mis duras penas
 En altos riscos y en profundos huecos,
 Con muerta lengua y con palabras vivas:
 O ya en oscuros valles, ó en esquivas
 Playas desnudas de contrato humano,
 O adonde el sol jamas mostró su lumbré,
 O entre la venenosa muchedumbre
 De fieras que afumenta el libre llano (3) (x):

oyeron en el castillo espantosos baladros. (Espejo de
 Caballería. P. I. cap. 19.)

(1) Alusión al vers. 18, de la eglog. I. de Virgilio:

Sape sinistra cavá prædixit ab ilice cornix.

Esto es:

*Muchas veces lo pronosticó la agorera corneja desde la
 hendida encina.*

(2) En la pelea, en que disputa con otros el predominio
 sobre las vacas.

(3) Véase la variante x. La noticia de que en las orillas del
 Nilo se crían sabandijas venenosas la adopto al parecer

Que puesto, que en los páramos desiertos
 Los ecos roncós de mí mal inciertos
 Sucenen con tu rigor tan sin segundo,
 Por privilegio de mis cortos hados,
 Serán llevados por el ancho mundo.
 Mata un desden, atierra la paciencia
 O verdadera ó falsa una sospecha:
 Matan los zelos con rigor mas fuerte:
 Descóntieñta la vida larga ausencia:
 Contra un temor de olvido no aprovecha
 Firme esperanza de dichosa muerte.
 En todo hay cierta inevitable muerte;
 Mas yo; milagro nunca visto! vivo
 Zeloso, ausente, desdeñado, y cierto
 De las sospechas, que me tienen muerto.
 Y en el olvido en quien mi fuego avivo,
 Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
 Mi vista á ver en sombra á la esperanza:
 No (x) yo desesperado la procuro;
 Antes por extremarme en mi querella,
 Estar sin ella eternamente juro.
 ¿Puedese por ventura en un instante
 Esperar y temer, ó es bien hacello,
 Siendo las causas del temor mas ciertas?
 ¿Tengo, si el duro zelo está delante,
 De cerrar estos ojos, si he de vello
 Por mil heridas en el alma abiertas?
 ¿Quién no abrirá de par en par las puertas

Cervantes del lib. II. de Lucano; y del IX. la propiedad del
 adjetivo llano, por correr este río por las llanuras de Egipto:

*Non minor hie Nilo, si non per plana iacentis
 Egypti Libicus Nilus stagnaret arenas:*

*No es menor este que el Nilo (dice el traductor de
 Lucano Martín Laso de Oropeza) si el Nilo no se estendiese
 por los llanos de Egipto, y no hiciere sus estanques por
 las secas arenas de la Libia.*

A la desconfianza, quando mira
 Descubierta el desden, y las sospechas,
 O amarga conversión! verdades hechas,
 Y la limpia verdad vuelta en mentira?
 O en el Reyno de amor fieros, tiranos
 Zelos! ponéme un hierro en estas manos:
 Dame, desden, una torcida sogá,
 Mas ay de mí! que con cruel victoria
 Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
 Yo muero en fin, y porque nunca espere
 Buen suceso en la muerte ni en la vida,
 Pertinax estaré en mi fantasía.
 Diré, que ya acertado el que bien quiere,
 Y que es más libro el alma mas rendida
 A la de amor antigua tiranía:
 Dire, que la enemiga siempre mía,
 Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
 Y que su olvido de mi culpa nace,
 Y que, en fe de los males que nos haze,
 Amor su imperio en justa paz mantiene.
 Y con esta opinion y un duro lazo,
 Acelerando el miserable plazo,
 A que me han conuencido sus desdenes,
 Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
 Sin laureo ó palma de futuros bienes.
 Tu que con tantas mirrazones muestras
 La razón, que me fuerza, á que la haga
 A la cansada vida que aborrecco:
 Pues ya ves, que te da notorias muestras
 Esta del corazón profunda llaga,
 De como alegre á tu rigor me ofrezco:
 Si por dicha conoces, que merezco,
 Que el cielo claro de tus bellos ojos
 En mi muerte se turbe, no lo hagas:
 Que no quiero que en nada satisfagas,
 Al darte de mi alma los despojos.
 Antes con risa en la ocasión funesta
 Descubre, que el fin mio fué tu fiesta.

Mas

Mas gran simpleza es avisarte desto,
 Pues sé, que está tu gloria conocida
 En que mi vida llegue al fin tan presto.
 Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
 Tántalo con su sed, Sisifo venga
 Con el peso terrible de su canto,
 Ticio traiga su buytre, y ansimesmo
 Con su rueda Egion no se detenga,
 Ni las hermanas que trabajan tanto (1).
 Y todos juntos su mortal quebranto
 Trasláden en mi pecho, y en voz baxa
 (Si ya á un desesperado son debidas)
 Canten obsequias tristes, doloridas
 Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.
 Y el portero infernal de los tres rostros (2),
 Con otras mil quimeras y mil monstruos (3)
 Lleven el doloroso contrapunto:
 Que otra pompa mejor no me parece,
 Que la merece un amador difunto.
 Cancion desesperada, no te quejes,
 Quando mi triste compañía dejes;
 Antes, pues que la causa do naciste (3),
 Con mi desdicha aumenta su ventura,
 Ann en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado

(1) Las 50 hijas de Danao, casadas con otros tantos primos hermanos, que la noche de las bodas, por instigacion de su padre, mataron á sus maridos, menos Hypermenestra, que perdonó la vida del suyo. Por cuyo delito fueron sentenciadas en el infierno á sacar agua con mucha fatiga de la laguna Estigia con cantaros horadados, la qual volviendo á caer en ella, trabajan en vano.

(2) El Cancerbero, perro de tres gargantas, que guardaba las puertas del infierno segun fingieron los poetas.

(3) Esto es, la misma Marcela, que convierte en propia felicidad la muerte del desesperado Crisóstomo.

habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dixo, que no le parecia que conformaba con la relacion, que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de zelos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. A lo qual respondió Ambrosio, como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo: para que, señor, os satisfagais desta duda, es bien que sepais, que quando este desdichado escribió esta cancion estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros: y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los zelos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad, que la fama pregona de la bondad de Marcela: la qual fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la mesma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Así es la verdad, respondió Vivaldo, y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del

fuego, lo estorbó una maravillosa vision, (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué, que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela tan hermosa, que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entónces no la habian visto, la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedáron ménos suspensos, que los que nunca la habian visto. Mas apénas la hubo visto Ambrosio, quando con muestras de ánimo indignado le dixo: ¿vienes á ver por ventura, ó fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro despiadado (n) Nero el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata lija al de su padre Tarquino (1)? Dinos presto á lo

(1) Debe decir: *Servio Tulio*, que fue padre de Tulia, y no *Tarquino*, que fue marido. (*Tit. Liv.* lib. I. cap. 46.) Este mas parece descuido del autor, que yerro de la imprenta, ocasionado acaso de la falta de libros que tendria en la carcel.

que vienes, ó que es aquello de que mas gustas, que, por saber yo, que los pensamientos de Grisóstomo jamas dexáron de obedecerte en vida, haré que aun el muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, ó Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí mesma, y á dar á entender, quan fuera de razon van todos aquellos, que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan: y así ruego á todos los que aquí estais, me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras, para persuadir una verdad á los discretos.

Hízome el cielo, segun vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameís os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostrais, decís y aun quereis, que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo, que por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama: y mas, que podria acontecer, que el amador de lo her-

moso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir, quierote por hermosa, hasme de amar, aunque sea feo. Pero puesto caso, que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos: que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad: que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en qual habian de parar, porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos: y segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por que quereis, que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decís, que me quereis bien? Si no, decidme, ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo, que me quejara de vosotros, porque no me amábades? Quanto mas, que habeis de considerar, que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me la dió de gracia sin yo pedilla ni escogella: y así como la vivora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene,

puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las quales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes, que al cuerpo y alma mas adornan y hermocean, ¿por que la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre, escogí la soledad de los campos. Los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta ljos. Á los que he enamorado con la vista, he desengañado con palabras. Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, el fin (t) de ninguno dellos, bien se puede

decir, que ántes le mató su porfia que mi crueldad. Y si se me hace cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo, que quando en ese mesmo lugar, donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dixé yo, que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura. Y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza, y navegar contra el viento, ¿que mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa: si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora, si será razon, que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confiese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel, ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido, que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por eleccion es excusado. Este

general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho, y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muere, no muere de zeloso ni desdichado, porque quien á nadie quiere, á ninguno debe dar zelos: que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, dexeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirva, el que desconocida, no me conozca, quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿porque se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿porque ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas: tengo libre condición, y no gusto de sujetarme: ni quiero, ni aborrezco á nadie: no engaño á este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el

cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas, y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dexando admirados tanto de su discrecion como de su hermosura á todos los que allí estaban. Y algunos diéron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo qual visto por Don Quixote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería, socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada en altas é intelegeribles voces dixo: ninguna persona, de qualquiera estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, sopena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y quan agena vive de condescender con los deseos

de ninguno de sus amantes : á cuya causa es justo, que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo , pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. Ó ya que fuese por las amenazas de Don Quixote, ó porque Ambrosio les dixo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña entanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dixo, pensaba mandar hacer con un epitafio, que habia de decir desta manera :

Yace aquí de un amador
El misero que por el lado,
Que fué pastor de ganado,
Perdido por desamor.

Muró á manos del rigor
De una esquivá hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tiranía de amor.

Luego esparciéron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio se

despidiéron dél. Lo mesmo hiciéron Valvaldo y su compañero, y Don Quixote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los quales le rogáron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradeció el aviso, y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dixo que por entónces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisiéron los caminantes importunarle mas, sino tornándose á despedir de nuevo, le dexáron, y prosiguiéron su camino, en el qual no les faltó de que tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de Don Quixote, el qual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la secunda parte (κ).

CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quixote en topar con unos desalmados Yangüeses.

CUENTA el sabio Cide Hamete Benegeli, que así como Don Quixote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por él buscándola por todas partes, sin poder hallarla, viniéron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del qual corria un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apearonse Don Quixote y Sancho, y dexando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí había, diéren saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compa-

ña amo y mozo comiéron lo que en ellas halláron. No se había curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rixoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas Galicianas de unos arrieros Yangüeses, de los quales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse Don Quixote era muy á propósito de los Yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareció, debian de tener mas gana de pacer que de al, recibieronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que á poco espacio se le rompiéron las cinchas, y quedó sin silla en pelota. Pero lo que él debió mas de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se

les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le diéron, que le derribáron malparado en el suelo. Ya en esto Don Quixote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían visto, llegaban hujadeando, y dixo Don Quixote á Sancho: á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baxa ralea. Dígolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Que diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quizá nosotros, sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó Don Quixote, y sin hacer mas discursos echó mano á su espada y arremetió á los Yangüeses, y lo mesmo hizo Sancho Panza incitado y movido del exemplo de su amo: y á las primeras dió Don Quixote una cuchillada á uno que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido con gran parte de la espalda. Los Yangüeses, que se víeron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio comenzaron á menudear sobre ellos con





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

grande ahinco y vehemencia. Verdad es que al segundo toque diéron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le avino á Don Quixote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura, que viniese á caer á los pies de Rocinante que aun no se habia levantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los Yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron, cargaron su recua y siguieron su camino, dexando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor con voz enferma y lastimada dixo: señor Don Quixote, ah señor Don Quixote. Que quieres, Sancho hermano, respondió Don Quixote con el mesmo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las heridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿que nos fal-

taba? respondió Don Quixote: mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que ántes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. ¿Pues en quantos le parece á vuestra merced, que podremos mover los pies? replicó Sancho Panza. De mí sé decir, dixo el molido caballero Don Quixote, que no sabré poner término á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y así creo, que en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el Dios de las batallas, que se me diese este castigo: por lo qual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrámbos: y es, que quando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder,

poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias, hasta adonde se extiende el valor de este mi fuerte brazo: tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente Vizcaino. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dexase de responder diciendo: señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular qualquiera injuria, porque tengo muger y hijos que sustentar y criar: así que seále á vuestra merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada, ni contra villano, ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono quantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, ó haga, ó haya de hacer persona alta ó baxa, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptar estado ni condicion alguna. Lo qual oido por su amo, le respondió: quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacará tanto quanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se

vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las Insulas que te tengo prometida; que sería de tí, si ganándola yo, te hiciese señor della? Pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu señorío: porque has de saber, que en los Reynos y Provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor, de que han de hacer alguna novedad, para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura: y así es menester, que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en qualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice: mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que mas estoy para vizmas que para pláticas. Mire vuestra merced, si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento.

Jamas tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dixera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quixote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias criadas entre sinabafas y ólandas, claro está, que sentirán mas el dolor desta desgracia, y si no fuese porque imagino, que digo imagino, sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anexas al exercicio de las armas, aquí me dexaria morir de puro enojo. Á esto replicó el escudero: señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced, si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mí que á dos cosechas quedarémos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericor-

dia no nos socorre. Sábeta, amigo Sancho, respondió Don Quixote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni mas ni ménos está en potencia propinqua de ser los caballeros andantes Reyes y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia: y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que solo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y despues en diversas calamidades y miserias. Porque el valeroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió teniéndole preso mas de docientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una columna de un patio (1), y aun hay un autor se-

(1) Dos veces cayó Amadis en poder del Rey Arcalaus: la una le tuvo encantado; la otra le dexó caer en una como sima por medio de una trampa; pero no dice su historia que le diese azotes. Hizole sí padecer hambre y sed; y aun en este trabajo fue socorrido con una empanada de tocino, y dos barriles de vino y agua, que en un cesto le descolgó la doncella muda, sobrina de Arcalaus, llamada Gineida.

creto y de no poco crédito que dice, que habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debaxo de los pies en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debaxo de tierra atado de pies y manos, y allí le echáron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo, y si no fuera socorrido en aquella gran cuita, de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasáron que no las que ahora nosotros pasamos: porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá, que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses, que puesto que quedámos

(Cap. 19, y 69.) Quiza lo leeria Cervantes en otro libro de caballerias.

desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian, con que nos machacaron no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenia estoque; espada ni puñal. No me diéron á mi lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona, quando me santiguáron los hombros con sus pinos, de manera que me quitáron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar, si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quixote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. ¿Pues que mayor desdicha puede ser, replicó Panza, que aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de vizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital, para

ponerlas en buen término siquiera. Déxate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quixote, que así haré yo, y veamos como está Rocinante, que á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tambien caballero andante. De lo que yo me maravillo es, de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dixo Don Quixote: dígolo, porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo, donde sea curado de mis heridas. Y mas, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído, que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre Dios de la risa (1), quando entró en la ciudad de las cien puertas (2), iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será, que él debia de ir caballero, come vuestra

(1) Baco.

(2) La ciudad de Tebas.

merced dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero, al ir atravesado como costal de basura. Á lo qual respondió Don Quixote: las heridas que se reciben en las batallas, ántes dan honra que la quitan: así que, Panza amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agrade encima de tu jumento, y vamos de aquí ántes que la noche venga, y nos saltée en este despoblado. Pues yo he oído decir á vuestra merced, dixo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dixo Don Quixote, quando no pueden mas, ó quando están enamorados: y es tan verdad esto, que ha habido caballero, que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra, y á las inclemencias del cielo dos años sin que lo supiese su señora, y uno destes fué Amadis, quando llamándose Beltenébros se alojó en la peña Pobre, ni sé si ocho años, ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé que sinsabor, que le hizo la señora Oriana.

Pero dexemos ya esto, Sancho, y acaba ántes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. Aun allí seria el diablo, dixo Sancho, y despidiendo treinta ayes, y sesenta suspiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traido, se levantó, quedándose agoviado en la mitad del camino como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse: y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo (1) destraido con la demasiada libertad de aquel dia. Levantó luego á Rocinante, el qual si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó á Don Quixote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco mas á ménos hácia donde le pareció que podia estar el camino real: y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, quando le deparó el camino, en el qual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de Don Quixote habia de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfía, que tu-

viéron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la qual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPÍTULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á Don Quixote atravesado en el asno, preguntó á Sancho, que mal traía. Sancho le respondió, que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abaxo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por muger á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolía de las calamidades de sus próximos: y así acudió luego á curar á Don Quixote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer la ayudase á curar á su huésped. Servía en la venta

asimesmo una moza Asturiana, ancha de cara, llena de cogote (1), de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es, que la gallardía del cuerpo suplía las demas faltas. No tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quixote en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifestos indicios, que había servido de pagar muchos años, en el qual tambien alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro Don Quixote, y aunque era de las enxalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ven-

(1) Descogotada, como lo suelen ser algunos pañanos de Maritérnes segun dice Covarrubias (*Tesoro*) y el autor de la *Picara Justina* (tom. I, lib. II, p. 508.) Hablando Quevedo de otra moza, parecida á esta, que servía tambien en una venta, dixo:

*Corita en cogote,
Y Collega en ancas,
Gran muger de pullas etc.*

(Parnaso = Musa Falia : romance XCVI)

viéron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la qual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPÍTULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á Don Quixote atravesado en el asno, preguntó á Sancho, que mal traía. Sancho le respondió, que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abaxo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por muger á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolía de las calamidades de sus próximos: y así acudió luego á curar á Don Quixote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer la ayudase á curar á su huésped. Servía en la venta

asimesmo una moza Asturiana, ancha de cara, llena de cogote (1), de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es, que la gallardía del cuerpo suplía las demas faltas. No tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quixote en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifestos indicios, que había servido de pagar muchos años, en el qual tambien alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro Don Quixote, y aunque era de las enxalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ven-

(1) Descogotada, como lo suelen ser algunos pañanos de Maritérnes segun dice Covarrubias (*Tesoro*) y el autor de la *Picara Justina* (tom. I, lib. II, p. 508.) Hablando Quevedo de otra moza, parecida á esta, que servía tambien en una venta, dixo:

*Corita en cogote,
Y Collega en ancas,
Gran muger de pullas etc.*

(Parnaso = Musa Falia: romance XCVI)

taja á la de Don Quixote, que solo contenia quatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon, que en lo sutil parecia colcha, lleno de Lodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de gujarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó Don Quixote: y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abaxo alumbrandoles Maritórnes (1): que así se llama á la Asturiana. Y como al viznalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quixote, dixo que aquello mas parecian golpes que caida. No fueron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal, y tambien le dixo: haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien

(1) No es fácil averiguar si Cervantes inventó este nombre, ó le adoptó de la palabra francesa *Mollitorne*, que en el frances antiguo significa *mota muger*: *mulier improba*. (Lacombe: *Diction. du vieux françois*.)

las haya menester, que tambien me duele á mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dixo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podrá (u) ser eso, dixo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar, que caía de una torre abaxo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y quando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído. Allí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me halló con pocos menos cardenales que mi señor Don Quixote. ¿Como se llama este caballero? preguntó la Asturiana Maritórnes. Don Quixote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Que es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nuevos sois en el mundo, que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza. Pues sabed, her-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1346.1625

mana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras (1) se ve apaleado, y Emperador. Hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de Reynos que dar á su escudero. Pues como vos, siéndolo deste tan buen señor, dixo la ventera, no teneis, á lo que parece, siquiera algun Condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi señor Don Quixote sana de esta herida ó caída, y yo no quedo contrecto della, no trocaria mis

(1) *En dos palabras.* Sin duda que esto se debe considerar como yerro de imprenta, que se ha cometido en todas las ediciones; siendo muy de presumir que en el original de Cervantes se leyese, *en dos paletas*; mayormente quando en varios pasages de su obra se sirve de la misma frase, para expresar el mismo sentido ó significacion. En el cap. V, de la Parte II, dice Sancho á Teresa su muger: *pero si en dos paletas, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos te lo zhan to un den y una señoría áuestas, etc.* En el cap. XL dice el mismo Sancho: *ó mi parecer este negocio en dos paletas te declararé yo.* Y en el LX, decía Don Quixote á Roque Guinard: *donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas te pondrán en el cielo.*

esperanzas con el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quixote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera le dixo: creedme, hermosa señora, que os podeis llamar venturosa, por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece, pero mi escudero os dirá quien soy. Solo os digo, que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habédes fecho para agradecéroslo mientras la vida me durare, y pluguiera á los altos cielos, que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata, que digo entre mis dientes, que los desta hermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera y su hija, y la buena de Maritónes, oyendo las razones del andante caballero, que así las entendian como si hablara en griego; aunque bien alcanzaron, que todas se encaminaban á ofrecimiento y requiebros: y como no usadas á semejante lenguaje mirábanle, y admirábanse, y pareciales otro hombre de los que se usaban,

y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dexáron, y la Asturiana Maritórnes curó á Sancho, que no menos lo había menester que su amo. Había el arriero concertado con ella, que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes, y durmiendo sus amos, le iría á buscar, y satisfacerle el gusto en quanto le mandase. Y enéntase desta buena moza, que jamas dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel exercicio de servir en la venta: porque decia ella, que desgracias y malos sucesos la habían traído á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y sementido lecho de Don Quixote estaba primero en mitad de aquel estrellado (1) establo: y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea, y una manta que ántes mostraba ser de angeo tundido que de lana. Sucedia á estos dos lechos el del

(1) Destechado y descubierto, desde el qual se veían las estrellas.

arriero,

arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, muy gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo (1): fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historia-

(1) Los moriscos antes de su expulsion, que es quando escribia Cervantes, se empleaban en la agricultura y en los oficios mecánicos; pero con mas gusto en el exercicio arrieril, porque faltando de los pueblos, no eran notados de si oían misa, ó frequentaban las iglesias, disimulando así su mahometismo oculto; y á esta ocupacion hipócrita y traginera (que por otra parte les proporcionaba ocasiones de robar y quitar la vida á los cristianos, que hallaban solos por los caminos) aludio acaso nuestro autor, diciendo que un moro verdadero, como era Cide Hamete, tenía algun parentesco con otro que solo tenía el barniz de cristiano. La abundancia de arrieros moriscos se infiere de un autor nuestro económico que escribia por los años de 1616. *Con la expulsion de los moriscos, dice, faltan quatro ó cinco mil arrieros en España, que con grande comodidad portaban las cosas, que desde entonces se comenzaron á encarecer al par de la falta de tragin, pues por los años de 1608, y 1609, no nos llevaban mas de 4, ó 5 reales por traer de Sevilla á Madrid una arroba de peso, y hoy los arrieros costarios no la quieren traer menos de 12, ó 15; y si es invierno, á 18, y á este tono lo demas. En el Tiemblo, que está 14 leguas de Madrid, lugar de 140 vecinos, donde había 18*

dor muy curioso, y muy puntual en todas cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio: de donde podrán tomar exemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan á los labios, dexándose en el tintero, ya por descuido, por malicia, ó ignorancia, lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de *Tablante*, de *Ricamonte*, y aquel del otro libro, donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas*; y con que puntualidad lo describen todo! Digo pues, que despues de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enxalmas, y se dió á esperar á su puntualísima Maritórnes. Ya estaba Sancho vizmado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas: y Don Quixote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre.

arrieros, no ha quedado hoy ninguno, y en Zalamea á 48 leguas de Madrid, que es de 1000 vecinos, había 25 arrieros en dicho año, y hoy no hay mas de uno. (Discursos politicos sobre la provision de la Corte. m. 11. Biblioteca Real.)

Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara, que colgada en medio del portal ardía. Esta maravillosa quietud y los pensamientos, que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros, autores de su desgracia, le truxo á la imaginacion una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden: y fué, que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo, (que como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la qual vencida de su gentileza se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza: y teniendo toda esta quimera, que él se habia fabricado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar, y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosia á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la mesma Reyna Ginebra con su dama Quintañoa (1) se le pusie-

(1) *Dama Quintañoa*. Esta es una errata de imprenta

sen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la Asturiana, la qual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega (1) de fustán, con táticos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero. Pero apenas llegó á la puerta, quando Don Quixote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus vizmas, y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su hermosa doncella la Asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido. Topó con los brazos de Don Quixote, el qual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado

manifiesta: *dueña quintañona* debe decir, no solo por que el mismo Cervantes la llama *dueña* en otros lugares (como se puede ver en los capítulos XIII, y XLIX, de esta Parte I.) sino porque para *dueña* de la Reyna Guinebra, y no para *dama*, la inventó el autor del libro de Lanzarote del Lago.

(1) Cofia, ó red de tela, con que las mugeres recogian los cabellos.

cedal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero á él le diéron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mesmo sol escurecia, y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático: y finalmente él la pintó en su imaginación de la mesma traza y modo, que lo que habia leído en sus libros de la otra Princesa, que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos: y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella, no le desengañaban, las quales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; ántes le parecía que tenia entre sus brazos á la Diosa de la hermosura: y teniéndola bien asida con voz amorosa y baxa le comenzó á decir: quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran hermosura me habédes fecho; pero

ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible: y más que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos: que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dexara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritórnes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quixote, y sin entender, ni estar atenta á las razones que le decía, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su eoyma (1) por la puerta, la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quixote decía, y zeloso de que la Asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando mas al lecho de Don

(1) Muger mundana. (*Vocabulario de la Germania de Juan Hidalgo.*)

Quixote, y estúyose quedo, hasta ver en que paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quixote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los pies mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritórnes, porque habiéndola llamado á voces, no respondia. Con esta sospecha se lavató, y encendiendo un candil, se fué hácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí se acorruco y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿ adonde estás, puta? á buen seguro que son tus cosas estas.

En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé quantas á Maritórnes, la qual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño: el qual viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quien, alzándose como pudo, se abrazó con Maritórnes, y comenzaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbrera del candil del ventero, qual andaba su dama, dexando á Don Quixote, acudió á darle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así como suele decirse, el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo: y fué lo bueno, que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron ascúras, dábanse tan sin

compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano, no dexaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un quadrillero (1) de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo (2), el qual oyendo asimesmo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró ascúras en el aposento, diciendo: ténganse á la justicia, ténganse á la Santa Hermandad, y el primero con quien topó fué con el apuñeado de Don Quixote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: favor á la justicia. Pero viendo, que el que tenía asido no se bullia, ni me-

(1) Los ministros de la Santa Hermandad, llamados así, porque salian en quadrilla.

(2) Habíala en Toledo, Talavera, y Ciudad-Real. Componíase de caballeros y gente noble, y era condicion fuesen hacendados, y poseyesen colmenares en los montes de Toledo. Tenia por instituto perseguir á los ladrones y salteadores, llamados *golfinos* antiguamente, que infestaban los montes y caminos, robando ganados y dinero. Gozaba de muchos privilegios, que los confirmó S. Fernando en el año de 1220. Podian no solo prender y sustanciar las causas á los reos, sino sentenciarlos á muerte de saeta, que según dice Francisco de Medina (*Grandezas de España*: p. 196.) se executaba en Peralbillo, ó Peralbillo, en el término de Migueltrra cerca de Ciudad-

neaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada qual dexó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enxalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados Don Quixote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el quadrillero la barba de Don Quixote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delinquentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara, quando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el quadrillero otro candil (1).

Real. Carlos V, mandó que les diese muerte antes de asietarlos. Entre los individuos de que se componía su cabildo, ó tribunal, habia un Quadrillero mayor, que además de los tenientes tenía en las ciudades, lugares y ventas otros quadrilleros comisarios, como lo era este que asió la barba de Don Quixote. Sebastian Munster hizo el año de 1559, una puntual descripción de esta Hermandad ó tribunal en su *Cosmografía*: f. 60.

(1) Este suceso de la desvergonzada Maritórnes es uno de

CAPÍTULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos, que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

HABIA ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quixote, y con el mismo tono de voz con que el día ántes habia llamado á su escudero, quando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: ; Sancho amigo, duermes? ; duermes, amigo Sancho? ; Que tengo de dormir pesa á mí? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho, que

aquellos pasos ó situaciones, que como peligrosos para el lector incauto reprehende justamente el abate Jaquelin; y el abate Gargès (*Particular de la Lengua Castellana*: prologo del tom. II, p. 51.) Acaso no lo omitió Cervantes por imitar en todo los libros de caballerías, especialmente el de Amadis de Gaula, donde al fin del cap. 25, se refiere otro caso, en parte semejante, entre la doncella Brandueta y el aventurero Galaor.

neaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada qual dexó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enxalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados Don Quixote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el quadrillero la barba de Don Quixote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delinquentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara, quando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el quadrillero otro candil (1).

Real. Carlos V, mandó que les diese muerte antes de asietarlos. Entre los individuos de que se componía su cabildo, ó tribunal, habia un Quadrillero mayor, que además de los tenientes tenía en las ciudades, lugares y ventas otros quadrilleros comisarios, como lo era este que asió la barba de Don Quixote. Sebastian Munster hizo el año de 1559, una puntual descripción de esta Hermandad ó tribunal en su *Cosmografía*: f. 60.

(1) Este suceso de la desvergonzada Maritórnes es uno de

CAPÍTULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos, que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

HABIA ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quixote, y con el mismo tono de voz con que el día ántes habia llamado á su escudero, quando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: ; Sancho amigo, duermes? ; duermes, amigo Sancho? ; Que tengo de dormir pesa á mí? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho, que

aquellos pasos ó situaciones, que como peligrosos para el lector incauto reprehende justamente el abate Jaquelin; y el abate Gargès (*Particular de la Lengua Castellana*: prologo del tom. II, p. 51.) Acaso no lo omitió Cervantes por imitar en todo los libros de caballerías, especialmente el de Amadis de Gaula, donde al fin del cap. 25, se refiere otro caso, en parte semejante, entre la doncella Brandueta y el aventurero Galaor.

no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Púedeslo creer así sin duda, respondió Don Quixote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber..... Mas esto que ahora quiero decirte házme de jurar, que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte. Si juro, respondió Sancho. Digo, respondió Don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo, que si juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. Tan malas obras te hago, Sancho, respondió Don Quixote, que me querrías ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudiesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo Don Quixote, que mas fio de tu amor y de tu cortesía: y así has de saber, que esta noche me ha sucedido una de las mas estrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve, sabrás, que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y hermosa doncella que en gran parte de

la tierra se puede hallar. Que te podría decir del adorno de su persona! Que de su gallardo entendimiento! Que de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dexaré pasar intactas y en silencio! Solo te quiero decir que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese, ni supiese por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quixadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer, quando los arrieros, que por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo, que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado Moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque mas de quatrocientos Moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado.

Pero dígame, señor, ¿como llama á esta buena y rara aventura, habiendo quedado della qual quedámos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿que tuve, sino los mayores porrazos, que pienso recibir en toda mi vida? Desdichado de mí, y de la madre que me parió, que no soy caballero andante ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte. ¿Luego tambien estás tú aporreado? respondió Don Quixote. No le he dicho que sí, pese á mí linage? dixo Sancho. No tengas pena, amigo, dixo Don Quixote, que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el quadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto, y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: señor ¿si será este á dicha el Moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dexó algo en el tintero? No puede ser el Moro, respondió Don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nadie. Si

no se dexan ver, dexanse sentir, dixo Sancho: si no díganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió Don Quixote, pero no es bastante indicio ese para creer, que este que se ve sea el encantado Moro. Llegó el quadrillero, y como lo halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad, que aun Don Quixote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el quadrillero, y díxole: pues ¿como va, buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondió Don Quixote, si fuera que vos. ¿Usase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero? El quadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceyte dió á Don Quixote con él en la cabeza, de suerte que le dexó muy bien descalabrado, y como todo quedó á escúras, salióse luego, y Sancho Panza dixo: sin duda, señor, que este es el Moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Así es, respondió Don Quixote, y no hay que hacer caso destas cosas

de encantamentos, ni hay para que tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quien vengarnos aunque mas lo procuremos: levántate, Sancho, si puedes, y llama al Alcayde desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceyte, vino, sal y romero, para hacer el saluífero bálsamo, que en verdad, que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué ascúras donde estaba el ventero, y encontrándose con el quadrillero, que estaba escuchando en que paraba su enemigo, le dixo: señor, quien quiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceyte, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el qual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado Moro que está en esta venta. Quando el quadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso: y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero le dixo lo que aquel buen hombre queria. El ventero

tero le proveyó de quanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quixote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion, él tomó sus simples, de los quales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceytera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion: y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta Pater nostres y otras tantas Ave Marias, Salves y Credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion: á todo lo qual se hallaron presentes Sancho, el ventero y quadrillero: que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mesmo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió de lo que no pudo caber en la

alcenza, y quedaba en la olla donde se había cocido casi media azumbre, y apenas lo acabó de beber, quando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitación del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo qual mandó que le arropasen y le dexasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido mas de tres horas, al cabo de las quales despertó, y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabras, y que con aquel remedio podia acometer desde allí adelante sin temor alguno qualesquiera riñas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que también tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quixote, y él tomándola á dos manos con buena fe y mejor talante se la echó á pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es pues el caso, que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase, le diéron tantas

ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente, que era llegada su última hora, y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladron que se lo había dado. Viéndole así Don Quixote le dixo: yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí, que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, ¿para que consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto á echar, ni la manta de angeo con que se cubria, fuéron mas de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensáron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las quales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podia tener; pero Don Quixote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras,

pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, era quitársele al mundo, y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo, y así forzado deste deseo él mismo ensilló á Rocinante, y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno: púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta asíó de un lanzon que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos quantos habia en la venta, que pasaban de mas de veinte personas, mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de quando en quando arrojaba un suspiro, que parecia que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban, que debia de ser del dolor que sentia en las costillas, aloménos pensábanlo aquellos que la noche ántes le habian visto viznar. Ya que estuviéron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dixo: muchas y muy grandes son las mercedes, señor Alcayde, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadísimo

á agradecéros las todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar, en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed, que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la órden de caballero que recibí, de saceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mismo sosiego: señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, quando se me hacen: solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, comó de la cena y camas. ¿Luego venta es esta? replicó Don Quixote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aquí, respondió Don Quixote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que ne es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es, que perdoneis

por la paga, que yo no puedo contravenir á la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamas pagaron posada, ni otra cosa en venta donde estuviesen (1), porquese les debe de fuero y de derecho qualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen, buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo, y á todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero: págueseme lo que se me debe, y dexémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sándio y mal hostalero, respondió Don Quixote, y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon, se salió de la venta sin que nadie le detuviese: y él, sin mirar si le seguía

(1) No habia sin duda leído Don Quixote el *Morgante Maggiore* de Luis Pulci, que en el canto 21, introduce á Orlando reventando de pena porque no tenía dineros con que pagar la posada al ventero, que pretendia le dexase el caballo á lo menos en prendas.

su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero que le vió ir, y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el qual dixo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la mesma regla y razon corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle, que si no le pagaba, que lo cobraria de modo que le pesase. A lo qual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo habia recebido, no pagaria un solo cornado, aunque le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta se hallasen quatro perayles de Segovia, tres agujeros del potro de Córdoba, y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los quales casi como instigados y movidos de un

mesmo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos, y vieron que el techo era algo mas baxo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo, y allí puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á hólgame con él, como con perro por carnestolendas (1). Las voces que el misero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oídos de su amo, el qual deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció, que el que gritaba era su escudero, y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó, por ver si

(1) Esta burla se usaba ya en la antigüedad. De Oton dice Suetonio (*cap. II.*) que rondando de noche por las calles de Roma, si encontraba algun borracho le manteaba, tendiéndole en la capa.... *distento sago impositum in sublime jactare*: y Marcial, hablando con su libro, dice: que no se fie de alabanzas, porque á vuelta de ellas se burlarian de él, manteándole....

Ibis ab excussis missus in astra sago.

(Lib. I, Epig. 4.)



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, (que no eran muy altas) quando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle baxar y subir por el ayre con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dexara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas; pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribillos; mas no por este cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dexaba sus quejas mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dexáron (1). Truxéronle allí su asno, y subiéndole encima, le arropáron

(1) Este manteamiento de Sancho es parecido al suceso de Fielio, escudero de Don Florando de Inglaterra, quando yendo algo apartado de su amo, le asieron quatro fantasmas, y levantándole en el ayre, le atormentaron las carnes con tenazas encendidas, y pidiendo favor y ayuda, oyo su amo sus clamores, vuelve atrás el caballo, y mirando el triste estado de su escudero, no le socorre, escusándose con que toda aquella pesada burla era mera apariencia, y no cosa real y verdadera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con su gaban, y la compasiva de Maritórnes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le truxo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba diciéndole: hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo, (y enseñábale la alcuza del brebaje) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. Á estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dixo con otras mayores: ¿por dicha, hásele olvidado á vuestra merced, como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y dexame á mí: y el acabar de decir esto, y el començar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agna, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritórnes que se le truxese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mesmo dinero, porque en efecto se dice della, que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y léjos de christiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno,

y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las echó menos, segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, así como le vió fuera; mas no lo consintieron los mantenedores, que era gente, que aunque Don Quixote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

CAPÍTULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LUEGO Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear á su jumento. Quando así le vió Don Quixote

con su gaban, y la compasiva de Maritórnes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le truxo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba diciéndole: hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo, (y enseñábale la alcuza del brebaje) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. Á estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dixo con otras mayores: ¿por dicha, hásele olvidado á vuestra merced, como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y dexame á mí: y el acabar de decir esto, y el començar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agna, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritórnes que se le truxese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mesmo dinero, porque en efecto se dice della, que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y léjos de christiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno,

y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las echó ménos, segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, así como le vió fuera; mas no lo consintieron los mantenedores, que era gente, que aunque Don Quixote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

CAPÍTULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LUEGO Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear á su jumento. Quando así le vió Don Quixote

le dixo: ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿que podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto, por haber visto, que quando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado: que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado, de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no lo fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude: aunque tengo para mí, que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso

como nosotros, y todos, segun los oí nombrar quando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en al estuvo que en encantamientos, y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos qual es nuestro pie derecho; y lo que seria mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernlos á nuestro Lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dexándonos de andar de ceca en meca (1) y de zoca en colodra, como dicen. Que poco sabes, San-

(1) En Zaragoza habia un juez llamado de la Zeca: otros dicen que Zeca era una casa de devocion que tenian los moros en Cordova. Meca fue patria de Mahoma. Podiera presumirse si por el sonsonete final de estas voces y por la distancia de los lugares se forme esta expresion vulgar, con que se significa una persona que vagüea, y que es traída de un lugar á otro, de uno en otro tribunal. En la *Resurreccion de Ciestina* (scena 17.) de Illicita su criada dice Pandolfo: *ahora la quiere casar despues de haber corrido á ceca y á meca, y á los olivares de Santander.*

cho, respondió Don Quixote, de achaque de caballería: calla y ten paciencia, que día vendrá donde veas por vista de ojos, quan honrosa cosa es andar en este exercicio: si no, dime ¿que mayor contento puede haber en el mundo, ó que gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé, solo sé, que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número) jamas hemos vencido batalla alguna, sino fué la del Vizcaino, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada ménos: que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo, y la que tú debes tener, Sancho, respondió Don Quixote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maes-

tría, que al que la truxere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamientos, y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis, quando se llamaba *El caballero de la Ardiente Espada* (1), que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dixo Sancho, que quando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada seme-

(1) Mejor diria de la *Verde Espada*. Hablase aqui de Amadis de Gaula, por que en diciendo *Amadis* solamente, se entiende siempre por excelencia el de Gaula. El qual fue llamado: *el Caballero de la verde espada*, y en Alemania no le sabian otro nombre sino *el Caballero de la verde espada*, como se puede ver en los capitulos LVI, LXX, y LXXIII, de su Historia. Entre las particularidades de esta espada, que era encantada, se contaba la de ser hecha su vayna de un hueso verde de cierto pescado, tan diafano, que se traslucia la hoja, y el encanto consistia en no poderse sacar de ella; pero la sacó Amadis de Gaula en una prueba ó aventura de leales amadores con la señora Oriana. *El Caballero de la Ardiente Espada* fue Amadis de Grecia, por tener señalada una en el pecho tan bermeja como una brasa; y así en la Parte I, cap. LXXI, de su Historia se dice: como *el Caballero de la Ardiente Espada se mudó el nombre, y se llamó Amadis de Grecia*. Con que se ve que aqui se equivoca un Amadis con otro.

jante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas eso, Sancho, dixo Don Quixote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban don Quixote y su escudero, quando vió Don Quixote, que por el camino que iban, venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola, se volvió á Sancho, y le dixo: este es el dia, ó Sancho, en el qual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es cuaxada de un copiosísimo ejército, que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. Á esa cuenta, dos deben de ser, dixo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo Don Quixote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse,

embestirse, y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan: y todo quanto hablaba, pensaba ó hacia, era encaminado á cosas semejantes, y la polvareda que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mesmo camino, de dos diferentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca, y con tanto ahinco afirmaba Don Quixote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor; pues que hemos de hacer nosotros? ¿Que? dixo Don Quixote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduce y guia el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande Isla Trapobana: este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues porque se quieren tan mal estos dos señores? pregun-

tó Sancho. Quiérense mal, respondié Don Quixote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy hermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, si no dexa primero la ley de su falso Profeta Mahoma, y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, si no hace muy bien Pantapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dixo Don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; pero donde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega, porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora? Así es verdad, dixo Don Quixote: lo que puedes hacer dél; es dexarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estame atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos exér-

bitos vienen, y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos exércitos. Hiciéronlo así, y pusieron sobre una loma, desde la qual se yerian bien las dos manadas, que á Don Quixote se le hicieron exércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: aquel caballero que allí ves de las armas jaldes (1), que trae en el escudo un leon coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembro, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros gigantes, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta que, segun es fama, es una de las del templo que derribó Sanson, quando

(1) De color de oro, ó amarillo.

con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, Principe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á quarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *Miau* (s), que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miulina hija del Duque de Alfeñiquen del Algarve: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana (1), que trae las armas como nieve blancas, y el escudo de blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion Frances, llamado Piérrres Papin, señor de las Baronías de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparra-guera con una letra en castellano que dice

(1) Yegua grande y desmesurada, de que usaban comunmente los gigantes que se introducen en los libros de caballerías.

así: *Rastrea mi suerte*. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro esquadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo: á este esquadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones. Aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto (1), los Montuosos que pisan los Masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los Numidas dudosos en sus promesas, los Persas en arcos y flechas famosos, los Partos, los Medos, que pelean huyendo, los Árabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro es-

(1) Este río, llamado por los dioses Xanto, y por los hombres Scamandro, es famoso entre otras causas por los muchos troyanos que mató Aquiles dentro de él y en sus riberas, y por haber incendiado sus aguas el dios Vulcano. (*Iliad.* lib. XX, y XXI)

quadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis (1), los que tersan, y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil (2), los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los Elíseos Xerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas (3), los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre

(1) El Guadalquivir, cuyas aguas riegan muchos olivares. Y dixo Marcial:

Betis olivifera crinem redimit corona.

Esto es:

Ceñid la cabellera del Betis con corona de olivo. (Lib. XII, Epig. ult.)

(2) Esto es: río semejante al Nilo, como dice Covarrubias deduciéndolo del arabe. El Nilo fecunda con sus inundaciones el Egipto, y por este beneficio era tenido por cosa divina. El Xenil fertiliza la vega de Granada, y por esta semejanza le llama Cervantes *divino*, y *provechosas* sus aguas. Los romanos le llamaron *Singillis*, y si Xenil se deriva de esta palabra, diríase que no ha lugar á la interpretación arabiga *instar Nili*, ó *semejante al Nilo*, y que sin embargo la siguió nuestro autor.

(3) *Al Oriente de Toledo* (dice Pisa en su Historia; lib. I, cap. 27.) *están las excelentes y muy fértiles tierras, llamadas la Mancha y Priorazgo de S. Juan, que en tres cosas, que son pan, vino y carne, mas y mejor exceden á todas las otras de España.*

Goda (1), los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frío del silboso (2) Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente quantos toda la Europa en sí contiene y encierra (3). ¡Válame Dios, y quantas Provincias dixo, quantas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia

(1) Los vizcainos, que benefician muchas herrerías, y á cuyas montañas se retiraron los godos, segun Cervantes y otros, quando entraron los moros en España, y como se supone que estos no penetraron allá, por eso juzga que los cantabros ó vizcainos son reliquias de la sangre goda.

(2) Por el ruido y susurro que agitadas por el viento mueven las ramas y hojas de los muchos y diversos árboles de aquellos elevados montes.

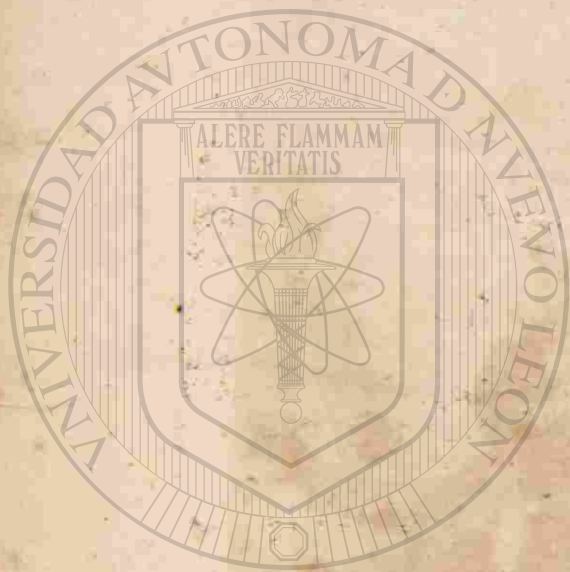
(3) En la enumeracion de estos dos exércitos ó escuadrones imaginarios imitó Cervantes la que hace Homero (lib. XX, de la *Iliada*) de los capitanes y naves con que fueron los griegos á la conquista de Troya, y la de los troyanos y sus tropas auxiliares: y si los críticos la celebran tanto, no debe merecerles menos aprecio la de nuestro autor, vista su esquisita erudicion, la suavidad de estilo, y la propiedad de los peculiares atributos, con que caracteriza tantos pueblos y rios, en lo que seguramente compete con el poeta griego.

leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de quando en quando volvia la cabeza a ver si veia los caballeros y gigantes, que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dixo: señor, encomiando al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de quantos vuestra merced dice parece por todo esto, alomenos yo no los veo, quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche. ¿ Como dices eso? respondió Don Quixote: ¿ no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros: y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo Don Quixote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos (o) del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tanto temes, retírate á una parte, y dexame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda: y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, baxó de la costezuela como un rayo. Dióle

voces Sancho, diciéndole: vuélvase vuestra merced, señor Don Quixote, que voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir: vuélvase, desdichado del padre que me engendró; que locura es esta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules, ni endiablados: ¿ que es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni por esas volvió Don Quixote, ántes en altas voces iba diciendo: ea caballeros, los que seguís y militáis debaxo de las banderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, veréis quan fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del esquadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage y denuedo, como si de véras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, dábanle voces, que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, descinéronse las hondas, y comenzaron á saludalle los oídos con piedras como el puño: Don Quixote no se curaba de las piedras, ántes discurriendo á todas partes decia: adonde estás, soberbio Alifanfaron,

vente á mí, que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago: mas ántes que acabase de embasar lo que á él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó quatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abaxo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habían muerto, y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer. Viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, baxó de la cuesta, y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díxole: ¿no le decia yo, señor Don Quixote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran exércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales, hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió, que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los esquadrones de enemigos en manadas de ovejas: si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas, ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algun poco, se vuelven en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero. Pero no vayas ahora, que he menester tu ayuda y favor: llégate á mí, y mira quantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la



boca. Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de Don Quixote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí mas recio que una escopeta quanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡ Santa Maria! dixo Sancho: ¿ y qué es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber, y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrámbos como de perlas. Acudió Sancho á su asno, para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar á su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio: maldixose de nuevo, y propuso en su corazon de dexar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida Ínsula. Levantóse en esto Don Quixote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se

le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo, (tal era de leal y bien acondicionado) y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mexilla en guisa de hombre pensativo ademas, y viéndole Don Quixote de aquella manera con muestras de tanta tristeza le dixo: sábete, Sancho, que no es un hombre mas que otro, si no hace mas que otro: todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables: y de aquí se sigue, que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas. ¿ Como no? respondió Sancho: ¿ por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿ y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas son de otro que del mesmo? ¿ Que te faltan las alforjas, Sancho? dixo Don Quixote. Sí que me faltan, respondió Sancho. Dese modo no tenemos que comer hoy, replicó Don Quixote. Eso fuera, respon-

dió Sancho, quando faltaran por estos prados las yerbas, que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados caballeros andantes como vuestra merced es. Con todo eso, respondió Don Quixote, tomara yo ahora mas aína un quartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que quantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna (1). Mas con todo esto sube en tu juicio, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del ayre, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dixo Sancho, para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dixo Don Quixote, porque caballero

(1) Andrés de Laguna, natural de Segovia, médico del Papa Julio III, no solo ilustró ó anotó á Pedacio Dioscórides Anazarbeo, que trata de la *Materia medicinal*, sino que le traduxo de griego en castellano.

andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la Universidad de Paris: de donde se infiere, que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios, que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni Moros encantados: que, si los hay, daré al diablo el hato y el garabato. Pídeselo tú á Dios, hijo, dixo Don Quixote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dexar á tu eleccion el alojarnos. Pero dame acá la mano, y atientame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quixada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dixo: ¿quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondió Don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo quatro, si no eran cinco, respondió Don Quixote, porque en toda mi vida me han

sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijon, ni de réuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo! dixo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada, porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería: sube amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hizolo así Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real que por allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quixadas de Don Quixote no le dexaba sosegar, ni atender á darse prisa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

PARÉCEME, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la Reyna folgar, con todo aquello que á esto se sigue, y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino (1) ó como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dixo Don Quixote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto, que por

(1) Yelmo de Mambrino.

sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijon, ni de réuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo! dixo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada, porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería: sube amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hizolo así Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real que por allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quixadas de Don Quixote no le dexaba sosegar, ni atender á darse prisa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

PARÉCEME, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la Reyna folgar, con todo aquello que á esto se sigue, y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino (1) ó como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dixo Don Quixote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto, que por

(1) Yelmo de Mambrino.

la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la orden de la caballería para todo. Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dixo Don Quixote: basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es así, dixo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento, quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen, y lo que no habia de bueno en ello era, que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotage, y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué, que la noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho, que pues aquel camino era real, á una ó dos

leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo, pues desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, viéron que por el mesmo camino que iban, venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quixote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocín, y estuviéron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y viéron, que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecian, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quixote, el qual animándose un poco, dixo: esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si acaso esta aventura fuere de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adonde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dixo Don Quixote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa, que si la otra

vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgremir (p) mi espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dixo Sancho, que aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó Don Quixote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Si tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbreras que caminaban podia ser, y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el qual comenzó á dar diente con diente como quien tiene frio de quartana, y creció mas el batir y dentellear, quando distintamente viéron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los quales venia una litera cubierta de luto, á la qual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas: que bien viéron que no eran

caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baxa y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en tal des poblado, bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo, y así fuera en quanto á Don Quixote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo: lo contrario le avino á su amo, al qual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo, que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada, y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino, por donde los encamisados forzosamente habian de pasar, y quando los vió cerca, alzó la voz y dixo: deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quien sois, de donde venis, adonde vais, que es lo que en aquellas andas llevais, que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa,

ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficiéron. Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta léjos y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis, y picando la mula, pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente Don Quixote, y travando del freno dixo: deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que alzándose en los pies, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar (1) á Don Quixote, el qual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demas, era cosa de ver, con la presteza que los acometía y desbarataba: que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente

(1) Injuriar.

medrosa y sin armas, y así con facilidad, en un momento dexáron la refriega, y comenzáron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimesmo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobs, no se podian mover, así que muy á su salvo Don Quixote los apaleó á todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado, porque todos pensáron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno, que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quixote, y llegándose á él, le puso la punta del lanzon en el rostro diciéndole que se rindiese, si no que le mataria, á lo qual respondió el caido: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero christiano, que no me mate, que cometerá un gran sacri-

legio, que soy Licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quien diablos os ha traído aquí, dixo Don Quixote, siendo hombre de Iglesia? Quien, señor? replicó el caído: mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo Don Quixote, si no me satisfacéis á todo quanto primero os pregunté. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el Licenciado, y así sabrá vuestra merced, que aunque denantes dixé, que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller (1), y llámome Alonso Lopez: soy natural de Alcovendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once Sacerdotes, que son los que huyéron con las ha-

(1) No solo tenían entonces algunos la vanidad de llamarse licenciados, no siendo mas que bachilleres, y la de intitularse doctores, no siendo mas que maestros en artes; sino que otros se firmaban licenciados, no teniendo grado alguno. Hicelo el mismo Cervantes por boca del soldado, que hablando con su perro Gabilan le dice: *ea, Gabilan, salta por la pompa y aparato de Doña Pimpinela de Plafagnia, que fue compañera de la moza Gallega que servia en Palacastillas..... salta por el bachiller Pasillas, que se firmó Licenciado sin tener grado alguno.* (Coloquio de los Perros) y lo confirma en la Novela de *El Licenciado Friolera*. Otros se gloraban falsamente de haber recibido grados de Condes Palatinos, como lo hizo uno de los interlocutores, que introduce el P. Pineda en los Diálogos de la Agricultura Cristiana. *Yo cursé, dice*

chas: vamos á la ciudad de Segovia, acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado; y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura que está en Segovia, de donde es natural. ¿Y quien le mató? preguntó Don Quixote. Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le diéron, respondió el Bachiller. Desafortunadamente, dixo Don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mesmo hiciera, si á mí mesmo me matara: y quiero que sepa vues-

Philotimo, primero bien en Teología, y oponiendome á beneficios, nunca me dieron alguno, y moria de hambre, y por remediarme cursé otros tres años en Medicina hasta graduarme de bachiller, y por no tener caudal para la costa del licenciamiento, quiso Dios que topé con un conde Palatino, tan hambriento como yo, en la venta de la Palomera, y convidóme á un lomo de cerdo y á una bota de vino de Robledo de Chavela, y allí me graduó de licenciado delante de los venteros, y de dorrecueros, y tociron to campana, que tienen en la chimenea para llamar con ella á los descarriados en tiempo de nieve. (Dialogo I, f. 2, b.) Alguno de estos abusos no se ha remediado todavía.

tra Reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quixote, y es mi oficio y exercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dixo el Bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dexándome una pierna quebrada, la qual no se verá derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mí habeis deshecho, ha sido dexarme agraviado de manera, que me quedará agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió Don Quixote, suceden de un mismo modo: el daño estuyo, señor Bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices (o) con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera, aunque verdaderamente supiera, que érades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que así lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico á vues-

tra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debaxo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dixo Don Quixote: ¿y hasta quando aguardábades á decirme vuestro afán? Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbaliando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y cogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor Bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della, le dió la hacha, y Don Quixote le dixo, que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dexar de haberle hecho. Díxole tambien Sancho: si acaso quisieren saber esos señores, quien ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced, que es el famoso Don Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama *El Caballero de la Triste Figura*. Con

esto se fué el Bachiller, y Don Quixote preguntó á Sancho, que que le habia movido á llamarle *El Caballero de la Triste Figura* mas entónçes que nunca? Yo se lo diré, respondió Sancho: porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá, que jamas he visto: y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondió Don Quixote, sino que el sabio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido, que será bien que yo tomé algun nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados: qual se llamaba *El de la Ardiente Espada*, qual *El del Unicornio*, aquel *De las Doncellas*, aqueste *El del ave Fénix*, el otro *El Caballero del Grifo*, estotro *El de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra: y así digo, que el sabio ya dicho, te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamasen *El Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en ade-

lante, y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hacer pintar, quando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura. No hay para que gastar tiempo (a) y dineros en hacer esa figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra imágen ni escudo, le llamarán *El de la Triste Figura*: y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas) que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. Rióse Don Quixote del donayre de Sancho, pero con todo proposito de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado, y díxole: yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: Si quis suadente diabolo* etc. aunque sé bien, que no puse las manos, sino este lanzon, quanto mas, que yo no pensé, que ofendia á Sacerdotes, ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro, como católico y fiel christiano

que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo, y quando eso así fuese, en la memoria tengo lo que pasó al Cid Rui Diaz quando quebró la silla del Embaxador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo qual lo descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero (1). En oyendo esto el Bachiller se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera Don Quixote mirar, si el cuerpo que venia en la litera, eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de

(1) Esta es una de las historietas que refiere el vulgo de Rodrigo Diaz, natural de Bivar, llamado comunmente el Cid, ó el Señor, título adoptado de los moros. Cuéntase en el 21 de sus Romances, en que se dice:

*En la iglesia de San Pedro
Don Rodrigo habia entrado,
Do vido las siete sillas
De siete Reyes cristianos,
Y vio la del Rey de Francia
Junto á la del Padre Santo,
Y la del Rey su señor
Un estado mas abaxo.
Fuese á la del Rey de Francia,
Con el pie la ha derribado.
La silla era de marfil.*

todas las que yo he visto. Esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscar-nos, y nos diesen en que (s) entender: el jumento está como conviene, la montaña (r) cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compas de pies y, como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza: y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el qual pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió: y á poco trecho que

*Hechola ha quatro pedazos:
Y tomó la de su Rey,
Y subiola en lo mas alto.*

*El Papa quando lo supo
Al Cid ha descomulgado.
Sabiéndolo el de Bivar*

*Ante el Papa se ha postrado:
Absolvedme, dixo, Papa,
Si no, seraos mal contado.*

*El Papa, padre piadoso,
Respondió muy mesurado.*

*Yo te absuelvo, Don Ruy Diaz,
Yo te absuelvo de buen grado,
Conque seas en mi Corte
Muy cortes y mesurado.*

caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron, y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambrea que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dexan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian; mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué, que no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca, y acosados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

VARIANTES

DE ESTE TOMO SEGUNDO.

Los números arábigos corresponden á los que van esparcidos por la obra, y tambien se notan las páginas en que están dichos números.

(1) PRÓLOGO pág. xi. Se puede remediar con que vos mesmo tomeis algun trabajo en hacerlos. En donde la primera edicion de 1605 dice: *mesmo, asimesmo, ansimesmo*, la segunda de 1608 dice constantemente: *mismo, asimismo, ansimismo*, lo que se advierte aquí de una vez para evitar la repetición de notas sobre una misma cosa.

(2) Prólogo páge xxi. El *melancólico* se mueva á risa. *La segunda*: el *malencólico* se mueva á risa.

(3) En los versos pág. xxij. *Contarás las aventu*. *La segunda*: *cantarás las aventu*.

(a) Pág. 10. Unas armas que habían sido de sus bisabuelos. *La segunda*: unas armas que habían sido de sus *bisagüelos*.

(b) Pág. 14. Yo, Señora, soy el gigante Caraculiambro. *La segunda*: yo soy el gigante Caraculiambro.

(c) Pág. 20. Vió á las dos *destraidas* mozas. *La segunda*: vió á las dos *distraidas* mozas.

(d) Pág. 27. El pan *candeal*. *La segunda*: el pan *candial*.

caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron, y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambrea que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dexan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian; mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué, que no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca, y acosados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

VARIANTES

DE ESTE TOMO SEGUNDO.

Los números arábigos corresponden á los que van esparcidos por la obra, y tambien se notan las páginas en que están dichos números.

(1) PRÓLOGO pág. xi. Se puede remediar con que vos mesmo tomeis algun trabajo en hacerlos. En donde la primera edicion de 1605 dice: *mesmo, asimesmo, ansimesmo*, la segunda de 1608 dice constantemente: *mismo, asimismo, ansimismo*, lo que se advierte aquí de una vez para evitar la repetición de notas sobre una misma cosa.

(2) Prólogo páge xxi. El *melancólico* se mueva á risa. *La segunda*: el *malencólico* se mueva á risa.

(3) En los versos pág. xxij. *Contarás las aventu*. *La segunda*: *cantarás las aventu*.

(a) Pág. 10. Unas armas que habían sido de sus bisabuelos. *La segunda*: unas armas que habían sido de sus *bisagüelos*.

(b) Pág. 14. Yo, *Señora*, soy el gigante Caraculiambro. *La segunda*: yo soy el gigante Caraculiambro.

(c) Pág. 20. Vió á las dos *destraidas* mozas. *La segunda*: vió á las dos *distraidas* mozas.

(d) Pág. 27. El pan *candeal*. *La segunda*: el pan *candial*.

(e) Pág. 35. Admiráronse de tan extraño género de locura, y fuéronselo á mirar. *La segunda* : admirándose de tan extraño género de locura, fuéronselo á mirar.

(f) Pág. 35. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba. *La segunda* : acabó de cerrar la noche, con tanta claridad de la luna, que podía, etc.

(g) Pág. 40. Dióle sobre el cuello un buen golpe. *La segunda* : dióle sobre el cuello un gran golpe.

(h) Pág. 52. Como significais. *La segunda* : como sinificais.

(i) Pág. 55. Con toda aquella tempestad de palos que sobre él via, no cerraba la boca. Como estas palabras hacen sentido, y se hallan en las primeras ediciones, que se han tenido presentes para la corrección, no ha parecido conveniente alterar el texto poniendo : *que sobre él flovia*, como se hizo en la edición de Londres de 1758.

(j) Pág. 59. Daba unos suspiros, que los ponía en el cielo. *La segunda* : daba unos suspiros, etc.

(l) Pág. 64. Sin que venga esa urgada. *La segunda* : sin que venga esa Urganda.

(m) Pág. 67. Nos encanten en pena de las que les queremos dar. *La segunda* : nos encanten en pena de la que les queremos dar.

(n) Pág. 68. Dogmatizador de una secta tan mala. *La segunda* : de una seta tan mala.

(o) Pág. 76. Escetando á un Bernardo del

Carpio. *La segunda* : escetando á un Bernardo del Carpio.

(p) Pág. 90. Todos esos tres libros. *La segunda* : todos estos tres libros.

(q) Pág. 96. La pereza del escrutinador. *La segunda* : la pereza del escrudinador.

(r) Pág. 98. No sé lo que se hizo dentro. *La segunda* : no sé lo que hizo dentro.

(s) Pág. 104. El le dará lo que mas le convenga. *La segunda* : él le dará lo que mas te convenga.

(t) Pág. 115. Caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par. . . . Dulcinea. *La segunda* : Caballero andante y cautivo de la sin par. . . . Dulcinea.

(v) y (x) Pág. 119 y 129. *Del modo que se contará en la segunda parte. . . . En fin su segunda parte.* En el capítulo IX. comenzaba la segunda parte de las quatro en que Cervantes dividió el primer tomo. El motivo que la Academia ha tenido para no conservar esta division le ha dicho en su prólogo número v.

(y) Pág. 152. El epigrafe de este capítulo x en las primeras ediciones dice : *De lo que mas le avino á Don Quixote con el Vizcaino, y del peligro en que se vió con una turba de Yangueses.* Pero es error conocido, como consta del contexto de todo el capítulo, en el qual ni se trata ya de la aventura del Vizcaino, que se concluyó en el antecedente, ni de la de los Yangueses, de la que no se habla hasta el capítulo xv : y el x no contiene otra cosa que un razonamiento entre Don Quixote y Sancho,

por lo qual se ha puesto en la forma que se ve en esta edicion.

(z) Pág. 154. Con todo *esto* sería bien. *La segunda* : con todo *eso* sería bien.

(A) Pág. 158. Con su *ganado* y pellico. La edicion de Londres corrigió : con su *cayado* y pellico. Pero haciendo sentido del primer modo, se ha conservado el texto como está en las primeras ediciones.

(B) Pág. 161. Así como la *via* de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento. La edicion de Londres corrigió : así como la *via* de edad, etc. Pero se ha conservado el texto como está en las primeras ediciones por la misma razon que en el pasage antecedente.

(c) Pág. 166. No hay que temer de contrario *acidente*. *La segunda* : no hay que temer de contrario *accidente*.

(D) Pág. 174. Sudando, afanando, y trabajando. *La segunda* : sudando, afanando, y trabajando *excesivamente*.

(E) Pág. 190. De fieras que alimenta el *libre llano*. *La segunda* : de fieras que alimenta el *Nilo llano*.

(F) Pág. 191. No yo desesperado la procuro. *La segunda* : *Ni* yo desesperado la procuro.

(G) Pág. 175. Mil quimeras y mil *monstruos*. *La segunda* : mil quimeras y mil *mostruos*.

(H) Pág. 195. Como otro *despiadado* Nero. *La segunda* : como otro *desapiadado* Nero.

(I) Pág. 198. Si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Gri-sóstomo ni á otro alguno, *el fin de ninguno*

dellos, bien se puede decir, que ántes le mató su porfia que mi crueldad. Así se halla este pasage en todas las ediciones, incluidas las primeras. Pero sobran las palabras : *el fin de ninguno dellos*, ó, lo que es mas regular, faltan otras, que acaso se omitieron por olvido del autor, ó descuido del impresor.

(K) Pág. 203. *Dando aquí fin la segunda parte*. En el siguiente capítulo, que es el xv. comienza la tercera parte de las quatro en que Cervántes dividió el primer tomo. Véase lo que sobre esto se ha dicho en el prólogo, número v.

(L) Pág. 217. Habia andado algo *destruido*. *La segunda* : algo *distruido*.

(M) Pág. 221. Bien *podrá* ser eso. *La segunda* : bien *podria* ser eso.

(N) Pág. 260. Con una letra que dice : *Miau*. *La segunda* : con una letra que dice : *Miu*.

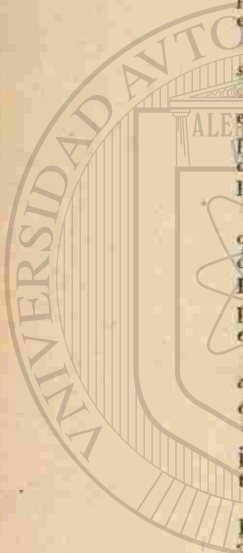
(O) Pág. 264. Uno de los *efectos* del miedo. *La segunda* : uno de los *esetos*.

(P) Pág. 276. Donde *podré* yo como quisiere *esgremir* mi espada. *La segunda* : donde *podré*... *esgrimir* mi espada.

(Q) Pág. 282. Vestidos con aquellas *sobre-pellices*. *La segunda* : vestidos con aquellas *sobrepelices*.

(R) Pág. 285. No hay para que gastar tiempo y dineros en hacer esa figura. *La segunda* : no hay para que, *señor*, *querer* gastar tiempo y dineros en hacer esa figura.

(S) Pág. 278. Y nos *diesen* en que entender.



UNIVERSIDAD AVTO

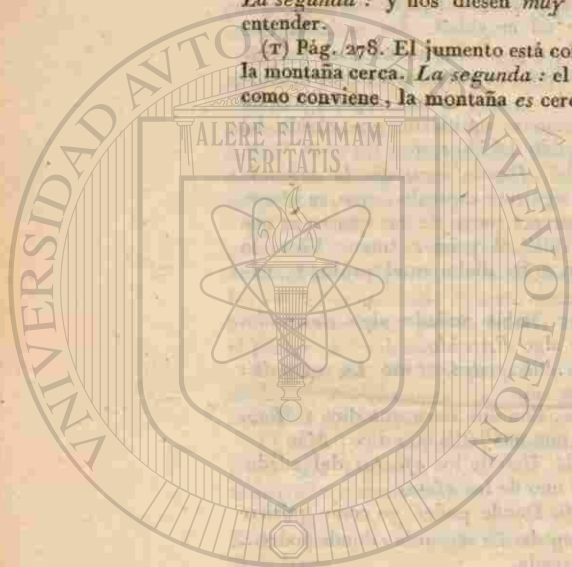
UNIVERSIDAD AVTO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



La segunda : y nos diesen muy bien en que entender.

(r) Pág. 278. El jumento está como conviene, la montaña cerca. *La segunda* : el jumento está como conviene, la montaña es cerca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TABLA

DE

LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

CAP. I. Que trata de la condicion y exercicio del famoso hidalgo Don Quixote de la Mancha.	Pág. 1
CAP. II. Que trata de la primera salida, que de su tierra hizo Don Quixote.	15
CAP. III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quixote en armarse caballero.	28
CAP. IV. De lo que le sucedió á nuestro caballero, quando salió de la venta.	43
CAP. V. Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.	56
CAP. VI. Del donoso y grande escrutinio, que el Cura y el Barbero hicieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo.	66
CAP. VII. De la segunda salida de nuestro caballero Don Quixote de la Mancha.	92
CAP. VIII. Del buen suceso que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.	104
CAP. IX. Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla, que el gallardo Vizcaíno y el valiente Manchego tuvieron.	120
CAP. X. De los graciosos razonamientos que pasáron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero.	132

CAP. XI. De lo que sucedió á Don Quixote con unos cabreros.	143
CAP. XII. De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quixote.	155
CAP. XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela.	166
CAP. XIV. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.	188
CAP. XV. Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quixote, en topár con unos desalmados Yangueses.	204
CAP. XVI. De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo.	218
CAP. XVII. Donde se prosiguen los innumerables trabajos, que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasáron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.	235
CAP. XVIII. Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.	251
CAP. XIX. De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.	275
Variantes de este tomo segundo.	290

FIN DE LA TABLA.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

